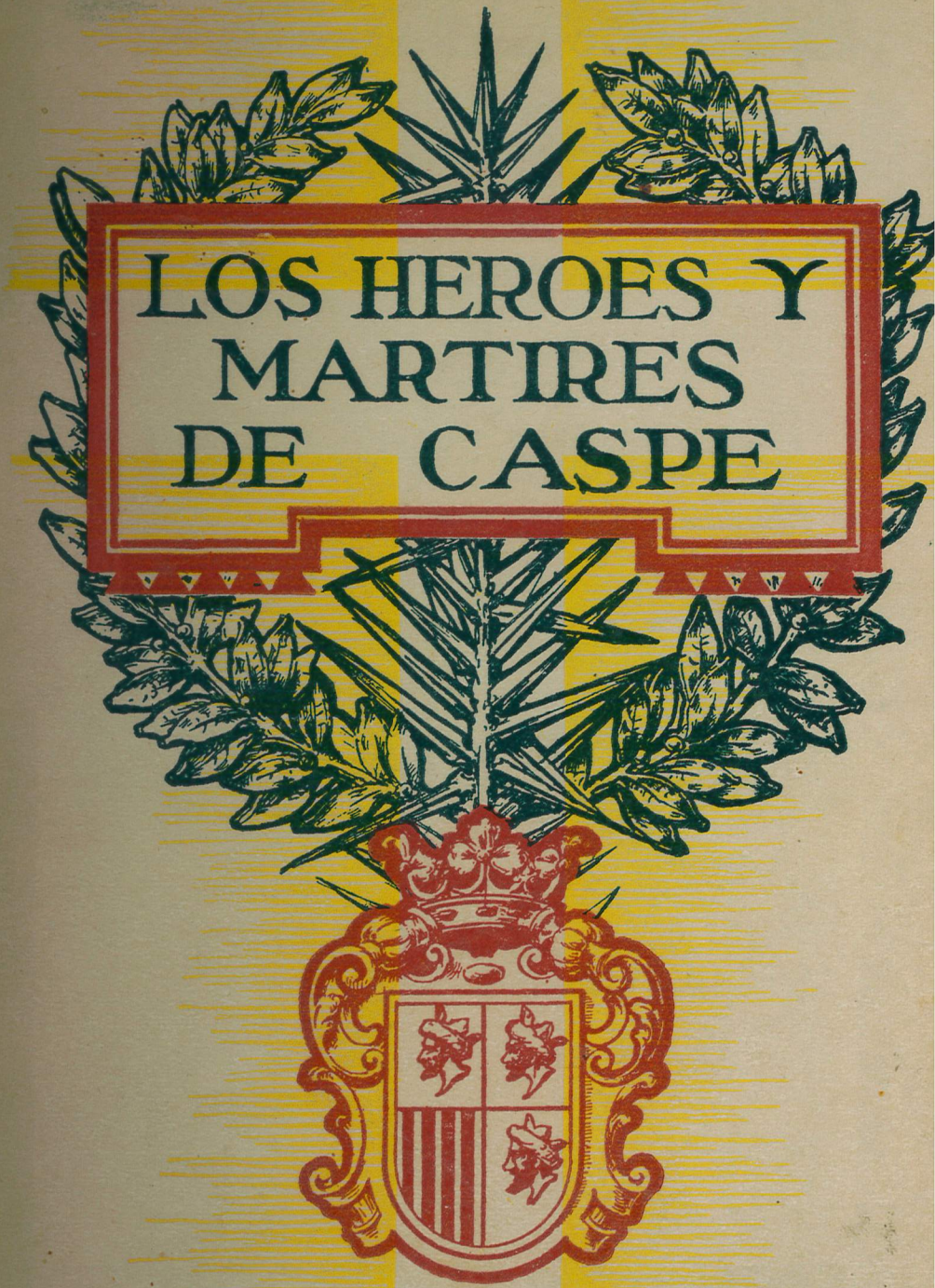
Depositario general:

LIBRERIA GENERAL
Independencia, 8
ZARAGOZA

Precio: SEIS pesetas

LOS HEROES Y MARTIRES DE CASPE



K 40074

SEBASTIAN CIRAC ESTOPAÑAN

LOS HEROES Y MARTIRES DE CASPE

ZARAGOZA
Imp. y Lit. de Octavio y Félez
1939
Año de la Victoria

A Su Majestad España

Este librito, redactado en Agosto
de 1938, fué completado y se
imprimió en Agosto de 1939.

Nihil obstat
Dr. Carolus Soler
Caesaraugustae 7 Novembris 1938

Imprimatur
† *Rigobertus, Archiepiscopus Caesaraugustanus*

INDICE

Introducción . . . . . Pág. 9
1.—Los verdugos y las víctimas se preparan . . . . . » 13
2.—La Semana Heroica . . . . . » 21
3.—La hora del sacrificio . . . . . » 31
4.—Permisión y voluntad de Dios . . . . . » 37
5.—Martirios y mártires . . . . . » 55
6.—La víctima por Zaragoza . . . . . » 67
7.—La capital del Aragón Rojo . . . . . » 73
8.—La liberación . . . . . » 79
9.—Los héroes de la Patria y los mártires de la Religión . . . » 85
10.—Una carta . . . . . » 189
11.—Héroe, apóstol y mártir . . . . . » 197
12.—¡En nombre de Dios y de los héroes y mártires de Caspe!... » 209

INTRODUCCION

Padre nuestro que estás en los cielos,
Santificado sea el tu nombre,
Venga a nos el tu reino,
Hágase tu voluntad,
Así en la tierra como en el cielo...

Así han rezado mis labios cuando por primera vez, después de dos años de catástrofe apocalíptica, he hablado públicamente en la conmemoración del segundo aniversario de los héroes y mártires de Caspe. Con la oración dominical he querido postrarme en un acto de adoración y de amor ante la MAJESTAD DIVINA DE NUESTRO PADRE CELESTIAL y hacer pública manifestación de fraternidad y caridad con los hombres. Padre nuestro... Hágase tu voluntad... Perdónanos nuestras deudas... Nosotros perdonamos a nuestros deudores...

. . . . . .

Al regresar del extranjero, después de dos años de martirio, sufridos también por mí con el corazón y con el pensamiento puesto en España, en Caspe y en los míos, he recorrido las calles de mi pueblo natal, que estaban cubiertas de escombros, con las fuentes sin agua y con los alambres de la conducción eléctrica por el suelo... He visitado los conventos y capillas, que están ennegrecidos por las llamas y convertidos en informes montones de ruinas, y he estado en la que un tiempo fué iglesia parroquial, donde sólo quedan escombros y suciedades entre paredes ennegrecidas o picadas, bajo la bóveda calcinada por una hoguera sacrílega... He besado la tierra de la calle del Hospital Viejo, de la plaza de la Virgen y de Monserrat, donde morían los mártires de Caspe con gritos de fe y patriotismo en los labios... Con el pensamiento en el cielo he caminado por las calles donde la sangre de los leales, de los buenos y de los valientes formó un verdadero arroyo... En el cementerio me he postrado de rodillas, para rezar, y he besado la tierra sagrada de una sepultura común ingente, enrojecida por la sangre vertida en honor de la Religión y de la Patria. Allí yacen los despojos mortales de los caspolinos más beneméritos, de los mejores obreros de cada profesión, de los miembros más idealistas de cada

familia, de los más fervorosos católicos, de mis amigos, de todos mis hermanos... Después han desfilado por mi casa más de un centenar de mujeres enlutadas con sus hijos, que han quedado sin padre, y me han hablado de heroísmos, de martirios y de tragedias inauditas, sufridas durante veinte meses de tiranía roja. ¿Quién podrá contar tantos dolores y comprender la agonía de tantos corazones, por una parte, y tan satánica crueldad, de la otra? El odio contra Dios, que levantó hogueras de todos los templos, de todos los altares y de todas las imágenes sagradas, se cebó en los más fervientes adoradores de la divinidad, porque quiso extinguir el amor divino en los corazones de los hombres. El odio contra España, que destruía el patrimonio religioso, artístico y económico de la nación, se desencadenó furioso contra los patriotas defensores de las tradiciones paternas y de la patria común. No, no me traicionará el corazón, ni me flaquearán las fuerzas, ni se me anublarán con lágrimas los ojos, al escribir las siguientes cuartillas en honor de los héroes y mártires de Caspe, porque siento en mí la fortaleza de la gracia divina, porque corre por mis venas la sangre de los héroes y mártires, porque recordaré solamente martirios y heroísmos por Dios y por la Patria, y porque creo, que los nuestros viven en el cielo dando gracias a Dios, que con la aceptación de sus vidas los halló dignos de sufrir por El hasta la muerte. Y estoy contento, porque los hombres me juzgan digno de haber muerto por Dios y por la Patria con los mártires de España, cuando me dicen: «Si usted hubiera estado aquí, hubiera sido asesinado por los rojos el primero».

Hicisteis bien, héroes y mártires de Caspe, permaneciendo fieles a Dios y a la Patria. Hicisteis bien despreciando la vida terrena para ganar la del cielo. Hicisteis bien defendiendo los derechos del Criador blasfemado por la criatura rebelde. Hicisteis bien prefiriendo morir con honor antes que vivir con vilipendio, y muriendo sonrientes con vivas a Cristo y a España en vuestros labios...

Al llamar mártires a los muertos por la Religión y la Patria en Caspe, sin querer con ello prejuzgar el fallo de la Iglesia, empleo conscientemente la palabra *en el sentido pleno, sacrosanto y glorioso de la misma*, como Su Santidad Pío XI dijo el día 14 de septiembre de 1936, y tal como la empleaban los primeros cristianos, cuando se referían a sus contemporáneos, que habían sellado con la sangre su fe y su amor a Cristo. Las palabras del Papa y la costumbre de los primitivos cristianos no nos autorizan ciertamente para el

culto público de nuestros mártires, pero sí para el culto privado, de manera que podemos encomendarnos a su protección y dirigir a Dios nuestras súplicas por su mediación.

En los días 24, 25 y 26 de julio, en este segundo aniversario, hemos honrado la memoria de los nuestros, que defendieron heroicamente la ciudad y fueron sacrificados por unas fuerzas veinte veces superiores, las cuales se cebaron en su sangre y en sus carnes, mientras Zaragoza se salvaba de la invasión. A la vez hemos rendido también el homenaje de nuestra veneración a la memoria de los otros mártires de pueblos vecinos que murieron en Caspe; de muchos no sabremos nunca ni los nombres ni la naturaleza, pero nuestra piedad se extiende a todos ellos, porque fueron leales a Dios y a la Patria, porque regaron con su sangre nuestro pueblo y porque descansan en la misma fosa común con los nuestros.

Ante la preciosa imagen del Santísimo Cristo del Cementerio, que es la única que Dios ha preservado de toda profanación en Caspe, hemos celebrado los cultos expiatorios en honor de nuestros mártires en el segundo aniversario. Ante este Stmo. Cristo, que ha asistido a los nuestros en sus agonías, que ha escuchado sus últimos suspiros de fe y de patriotismo y que extiende los brazos protectores sobre sus tumbas, han hecho los niños su Primera Comunión y centenares de fieles han recibido comuniones reparadoras. Hemos prometido también rezar cada día con más fe, con más consuelo, con más fortaleza, con más esperanza y con más amor ante el Santísimo Cristo que nos habla del supremo dolor y del supremo amor. Día y noche arderá delante de él una lámpara votiva de aceite de nuestros olivares para gloria de Dios y honor de nuestros mártires. Allí aprenderemos a sufrir en paz y con alegría, a trabajar, a esperar y a amar la santísima voluntad de Dios; el Santísimo Cristo convertirá el cementerio en el lugar de nuestro descanso, de nuestras esperanzas y de nuestros amorosos cuidados para gloria de Dios y honra de sus mártires.

En procesiones de penitencia, que comenzaron y terminaron en la capilla del cementerio ante la fosa de los héroes y mártires, hemos recorrido las calles Mayor, del Hospital Viejo y del Obispo García, que son las vías de amargura que anduvieron nuestros mártires, mientras en las plazas Mayor y de la Virgen, en la calle del Hospital Viejo y ante la ermita de Monserrat, en sendos altares levantados sobre los sitios donde murieron, hemos elevado a Dios nuestras oraciones y hemos recibido la bendición del Santísimo, en señal

de paz y de reconciliación. Cantos de penitencia y oraciones de desagravio han resonado en las mismas calles y plazas, por donde la sangre de los mártires corrió como si fuera un arroyo y donde masas furiosas, sedientas de sangre y anhelantes de incendio, blasfemaron, insultaron y condenaron a muerte con los puños en alto, amenazadores contra Dios y contra España.

Los cultos expiatorios con que hemos celebrado el segundo aniversario de los héroes y mártires de Caspe, han tenido un gran valor educativo, porque han puesto delante de los niños y de los jóvenes, en cuyas manos está el porvenir de la Patria, el ejemplo heroico de los que vivieron siempre fieles a Dios y a España en el cumplimiento de su deber, y de los que prefirieron antes morir que delinquir. «Por encima de todo está España y sobre España sólo está Dios». «Se honra a Dios y se sirve a la Patria cumpliendo el deber, cueste lo que cueste».

En el presente folleto, dedicado a la memoria de todos los héroes y mártires de Caspe, están recopilados los datos personales, familiares e ideológicos de los mismos, como en un libro de testamentos o últimas voluntades, junto con una breve narración de los acontecimientos principales, desde que comenzó el Glorioso Movimiento Nacional hasta este segundo aniversario.

. . . . . .

Los tercios de requetés de Mola y de San Miguel, con fuerzas de la Legión y tropas regulares, libertaron los días 16 y 17 de marzo del corriente año las tumbas de nuestros mártires y esta tierra bendita, por donde pasó el Criador derramando gracias y hermosura. Esta reconquista es el principio del triunfo y la glorificación de los héroes de Caspe. Sus enemigos están vencidos en el campo de batalla, en las ideas y en los sentimientos. Como si se hubieran alzado de la sepultura y revivieran, actúan nuestros héroes y mártires en la vida pública realizando sus ideales: Dios es públicamente adorado por los ciudadanos y por el Estado; la Patria es engrandecida y amada; la disciplina, el orden, la justicia, el trabajo y la familia florecen en una primavera perenne. Murieron por Cristo y por España; sus espíritus viven en Dios y obran en la Patria.

¡Gloria a Dios, honor a sus mártires, loor a los héroes y paz entre los hombres!

Caspe, 26 de julio de 1938.

S. CIRAC.

Los verdugos y las víctimas se preparan

DESDE la Revolución Francesa hubo siempre en Caspe algunas personas que estaban en relación con los centros revolucionarios de las capitales, Zaragoza, Barcelona y Madrid, de donde recibían folletos, libros, periódicos y a veces dinero y cargos oficiales. A principios del siglo XIX había ya en Caspe masones, afrancesados, liberales, republicanos, enemigos de las órdenes religiosas, despreciadores de la España tradicional y entusiastas propagandistas del espíritu revolucionario francés. En las familias de los estudiantes rebotados de cura o de fraile, en las familias de los otros estudiantes fracasados, en las de algunos militares retirados o de empleados enriquecidos con los bienes de los conventos y del municipio, quedó vinculado el espíritu irreligioso, liberal, republicano, enemigo de los carlistas y despreciativo de las tradiciones españolas.

Sin embargo, la masa del pueblo, en general labradores y artesanos, permaneció siempre fiel a las santas costumbres y a los principios tradicionales de los antiguos. Características generales del pueblo fueron durante el siglo pasado: la piedad honda y sincera, la lealtad y honradez sin tacha, la valentía en la defensa de la religión y de la patria, el amor a la justicia y al trabajo y la caridad sin límites. El descanso en los días festivos, con asistencia a la misa por la mañana y a las vísperas con el rosario por la tarde, fué cuidadosamente respetado hasta el año 1868. El pueblo repudió los degüellos y fusilamientos de frailes ordenados por militares venidos de fuera el año 1834. Desde la primera guerra carlista hubo en Caspe, entre los labradores y artesanos, muchos entusiastas de D. Carlos, mientras los enriquecidos con los bienes de conventos y del municipio fueron siempre adictos al partido liberal. El levantamiento exporádico de la «Quinta del Sábado», el año 1855, que fué dispersada en Fórnoles, cuando iba a conquistar Tortosa para la causa de la Tradición, estuvo dirigido por un fraile exclaustrado, que por los caminos y montes rezaba fervorosamente con los centenares de hombres que le seguían

entusiasmados por Dios, por la Patria y el Rey, a quienes el religioso alentaba llamándolos siempre «hijos míos». El año 1872 salieron voluntarios al campo con los carlistas unos ochocientos caspolinos, mientras los voluntarios liberales sólo fueron setenta y dos.

El puñado de revolucionarios liberales del siglo XIX, después de la restauración monárquica, fué la levadura emponzoñada, que había de corromper la masa del pueblo en los años posteriores. Estudiantes fracasados, empleados, oficiales, militares retirados y enriquecidos de malas formas comenzaron a inocular el virus revolucionario en la clase trabajadora. Se presentaban como hombres cultos y de ciencia, se mofaban de la religión, querían ahogar al Papa con los budillos del último fraile, hacían alarde de costumbres libres o depravadas y establecieron casas de mujeres públicas. Más tarde comenzaron a proponer el reparto de los campos y las fábricas de los demás. En los últimos años un bar, un casino, un teatro, una biblioteca, un banco, un hotel y un juzgado fueron las oficinas donde la masonería fraguó la destrucción del patrimonio espiritual, artístico y económico de Caspe, valiéndose de lugares comunes sobre cultura, de delirios teosóficos y de ilusiones paradisíacas sobre la república y la revolución.

Cuando cayó la Dictadura de Primo de Rivera, hicieron los socialistas de la U. G. T. una propaganda muy intensa entre los trabajadores de Caspe, donde se fundó un centro con un café. Los oradores socialistas blasfemaban públicamente en sus peroratas, empleaban palabras sucias, repetían las frases usuales contra la religión, calumniaban a los obispos, sacerdotes, órdenes religiosas, Ejército, Guardia civil, etcétera, y protestaban, que sólo querían con sus discursos ilustrar al pueblo, para arrancarle del obscurantismo con que lo tenían esclavizado la Iglesia y la Monarquía. La masa, que había dejado ya de ir a los templos, escuchaba a tales oradores al principio por mera curiosidad, pero después acabó por entusiasmarse ante la perspectiva de un paraíso terrenal: si no hay Dios, tampoco debe haber mandamientos que obliguen; si Dios existiera, no podría haber infierno, porque Dios es padre misericordioso de todos los hombres; si Dios existiera, nos respondería cuando le llamamos; la religión es el opio del pueblo; la tierra es para el que la trabaja; hay que exterminar a los adversarios, sus bienes pertenecen al pueblo; no hay más matrimonio que el fundado en el amor libre; los hijos pertenecen al Estado, que debe tomar

sobre sí las cargas de criarlos y educarlos; para ser feliz el pueblo no necesita ni a Dios ni al rey, ni la religión ni la ley... A la masa indígena pervertida se unió una multitud de comerciantes, taberneros, artesanos y ferroviarios, que vinieron de fuera, los cuales, desligados de sus familias, sin raíces de tradición en el pueblo y con ambiciones proporcionadas a su falta de honradez o de aptitud para el trabajo, vivían sin Dios, sin patria, sin amor y sin familia. En todos ellos, lo mismo que en los elementos directores, a pesar de que estos blasonaban pedantescamente de la ciencia, la falta de cultura era enorme. Las novelas pornográficas servidas por entregas, los libelos, las revistas obscenas y los diarios masónicos, anarquistas o marxistas se vendieron en Caspe por centenares y aun millares desde el año 1930; los vendedores de tanta prensa impía, inmoral y antipatriótica son en grado supremo responsables de la perversión del pueblo. Con la propaganda oral y escrita se consiguió en pocos años, que la masa de la población, capitaneada por señoritos mujeriegos y holgazanes sin profesión, carente de cultura, de amor al trabajo y de piedad, se embruteciera hasta el enfurecimiento refinado en la crueldad. A todo esto se unió la absoluta carencia de instrucción cristiana y patriótica en las escuelas, por donde pasaron maestros blasfemos y negadores de la existencia de Dios, y la falta de propaganda cristiana, social y patriótica en Caspe desde el año 1923.

Hasta el año últimamente mencionado había representado en las Cortes al distrito de Caspe y Pina un madrileño, que en su propaganda se presentó siempre como maurista, como abogado intachable, como católico practicante, como sociólogo cristiano y reformador de todos los vicios de la política liberal, instaurada con la restauración monárquica. Durante veinte años había sido el caudillo y el ídolo del pueblo, al cual abandonó y traicionó, como después también traicionó al rey, a la patria y a Dios. Su traición influyó grandemente en la perversión del pueblo caspolino, que no creyó más en políticos intachables ni honrados. «Nos ha abandonado...» «Nos ha traicionado...» Así decían desengañadas las gentes. En el año 1931 se presentó de nuevo aquel abogado madrileño como candidato republicano para Cortes constituyentes en la provincia de Zaragoza; pero como aún conservaba un punto de vergüenza, no quiso presentarse en viaje de propaganda en Caspe, donde sus viejos amigos aún permanecían fieles a los principios religiosos y

patrióticos, que él había defendido en las Cortes de España en nombre de Caspe.

De esta manera, una gran parte de la población fué víctima de la voracidad del liberalismo, de la masonería, del marxismo y del anarquismo. La propaganda continua, de cada día, personal y profesional, con medios satánicos y corruptores de costumbres, fué desmoronando poco a poco la secular fortaleza del espiritualismo y patriotismo. A esta propaganda no se podía responder con otra propaganda adecuada en defensa de los principios fundamentales de la sociedad: religión, familia, propiedad, autoridad y patria. Los sermones de las iglesias y las conferencias en el Sindicato Católico sólo eran eficaces para conservar vivo el fuego del idealismo cristiano y patriótico en una minoría selecta de familias y de individuos. Así el fermento ponzoñoso del espíritu revolucionario francés, transportado a Caspe ya a fin del siglo XVIII, había logrado inficionar una gran masa de la población un siglo y medio después.

El año 1931 sintieron revivir sus entusiasmos algunos ancianos supervivientes de la última guerra carlista. Alrededor de ellos se congregó un grupo de jóvenes entusiastas de la tradición española, que reorganizaron el partido tradicionalista y los requetés en Caspe y su distrito y repartían manifiestos, hojas de propaganda, periódicos, etc. Después fundaron un Círculo Tradicionalista; los inscritos como tales llegaron a noventa. Después de la revolución de octubre de 1934, algunos antiguos izquierdistas, movidos de verdadero patriotismo, conscientes también de los sacrificios a que se exponían, se hicieron derechistas. Y todos los buenos caspolinos, después de las elecciones de febrero de 1936, se convencieron de que una catástrofe nacional era inminente. Por esto se fundó una sección de Falange Española, en la cual ingresaron algunos partidarios de Acción Popular; el número de afiliados, sin embargo, no llegó a treinta. El Sindicato o Círculo Católico de Obreros y Agricultores era el lugar donde se juntaban cedistas, tradicionalistas, falangistas y, en general, todos los derechistas, porque allí únicamente se guardaba y se avivaba el fuego sagrado del idealismo religioso y patriótico más puro. Un mes antes del Alzamiento Nacional se habían ya ofrecido al capitán de la Guardia civil los tradicionalistas, los falangistas y algunos socios del Sindicato Católico, que estaban dispuestos a sucumbir antes que dejar perecer a España. En el Sindicato celebraron reuniones con el capitán, recontaron el número de los paisanos verdaderamente

adictos a los principios nacionales, montaron guardia secreta para expiar los movimientos de los elementos revolucionarios y llegaron a descubrir los planes que éstos tenían para exterminar a los elementos de orden. Un puñado de doscientos hombres, labradores, artesanos y comerciantes, jóvenes y ancianos, sin armas y sin medios económicos, se conjuró para defender de cualquier manera a Caspe para Dios y para España, contra un enemigo superior dentro del recinto de la ciudad. Cuando fué asesinado Calvo Sotelo, lloraron muchos de estos patriotas, rezaron por él y por la patria amenazada. «Así nos harán a muchos... pero muertos venceremos...» «No podemos abandonar a España... Hemos de salvarla, cueste lo que cueste...» «Prefiero morir con honor, antes que vivir con vilipendio...» «Yo moriré, para que mis hijos vivan...» «No quiero que mis hijos sean herejes...» «A mí que me insulten y me maten, pero que no blasfemen de Dios ni toquen a la religión...» «Nosotros no veremos la España grande, pero vosotros la veréis...» Así hablaban los que pensaban y pronto habrían de obrar como héroes de la patria y mártires de la religión.

La Semana Heroica

«Nadie tiene un amor tan grande como el que da la vida por los que él ama.» Jo. 15, 13.

s sábado 18 de julio de 1936. En Caspe corren graves rumores de que el general Franco se ha sublevado en Marruecos contra la tiranía masónica y marxista. Cuando oscurece se ven por la calle Mayor animados corrillos de requetés, falangistas y jóvenes de Acción Católica; se sabe poco, pero todos están entusiasmados por el Glorioso Movimiento, que secundan, según se dice, Sevilla y otras muchas ciudades. Los izquierdistas no pueden ocultar su excitación y su rabia. Muchos jóvenes, de acuerdo con la Guardia civil, velan y hacen guardia para evitar un movimiento revolucionario en el pueblo. A la mañana siguiente faltan algunos muchachos en la comunión general de la Juventud Católica, porque están de guardia...

A las seis de la mañana del domingo 19 se declara en Caspe el estado de guerra en nombre del general Cabanellas. El tráfico se hace sólo por las carreteras, porque los trenes de Zaragoza y Barcelona ya no circulan. La animación se concentra en el Sindicato Católico, donde el heroico capitán Negrete se presenta, para ordenar que pasen por el cuartel todos los que estén decididos a defender la causa de Dios y de España. Allí elige doce hombres de confianza para su escolta, los cuales se han de alojar en el cuartel y han de acompañarle a todas partes. Por orden del capitán acuden los adictos en grupos separados a la Glorieta, de donde son llevados en autos y camiones a las Tres Fillolas; allí se organizan tres patrullas, se reparten algunas pistolas y escopetas de caza y se ordenan guardias, que vigilan las carreteras que conducen a Caspe. El domingo día 19 no hay más fusiles en Caspe, que los que lleva la Guardia civil y apenas hay munición suficiente para llenar las cartucheras de los guardias. Un paisano de los que hacen guardia en el puente del Ebro lleva una escopeta y dos cartuchos; a otro le dan una escopeta y cartuchos de distinto calibre. «¿Y qué he de hacer yo con esto?», pregunta uno que sólo recibe una escopeta sin munición; y le responden: «Pues llevarla al hombro y hacer miedo». «Coged estrales», les decían a los que iban desarmados. El entusiasmo en cambio es extraordinario.

«Ala, ala, a salvar a España... Ahora sí que da gusto...» «¿No sabes que te matarán, si pierdes?», dijo su novia a uno, que respondió: «¿Y qué? Ya tengo edad y sé lo que hago».

El capitán manda al día siguiente, lunes 20, con amenazas muy severas, que sean entregadas todas las armas que se guardan en las casas; pero sólo se presentan algunas pistolas viejas e inservibles y algunas escopetas con un puñado de cartuchos. Con su escolta cerca, registra y clausura el centro de los socialistas y los otros centros izquierdistas; pero en ellos sólo encuentra documentación y algunas banderas rojas.

Durante el martes día 21 destituye el capitán al Ayuntamiento, nombrando nuevos concejales y alcalde; entretanto, se reorganizan en el Sindicato Católico los paisanos por grupos de diez con un cabo, se concentran las guarniciones de la Guardia civil de Maella, Fabara, Bujaraloz, Escatrón y Sástago, que con la de Caspe suman cuarenta guardias, a los cuales se juntan dos soldados que estaban con permiso. Comienzan a ser detenidos los cabecillas y los más exaltados izquierdistas, los cuales pasan todo el día sentados en la plaza del cuartel y a los cuales se permite ir a sus casas, si lo desean, con tal que prometan no alejarse de la población.

En la madrugada del miércoles 22 marcha en un camión el capitán con dos parejas de guardias y 18 paisanos armados con escopetas, llevando detenido a un exdiputado caspolino, que había sido reclamado desde la capital. Toda la carretera de Caspe a Zaragoza está sembrada de grupos amenazadores; los huelguistas se han apoderado de algunos pueblos del camino y esperan a las fuerzas rojas enviadas desde Barcelona. Bujaraloz está en poder de los revolucionarios; pero el capitán de Caspe, con los suyos, dispersa, sin disparar un tiro, los grupos de revoltosos, se apodera del pueblo y lleva preso al cabecilla en el camión. Escenas semejantes se repiten por el camino hasta llegar a Zaragoza, donde ya son cinco cabecillas que se entregan. En la fotografía publicada en la página 23 del libro de Colás y Pérez, titulado «El Movimiento Patriótico en Aragón», aparecen los caspolinos que fueron a Zaragoza en viaje de servicio, algunos de los cuales murieron poco después, como Joaquín Bel, Francisco y Antonio Cirac. Los jefes de Falange y del Requeté de Zaragoza quieren que los paisanos de Caspe se queden allí, porque necesitan más fuerzas para asegurarse la posesión de la capital, que está amenazada por dentro y por fuera; pero el capitán Negrete responde, que el peligro es más grande en

Caspe, adonde, despreciando el peligro de las emboscadas, regresa a las tres de la mañana del jueves 23, llevando en el camión cincuenta y cinco fusiles, dos cajas de municiones y cincuenta monos o uniformes de falangista.

A Caspe han llegado noticias alarmantes de Mequinenza, Fabara y Maella, donde los revolucionarios, reanimados con las noticias recibidas de Cataluña, amenazan turbar el orden y apoderarse de los pueblos. Sin descansar, marchan apenas llegados de Zaragoza el capitán, unas parejas de la Guardia civil y algunos paisanos en un camión a Maella, donde se nombra nuevo Ayuntamiento, se dispersa a los revolucionarios por los montes y se reorganizan guardias derechistas para defender al pueblo, quedándose cuatro caspolinos en Maella y tres en el cruce de la carretera de Fabara, haciendo guardia durante la noche. A las dos de la madrugada del día 24, sin dormir y sin comer, marcha el capitán con su escolta a Fabara, donde cambia el Ayuntamiento, da disposiciones para organizar la defensa del pueblo y habla por teléfono con el teniente de Caspe, ordenándole que le envíe a Maella dos camiones de paisanos, porque una columna catalana está llegando a Calaceite, y que sea volado el puente del Ebro en la carretera de Bajuraloz, para evitar que entren en Caspe las columnas anarquistas que están ya en Lérida, en Fraga y en Candasnos. Los paisanos, que van en los camiones a Maella, no llevan armas: «coged estrales», les han dicho.

Durante los días 22 y 23 se prosiguen los registros de las casas particulares, se practican detenciones, patrullas recorren las calles y hay guardia en los portales. Toda la tarde del 23 se trabaja febrilmente en obstruir con árboles o troncos y alambradas el puente del Ebro, donde hay montada una guardia permanente de cinco parejas y algunos paisanos.

A las siete de la mañana del viernes 24 se manda por un bando a todos los varones residentes dentro de la ciudad, que se presenten en el cuartel, con armas o sin ellas; por las calles van algunos paisanos con estrales y escopetas. Son ya como las ocho del día; columnas rojas llegan por la carretera de Candasnos al puente del Ebro, tratando de abrirse paso entre los troncos de árboles y las alambradas, mientras los guardias y los caspolinos tirotean a los invasores y les hacen algunas bajas. Ante el fuego de las ametralladoras y de los fusiles marxistas se van replegando hacia Caspe sus defensores, que, de trecho en trecho, al abrigo de los árboles, hacen

frente a los asaltantes. Entretanto, regresan los tres camiones con los paisanos que estaban en Maella y Fabara; pero la aviación roja los divisa en la carretera, lanza bombas sobre ellos y los ametralla. Dos camiones quedan en el camino; sus ocupantes llegan al pueblo a través de los campos, en el momento en que el enemigo penetra en la ciudad por el Coso, se adueña del hospital y de la estación, incendia una fábrica de harinas y otras casas para levantar humareda, sembrar espanto e infiltrarse más fácilmente en el pueblo. Un caspolino traidor capitanea al grupo de anarquistas, que se han apoderado del hospital, descorre la cortina de una ventana y señalando a las casas del pueblo manda hacer fuego: «¡Disparad!» Los caspolinos se parapetan, como pueden, detrás de los árboles, en las esquinas de las casas, detrás de colchones, en las puertas o ventanas y sobre las azoteas; los marxistas atacan con creciente furia cada vez en mayor número. La lucha se localiza en la estación, cerca del cuartel y en el Coso, donde cae muerto de un balazo traidor por la espalda el heroico capitán, cuando intentaba una salida por la calle abajo, para rechazar fuera del pueblo a los invasores; el teniente de la Guardia civil cae también gravemente herido. «¡Hijos míos, adelante!», grita el comandante Guíu Guiral. «No temáis... Aquí tenéis otro padre... ¡VIVA ESPAÑA! ¡VIVA LA VIRGEN DEL PILAR!...» Los milicianos intentan romper la línea defensiva del Coso pasando con un camión a toda marcha. Pero el conductor cae de un tiro en la cabeza. Segunda y tercera vez quieren pasar con el camión, pero segunda y tercera vez caen los conductores de tiros certeros, y el camión queda por fin abandonado en la calle. En la lucha intervienen en favor de los anarquistas la aviación, camiones blindados o parapetados con colchones y ametralladoras. Por el puente habían pasado más de cuarenta camiones cargados de milicianos, entre los cuales iban guardias civiles de Cataluña. Al ver a estos hay una gran confusión entre los defensores de Caspe, que dicen: «Que son de los nuestros... Que nos engañamos... Que vienen de Zaragoza para defendernos... ¡No tiréis!...» Los rojos que luchan en el Coso y en la estación son quizás unos trescientos; pero hay otros muchos desplegados en guerrilla por los campos hasta el puente, los cuales guarnecen los flancos y defienden la retirada de los asaltantes. Unos dicen, que los rojos son menos de quinientos; otros afirman que pasan de dos mil o tres mil. Durante todo el día se prolonga la lucha en la entrada de la ciudad; los

guardias y algunos pocos paisanos disparan con fusiles, mientras los otros dan vivas a España y a la Virgen del Pilar con grandes gritos, preparan los parapetos, llevan municiones, retiran a los heridos, vigilan a los rojos detenidos en la plaza del cuartel y miran hacia las ventanas o balcones, de donde se dispara traidoramente por la espalda contra los defensores. Así van pasando las horas de la mañana y de la tarde, hasta que los milicianos, desesperados, comienzan a retirarse dando vivas al comunismo, a la C. N. T. y a la F. A. I.; han tenido en Caspe noventa y dos bajas, aunque otros dicen que los muertos sólo llegaron a ese número. Uno de la F. A. I. decía después en Caspe: «De ochenta que tenía mi compañía, sólo quedamos dos». Los invasores revolucionarios, juzgando por los vivas que daban los defensores y por su resistencia, lo mismo que por las propias bajas que habían tenido, creyeron que en Caspe había tanques, artillería, aviación y muchas fuerzas para la defensa de la ciudad. Por eso, al llegar en retirada cerca del puente del Ebro, se dividen los marxistas en dos partidos, de los cuales el uno quiere marchar a Zaragoza, porque la carretera está libre y en aquella ciudad les esperan los treinta mil afiliados a la C. N. T., mientras el otro partido insiste en atacar a Caspe, trayendo más fuerzas con aviación y artillería para destruirlo, si se resiste. Unas monjitas y dos mujeres, detenidas en la casilla cerca del puente desde la mañana, presencian el desfile de los marxistas, que se retiran, y oyen el tiroteo de los dos partidos de opiniones tan diversas. «¡Qué hombres, Dios mío!... Parecían demonios...» «Han dicho que mañana volverán con artillería y aviación, y destruirán el pueblo, si no se entrega». Los rojos llegan en su retirada hasta Candasnos y Lérida, donde vuelven a organizar otro ataque contra Caspe, desviando todas las fuerzas y todo el material, que va destinado contra Zaragoza. Los caspolinos han perdido al capitán y al teniente, y se han quedado sin municiones; pero la fe y el patriotismo les sostiene y hacen la última guardia de la Semana Heroica en la noche de la vigilia de Santiago.

Por la mañana del 24, apenas habían llegado las hordas catalanas a la orilla del Ebro, se pidió telefónicamente auxilio a Zaragoza. «Aquí estamos perdidos... estamos perdidos, si no llegan refuerzos inmediatamente... Podemos resistir tres horas, pero más no, porque no tenemos armamento ni munición, ni personal suficiente...» Se dice que los telegrafistas enviaron traidoramente a Barcelona los telegramas

destinados a Zaragoza. Cierto es que de Zaragoza salieron con dirección a Caspe, a las órdenes de un comandante, algunas fuerzas que traían cañones o morteros, ametralladoras, fusiles y municiones. Llegan a Escatrón, poco antes de medio día y encuentran en la carretera unos troncos de árboles que obstruyen el paso; por esto acampan fuera del pueblo, a las dos y media de la tarde entran en él y cogen a cinco hombres presos. El comandante decide que las fuerzas, que van a auxiliar a los de Caspe, pernocten en Escatrón. Las llamadas telefónicas de Caspe a Zaragoza y a los pueblos de la línea son cada vez más angustiosas y se prolongan durante todo el día y toda la noche; por fin, se ponen al habla con las fuerzas estacionadas en Escatrón. «Venid en seguida... estamos perdidos... si nos atacan, no podemos resistir ni un minuto más... no tenemos municiones... ha muerto el capitán... el teniente está herido y agonizando... venid por la noche... para conoceros, entrad por la Balsa, llevad un paño blanco, tocad la corneta... venid en seguida...» En un auto han salido algunos caspolinos a buscar las fuerzas donde las encuentren, pero estas siempre vienen, vienen, pero nunca llegan...

Sudorosos, llenos de polvo, deshechos y medio muertos están los caspolinos en la tarde y noche que siguen al combate. Tienen sed, están hambrientos, muertos de sueño y cansancio; la sed especialmente los devora, sienten fiebre después de una Semana Heroica, pasada sin comer, sin beber, sin dormir, y en continua excitación y ansiedad. Una patrulla recorre el campo de batalla durante la noche hasta la madrugada, antes de que amanezca el día de Santiago: en el Coso hay un camión blindado, más abajo dos camiones y en el Tinte Royo otros dos, abandonados por los enemigos; cadáveres de los nuestros y de los anarquistas yacen en el Coso y a lo largo de la carretera... «La noche peor de mi vida... ¡Mala noche!...» La inquietud por el día, que se acerca, va creciendo y se agiganta como un espectro trágico. ¿Qué pasará? «Aún llegarán a tiempo los nuestros, que están en Escatrón... Si oís gritar vivas a la Virgen del Pilar y a España, salid, que llegan los nuestros... Aun se puede volar el puente del Ebro...» «Aún hay tiempo para huir con nuestras familias en camiones a Zaragoza y salvarnos...» «¡Qué valientes los de mi pueblo!...» «Más vale morir con honor que vivir con vilipendio... Si Dios acepta mi vida, se la ofrezco gustoso por España...» Así se habla durante toda la noche y la madrugada del día de Santiago en las casas,

en las patrullas, en las guardias, en el cuartel... Continúan las llamadas angustiosas por teléfono a Zaragoza y a Escatrón. «Estamos perdidos... no tenemos municiones... no podemos resistir...» «¡Han dicho los nuestros que llegarán a Caspe a las ocho del día de hoy!...»

. . . . . .

Los izquierdistas detenidos por la Guardia civil en Caspe durante la Semana Heroica estaban sentados a la sombra, o paseaban por la plaza del cuartel, y se les permitía ir a sus casas. Se tenía el propósito firme de no hacer víctimas por la conducta pasada; después de la victoria, hubieran sido los izquierdistas incorporados en la cruzada nacional para engrandecer a España. En muchas ocasiones alabaron los mismos detenidos el trato cortés, el respeto y las atenciones de los héroes de Caspe. «¿Me matarán?» «No, señor; nosotros respondemos de que no se matará a nadie...»—«¡Ay, que me van a matar!» «No, eso no; esté tranquilo y siéntese, que no le pasará nada». «¿Queréis que me acompañe una pareja a mi casa un momento?» «Vaya usted solo y, cuando se despache, vuelva tranquilo al cuartel». Ante conducta semejante en momentos tan graves estaban asombrados algunos detenidos, que deseaban de corazón el triunfo nacionalista, porque, según afirmaban, los comunistas sembrarían de ruinas a España y la regarían hasta la saturación con sangre inocente. «Cuando hayan triunfado totalmente las derechas, hemos de comer la mejor res de mi ganado, con el jefe de los requetés y sus compañeros, porque me han ganado el corazón con sus sentimientos tan humanos y cristianos». El mismo jefe de los requetés decía: «Estoy muy contento, porque nadie se ha manchado las manos en sangre... A todos les hemos infundido confianza... No hemos quitado a ninguna criatura el cariño de su padre... Queremos que sepan por experiencia lo que somos los cristianos...»

Los héroes de Caspe eran no solamente los mejores patriotas, sino también a la vez los obreros más competentes de cada oficio o profesión, los ciudadanos más cultos y los católicos más piadosos. Sabían que las internacionales obreras, la masonería y la judería son enemigas declaradas de Cristo, de España y de la verdadera civilización, que se basa en la religión, en la familia, en la patria, en la justicia, en la libertad y en el orden. Por eso, al levantarse en Marruecos el general Franco, para defender el patrimonio espiritual de España, se alistaron sin vacilar en sus banderas.

«He leído mucho y sé de qué se trata... Conozco bien la historia de Rusia, de Méjico y de Asturias bajo la revolución...» «No quiero que mis hijos sean herejes...» «Si triunfan ellos, me robarán a mis hijas para pervertirlas...» «Si no salimos a defender a la religión y a la patria, vendrán los rusos y lo quemarán y arrasarán todo...» Nuestros héroes habían asistido a la novena de la Virgen del Carmen, haciendo a veces la vela ante el Santísimo con especial devoción; todos llevaban escapularios o medallas de la Virgen del Pilar o del Carmen; todos estaban plenamente convencidos de que su apostasía o cobardía en aquellos momentos precipitaría el incendio de los templos, el triunfo del anticristo, el desbordamiento de la inmoralidad y el entronizamiento de la tiranía sobre cenizas, lágrimas y sangre... Por eso consideraban su apoyo a la causa nacional como el deber más grave de la conciencia religiosa, patriótica, familiar y profesional. Como hombres idealistas no pensaron ni un instante en los intereses materiales. Casi todos eran pobres que debían alimentar a sus familias con el trabajo cuotidiano; sin embargo, no salieron a luchar por el pan propio o de los suyos, sino únicamente a defender la causa de Dios y de España con el sacrificio de sus vidas y con la pérdida del pan de los suyos. El propio capitán Negrete fué con su señora a los conventos para animar a las monjitas y pedirles detentes, medallas y escapularios, que después repartió entre los guardias y paisanos. «Estén ustedes tranquilas y recen... Hay que tener mucha confianza en Dios... A mí me matarán, pero triunfaremos... El Sagrado Corazón de Jesús ha de reinar en España...» Entre los héroes de Caspe estaban los mejores guardias, los mejores sacerdotes, y los más competentes farmacéuticos, comerciantes, empleados de banca, carpinteros, estanqueros, chocolateros, vaqueros, labradores, estudiantes... los cuales, además de trabajar sin descanso, perfeccionaban siempre más su profesión; entre ellos no hubo ni siquiera un holgazán profesional; por eso amaban con pasión el trabajo, el orden en todo y la jerarquía social. En todos ellos era característico el amor de familia, la piedad hacia los padres, las mujeres, los hijos, los hermanos. «Nada me importa morir, y por España moriré contento; pero no quiero que mi mujer y mis hijos se mueran después de hambre...» «Sólo siento que mis hijos se vean privados del cariño de su padre...» «Decid a nuestro hermano...» «¡Ay, mi mujer y mis hijos!...» «¡Ay, madre de mi corazón!...»

La hora del sacrificio

AMANECE el cuarto sábado del mes... Es la fiesta del Patrón de España, día 25 de julio de 1936... «Hoy va a morir todo el mundo en Caspe...» «¡Ay, que vienen muchos millares de comunistas y nos van a matar a todos!...» Ya no tocan las campanas ni se celebra la santa misa. «Si hay tiempo, quiero celebrar... Por lo menos tengo que ir por el Santísimo... Es mi deber... ¿Están preparadas?... Pues háganse cuenta de que es la última comunión de su vida». Después de estas palabras distribuye mosén Mariano todas las hostias del copón entre la comunidad de Madres Capuchinas; él mismo se arrodilla, comulga con la hostia grande de la custodia, absuelve a las religiosas y de rodillas da gracias al Señor en silencio... «Ya estamos preparados». Son las últimas comuniones del año 1936 en Caspe... Hasta la fiesta de San José del año 1938.

Entre seis y siete de la mañana comienzan a caer las primeras bombas de la aviación y artillería roja por los alrededores del pueblo; a su amparo se extiende la infantería, como el día anterior, por el Coso, cuartel, estación, balsa y carretera de Maella hasta el matadero. En los primeros momentos se resiste por el Coso y cuartel hasta que la munición se agota... Luego aparecen banderas blancas en el cuartel, en el hotel Pío Magallón y en el Ayuntamiento, que pronto son sustituídas por banderas rojas y negras de la C. N. T. y F. A. I., que ondean también sobre la cruz de la veleta en el campanario de la parroquia. Minutos después de la comunión de las monjas se precipita dentro del convento y de la iglesia el escuadrón rojo, que ha subido por la carretera de Maella; lo primero que cogen es el copón vacío y la custodia sin hostia, que son machacados furiosamente con los fusiles. Entre milicianos vestidos sólo con taparrabos, que apuntan con sus fusiles contra las religiosas, atormentadas por gritos y blasfemias del infierno, va la Comunidad de Madres Capuchinas, con hábito, con los brazos extendidos en forma de cruz, por las calles hasta el Ayuntamiento. Algunos milicianos habían querido matarlas, pero un jefe alto, rubio, con un pañuelo rojo atado por el cuello, con voz ronca y aguarden-

tosa, cuyos ojos despedían fuego y espanto, dijo: «No; hay que demostrar que somos humanitarios...» Grupos de milicianos, sucios, polvorientos, cubiertos muchos sólo con taparrabos, y todos con pañuelos rojos alrededor del cuello, como fieras de la selva, se desparraman con los fusiles por todas las calles, gritan enfurecidos y quieren matar hasta a los heridos. Otros suben por el Coso temiendo aún alguna emboscada, y gritan para disimular y engañar: «¡Viva España! ¡Viva la Virgen del Pilar!... Todos somos unos... No tirad, que todos somos hermanos... Nosotros no matamos a nadie... Abrid puertas y ventanas... Todos a la calle... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva Santiago!» Las mujeres contestan a estos vivas gritando: «Son los nuestros, que vienen a salvarnos... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva España!...» Cuando los rojos se convencen de que efectivamente nadie resiste ya en Caspe, se dejan dominar por la borrachera del triunfo, blasfeman, gritan y gesticulan con los fusiles en las manos. Un solo grito se oye por todas las calles: «¡Viva la C. N. T.!... ¡Viva la F. A. I.!...» Farrás, Durruti, Ascaso y Ortiz mandan en Caspe.

Las fuerzas, que el día 24 por la mañana habían salido de Zaragoza para defender a Caspe y que habían pasado toda la tarde y la noche en Escatrón, acampan finalmente a las diez de la mañana a la vista del pueblo por la Plana del Pilón. A las diez y media vuelven algunos a Escatrón para buscar comestibles, de donde se llevan once jamones. Dos camiones llegan hasta los sifones de la carretera cerca de la balsa. La aviación roja los divisa y ametralla, mientras la artillería los bombardea y dispersa; seis o siete muchachos caen heroicamente por Dios, por España y por Caspe. A las dos y media de la tarde vuelven a pasar en retirada por Escatrón los restos de las fuerzas que debían haber salvado a Caspe y al Bajo Aragón. A las once de la mañana del día de Santiago del año 1936 se perdió en Caspe toda esperanza; el sacrificio estaba consumado.

Por la carretera de Candasnos se alza contra el cielo durante todo el día una nube de polvo. De Lérida no cesan de partir camiones, que llevan en grandes rótulos escrita la dirección y su destino: «A Zaragoza»; todos han cambiado la ruta y se dirigen a Caspe. Por la tarde llegan sin cesar trenes cargados de milicianos y milicianas. Suman ya varios millares. «Hijos de muchos padres», hombres vestidos sólo con taparrabos o con calzoncillos y camiseta roja sin mangas, con pañuelos rojos en el cuello, mujeres del Barrio Chino

de Barcelona vestidas con monos azules de mecánicos, presidiarios, judíos y extranjeros, todos sedientos de sangre cristiana, hambrientos de carne morena aragonesa, ansiosos de botín y de placeres... «¡Qué hombres y qué mujeres, Dios mío!... ¡Qué fachas y qué lenguas!... Como si salieran del infierno... ¡Dios mío, aquellos hombres medio desnudos como fieras, y aquellas mujeres como brujas!... Aun me horrorizo y tiemblo cuando pienso»...

Permisión y voluntad de Dios

DUEÑOS del pueblo, comienzan los invasores a derribar las imágenes de las tradicionales y típicas cofradías callejeras, que cantaban novenas de salves y gozos en honor de la Virgen y de los santos. Si encuentran cuadros u otros objetos religiosos, al hacer registros en las casas, los arrojan por las ventanas. «¡Ala, ala, a la calle!... Fuera todos los santos... Tirad todos los santos a la calle...» Luego les prenden fuego. Gentes asustadas, sin piedad sólida, sin fortaleza cristiana, dejadas de la mano de Dios por un instante, tiemblan oyendo los gritos y viendo las hogueras de los santos; también ellas arrojan por los balcones y ventanas los cuadros e imágenes religiosas a la calle. Algún tiempo después mandan los jefes rojos, bajo severas penas, que se entreguen todos los santos, cuadros, imágenes, y otros objetos religiosos en la casa de la Brigada de la Muerte. El pánico es enorme. En agujeros de las paredes, en la tierra, en los ponedores de las gallinas, debajo de las macetas de flores, entre los aperos de labranza y en cien sitios diversos se van escondiendo medallas, crucifijos e imágenes de los santos, de la Virgen y del Sagrado Corazón. Pero la gente está asustada y la casa de la Brigada de la Muerte se llena de imágenes sagradas. Algunos días después se alza en la plaza una hoguera inmensa, que convierte en cenizas imágenes durante varios siglos veneradas en Caspe, obras artísticas, como la Virgen gótica de la Leche, el San José de los Carpinteros, del siglo XVII, y otras imágenes más modernas de devoción familiar o personal... «Quien tenga un santo escondido, si se le halla, será encerrado en su casa, se rociará la casa con bencina y se le prenderá fuego estando los dueños dentro...»

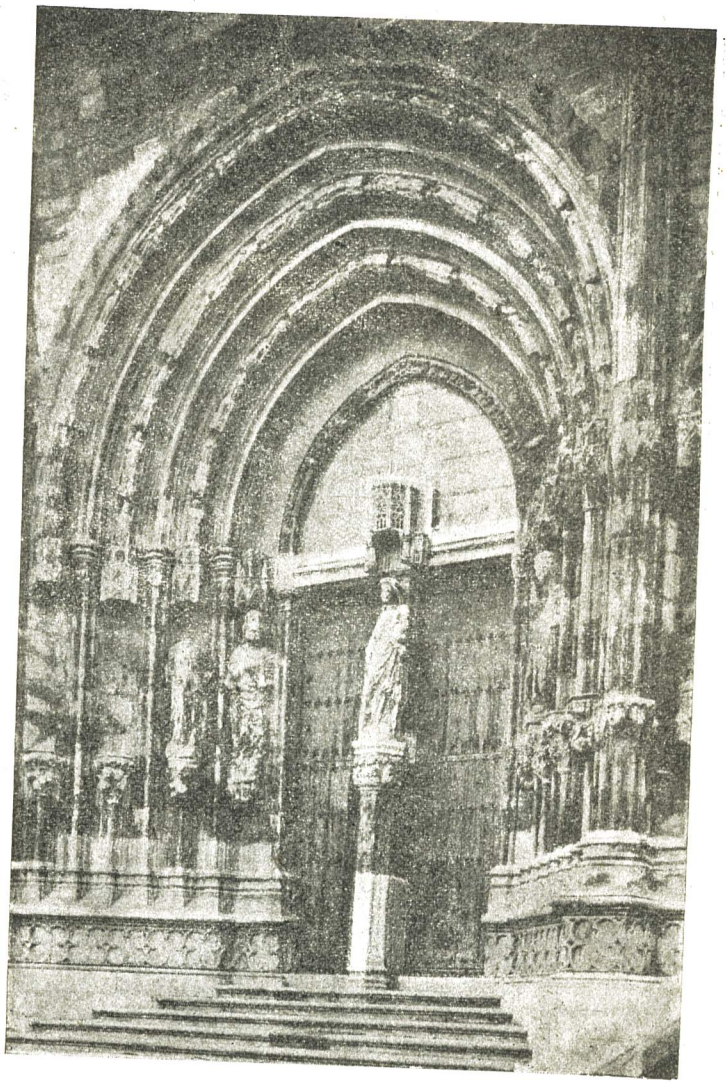
Los templos son primero profanados y saqueados, después quemados. En la iglesia de Santa Lucía cogen primeramente el copón, arrojan al suelo las hostias consagradas y después las queman; algunos días después se ven todavía en San Agustín hostias consagradas, arrojadas debajo de las pilas del agua bendita. Las furias infernales se desencadenan y ensañan principalmente contra la parroquia. Mientras aún

se disparan tiros, han violentado las puertas, sacan del sagrario los copones, pisotean las hostias, roban todos los cepillos y cajas, donde se guarda el dinero del culto; por las calles se agitan, como beodos, hombres, que llevan cálices y objetos preciosos en las manos, algunos van revestidos con el riquísimo terno del siglo XVII bordado en sedas y oro; otros, también revestidos con vestiduras sagradas, van haciendo mofa por la calle Mayor; otros destruyen a martillazos el reloj de la torre, mientras un grupo de milicianos dispara desde la plaza más de mil tiros al disco de la esfera, que les sirve de blanco; después del saqueo son rociados con bencina todos los altares, la sillería del coro, todas las puertas. Cuanto puede arder es durante dos días pasto de las llamas infernales, que funden el hierro y calcinan las bóvedas; nubes de humo, que infunden espanto, salen por las puertas y ventanas, algunas de las cuales son del siglo XIV, y suben hasta el cielo; la iglesia parece un infierno. A veces, cuando se derrumban por el incendio los grandes retablos o la fábrica del órgano monumental del siglo XVII, se oyen ruidos espantosos; de la rosa de la bóveda central, fabricada el año 1521, se desprende la clave, en la cual figuraban las tres cabezas con cabellera larga del escudo de Caspe. Las llamas sacrílegas devoran furiosas: el retablo gótico de tablas finísimas mandado construir el año 1535 por Johan Perandreu Labrador para la Virgen de la Consolación de la ermita de San Bartolomé en Cabo de Vaca; el monumental altar mayor del siglo XVII, de lienzos historiados, con los misterios de la vida de la Santísima Virgen, desde su Concepción Purísima, hasta su Coronación en la gloria; el precioso altar de la Virgen del Rosario con tablas italianas del siglo XVI, dedicado por el obispo Cubeles, cuyo escudo figuraba en una puerta construída también por el mismo para el armario de la misma capilla; los colosales retablos de la Virgen del Amor Hermoso y de Monserrat, de santo Tomás y san Blas, del siglo XVII, procedentes del convento llamado de la Virgen del Rosario o de Santo Domingo en las ruinas del actual hospital; todos los otros altares, todas las imágenes, todos los confesonarios, todos los bancos, todo el tesoro de la Diputación del Santísimo Sacramento; en una palabra, todo cuanto puede arder o fundirse, como las colecciones de vestiduras sagradas antiguas y modernas, muchas de ellas preciosas, la casulla con que san Vicente Ferrer había celebrado la santa misa, la imagen, el altar y el libro de la Hermandad de la Virgen del Carmen, fundada en el siglo pasado por los padres Francisco Navarro y Tomás Cirac, todo es pasto de las llamas... Con el archivo parroquial desaparecen también entre las llamas: todos los libros de bautismos, matrimonios y defunciones, cuyas partidas comenzaban en el año 1518; los manuscritos originales de «Los Anales de Caspe«, escritos por mosén Mariano Valimaña; una colección estupenda de documentos en pergamino desde el siglo XII, bulas de los Papas de Aviñón y de Roma, inventarios como el de los objetos enviados desde Aviñón por D. Juan Fernández de Heredia, sellos de cera y plomo de Papas, reyes y caballeros; toda la biblioteca parroquial, la cual contenía colecciones preciosas de libros, sobre Teología, Sagrada Escritura, Derecho, Predicación, Historia, libros litúrgicos del siglo XIV, el libro Lumen Domus del convento de los sanjuanistas desde el año 1394 hasta 1820... Dos días después del incendio apocalíptico de la parroquia, cuando las brasas se van apagando, se halla entre las cenizas y los escombros el armazón de hierros, en parte derretidos y en parte retorcidos, de la «custodia grande», hermosísima obra del mismo orfebre que en el siglo XVIII hizo la de Teruel, la cual medía unos dos metros de altura, y había sido labrada en plata, al natural y sobredorada, regalada por todas las familias del pueblo menos por una, cuyo nombre ignorado por nosotros, habían jurado nuestros antepasados no revelar a la posteridad; una inscripción en plata sobredorada decía: CARITAS FILIORUM CASPENSIUM ME FECIT. Los mejores monumentos del arte, de la historia y de la grandeza de Caspe, nacidos al calor de la religión, han desaparecido para siempre en las llamas encendidas por la impiedad. En busca de tesoros imaginarios, son levantadas las losas del pavimento de la parroquia; por delación de los albañiles, se descubre el lugar donde estaba emparedado el tesoro artístico-religioso, que es enviado a Barcelona: las dos «Pascualas», grandes y hermosísimos bustos de plata natural, pintada y sobredorada, del siglo XVI, con innumerables reliquias de santos; una imagen grande de san Pedro del mismo metal, del siglo XVII; un portapaz de plata dorada al fuego, del siglo XVI; una cruz procesional gótica con esmaltes, del siglo XIV y otra del siglo XVI; cálices, candeleros, cetros, incensarios, navetas, relicarios, jarras, bandejas, portapaces... obras todas bellísimas, de plata, ejecutadas con gusto exquisito entre los siglos XIV y XVIII, las cuales, en la guerra de la Independencia, habían sido salvadas milagrosamente de la rapacidad francesa. En febrero

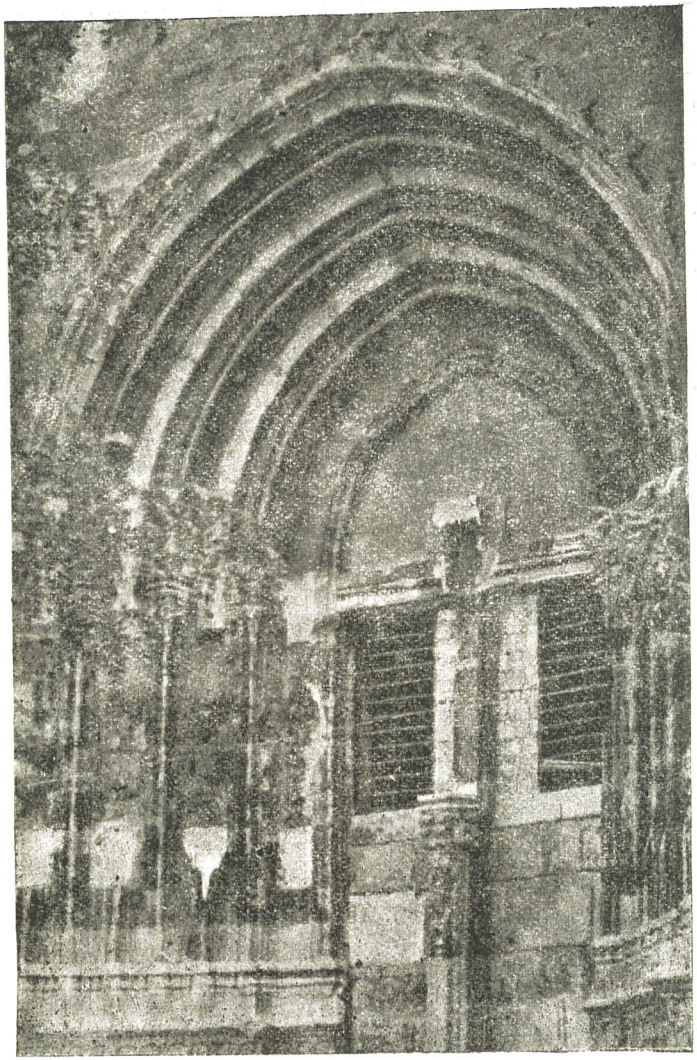
de 1938 se presenta en Caspe el apóstata llamado «padre» Leocadio Lobo, que se lleva el «Cáliz del Compromiso», gótico, de plata sobredorada, con esmaltes de Limoges, enviado de Aviñón en 1394 por D. Juan Fernández de Heredia, con el cual celebró el obispo de Huesca D. Domingo Ram la misa de proclamación del rey D. Fernando de Antequera en Caspe. Las campanas de todas las iglesias y capillas corren igual suerte; son violentamente descuajadas de los campanarios y espadañas, arrojadas a la calle y luego facturadas a Barcelona: «la Bárbara» y «la Sebastiana» o «la de Misa de Once», las cuales tenían esculpidos versos alusivos a su misión y a los nombres de las mismas; «la Santa María de Caspe», de sonido argentino, que oían los caspolinos con orgullo y con piedad, en las grandes festividades, en un radio de siete horas alrededor de la ciudad, la cual llevaba esculpida, entre otras, la siguiente copla:

María Caspe me llamo,
Treinta y seis quintales peso,
El que no lo quiera creer
Que venga y me tiente el peso.

No bastan el saqueo y el incendio y el robo; a donde no se llegó con ellos se llegará con el pico, el escoplo y el martillo. Un sacerdote, algunos derechistas y otras personas reconocidas por su honradez y amor a Caspe, van a trabajar por castigo y sin jornal, a las órdenes de los albañiles y picapedreros, que cobran grandes sueldos por destruir lo que aún queda en pie. En el hermosísimo pórtico de la parroquia, de estilo ojival del siglo XIV, que representaba la Corte del Rey del Cielo, que mora en el templo, van desapareciendo a golpes de pico y martillo la estatua de la Virgen con el niño del parteluz, las estatuas de los apóstoles, todos los doseles y pedestales y, por fin, las tres series de archivoltas, que representan ángeles adoradores, mártires con palmas, y santos obispos con báculos, obras todas ejecutadas primorosamente en piedra arenosa del país; la pila bautismal, las pilas del agua bendita, algunos altares e imágenes de piedra ruedan hechos pedazos por el suelo; a martillazos se destruye también el sepulcro ojival de mármol con la estatua yacente de D. Juan Fernández de Heredia, con relieves de su vida y con representaciones de los personajes que acompañaron el cadáver del Gran Maestre desde Aviñón a Caspe, obra grandemente realista, muy sencilla y bellísima, de fines del siglo XIV o principios del XV; también a martillazos es

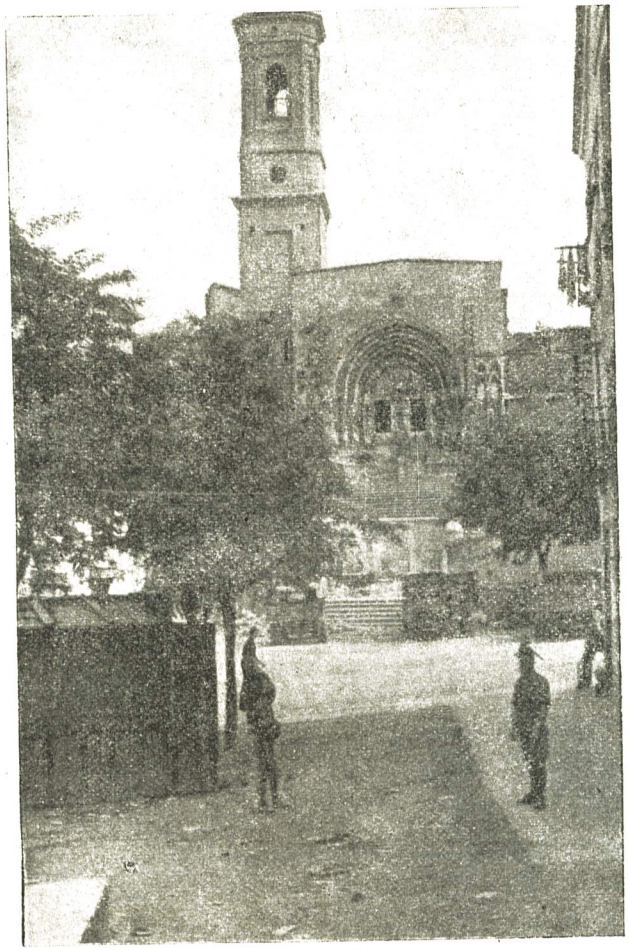


Pórtico de la iglesia parroquial antes del dominio rojo



Pórtico de la iglesia parroquial después de la paciente destrucción de las imágenes y de toda la ornamentación ojival del siglo XIV por los rojos

Iglesia parroquial antes del dominio rojo



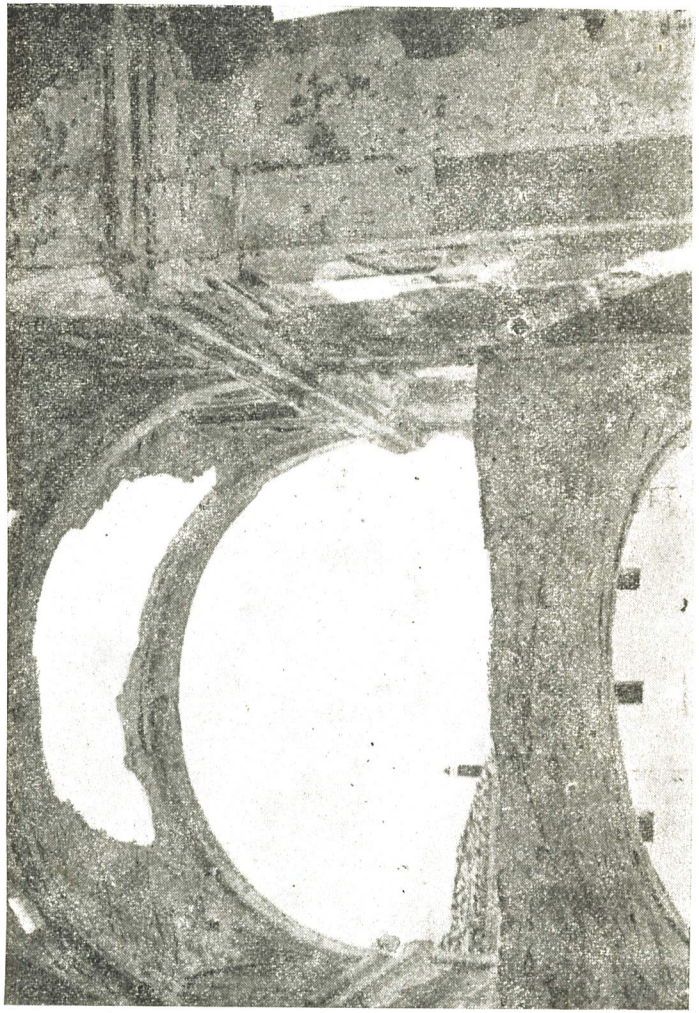
Iglesia parroquial durante el dominio rojo

reducido a escombros el sepulcro renacentista del siglo XVI del obispo D. Martín García, con relieves alusivos a su vida de pastor en Caspe, de estudiante en Bolonia, de canónigo en Daroca y Zaragoza, de obispo en Barcelona y quizás de Cardenal en Roma; la capilla de la Santísima Veracruz con el templete de jaspe y mármoles blancos, negros y colorados traídos de Italia, con adornos, columnas, escudos e imágenes de yeso o mármol, con los lienzos de la invención de la Santa Cruz por Santa Elena, la aparición a Constantino y la batalla del puente Milvio, todo es repicado pacientemente y destruído con el martillo y el escoplo. Las verjas de hierro del coro y de la capilla de la Veracruz, son arrancadas y vendidas como hierro viejo o chatarra.

La iglesia y el convento de las monjas capuchinas, erigidos en el siglo XVII por el sanjuanista Fr. Miguel Jeric, para que fuera asilo de santidad, templo de expiación y hogar de amor divino en Caspe, son rociados con bencina y arden en una hoguera espantosa, mientras las religiosas van en procesión de mártires con los brazos abiertos en cruz por las calles. Las losas del pavimento de la iglesia son levantadas, cuando las brasas se han apagado; el cadáver del santo fundador, sepultado en el presbiterio, es descubierto; las momias de las religiosas son sacadas fuera de los sepulcros y, mientras son diabólicamente profanadas puestas de pie con cigarros en la boca, los milicianos se retratan riendo al lado de ellas. Días más tarde comienzan albañiles y peones a destruir con picos las paredes que han quedado en pie; esta obra destructora cuesta más de doce mil duros sólo en jornales.

Las iglesias de santa Lucía, de san Agustín, del Hospital, del Colegio de santa Ana y las ermitas de Monserrat, san Indalecio, san Roque, la Balma, la Magdalena y san Bartolomé en Cabo de Vaca, donde perece entre las llamas la bellísima imagen gótica de la Virgen de la Consolación del año 1535, corren todas igual suerte: primero son saqueadas y profanadas, luego son quemados en las calles los bancos, las imágenes y los altares con todo el ajuar religioso. De la profanación de la ermita de santa María Magdalena del Monte se encargan los mequinenzanos: estos saquean la capilla, encienden una hoguera con lo que puede arder y después se entretienen los rojos de Caspe todo el día disparando más de dos mil tiros contra la pequeña imagen de la santa, esculpida en alabastro antes de mediado el siglo XV, la cual había sido encontrada allí mismo en una cueva por el piadoso pas-

Profanación del cementerio de las Monjas Capuchinas



Convento de Capuchinas.—Coro después de la destrucción por los rojos

Convento de Capuchinas.—Comedor y celdas después de la destrucción por los rojos.

Convento de Capuchinas. Sala Capitular y Noviciado después de la destrucción por los rojos

torcito, que luego fué obispo de Barcelona, D. Martín García.

Tampoco se libra del sacrilegio y de la tragedia común el Santísimo Cristo del Hospital, llamado vulgarmente de Zalamea desde el siglo pasado. Según datos muy probables, ya en el siglo XVI había sido venerada su imagen en el Hospital Viejo, donde se rezaba cada día el rosario y ardía continuamente una lámpara de aceite a costa de algunas mandas testamentarias; después de la expulsión de los jesuítas fué trasladado el santo Crucifijo al convento de aquellos, convertido en Hospital Nuevo, hoy Sindicato Católico, y en el siglo XIX a la capilla del Hospital Municipal establecido en el antiguo convento de los dominicos. La talla era finísima, pintada al natural, con la cabeza coronada de espinas e inclinada hacia el suelo, con la boca entreabierta en el suspiro de la agonía, pero como si aún estuviera vivo... La pared del altar del Stmo. Cristo del Hospital estaba cubierta de exvotos de cera que representaban los miembros del cuerpo curados milagrosamente en mil casos desahuciados... No había caspolino que no hubiera rezado y llorado de dolor y de amor, sobre todo en casos desesperados de enfermedad, a los pies del Santísimo Cristo, que en la suave obscuridad de la capilla, a la luz de la lámpara, desde el alba hasta bien entrada la noche, escuchaba las confidencias de los corazones doloridos... También le llegará su vez al Santísimo Cristo del Hospital...; manos sacrílegas arrancan la imagen milagrosa, la arrojan al suelo, la arrastran por las calles, la rompen en pedazos, le cortan la cabeza, una mujer juega con ella a la pelota y se cuece la comida. «Pues bien que ardía, y no se quejaba ni decía ná...»

. . . . . .

La iglesia que habían construído y enriquecido los caspolinos de todos los tiempos desde el año 1169... la pila bautismal donde todos habían sido bautizados... el sagrario cuya lámpara habían alumbrado con aceite de los olivares plantados y labrados por sus propias manos... las imágenes seculares de Cristo, de la Santísima Virgen y de los santos, ante los cuales habían rezado tantas generaciones... los altares donde se celebraron tantas misas por los casados y por los difuntos... las campanas queridas que con voz amiga llamaban a todos, desde el bautismo hasta el entierro, para rezar en el templo de Dios... ¡todo desapareció con el huracán de la revolución, que en pos de sí ha dejado sólo cadáveres, lágrimas, cenizas, escombros y nada más!...

. . . . . .

Por voluntad de Dios se ha salvado en Caspe la Cruz pectoral que el Papa Clemente VII de Aviñón regaló al Gran Maestre D. Juan Fernández de Heredia, el cual la envió al convento que él mismo había fundado en Caspe. Forman esta cruz dos grandes pedazos de la verdadera cruz, en que murió Nuestro Señor Jesucristo; por eso la llamamos la Santísima Veracruz... Por voluntad de Dios, cuando se perdió Caspe, desapareció también la llave de la iglesia del cementerio, que ha permanecido siempre cerrada de tal manera, que la fiera bolchevique no ha puesto su pezuña sacrílega en aquel recinto sagrado; por las rejillas de la puerta se veía la lámpara apagada, el altar con los manteles, las sacras y la bellísima imagen del Santísimo Cristo del Cementerio, que es la única imagen antigua que Dios ha querido conservar para el culto público en Caspe. La reliquia sagrada de la Veracruz y la imagen milagrosa del Santísimo Cristo del Cementerio nos enseñan el camino de la voluntad divina por el dolor y por la muerte en la tierra hacia la resurrección y la gloria con Dios en el cielo...

Martirios y mártires

os invasores no han respetado en Caspe ni los monumentos seculares del arte, ni los de la piedad, ni los de la historia. No es, pues, extraño que, al reducir a cenizas los templos de Dios con todo lo que contenían y todas las imágenes de Cristo, de la Virgen y de los santos, quieran exterminar a todos los creyentes. Tampoco es extraño, que después de quemar todos los monumentos artísticos e históricos de la ciudad, intenten también aniquilar a todos los que representan el arte, la historia, la tradición y el espíritu. Cien veces vale más morir antes que presenciar impávidos el derrumbamiento del patrimonio secular de un pueblo. Es una gloria para los adoradores de Dios y amantes de la Patria sucumbir bajo los mismos escombros, expirar envueltos en las mismas llamas, encendidas por el odio satánico, con las imágenes de Jesucristo y de sus santos, con los monumentos históricos y con el tesoro artístico del pueblo natal... «Mamá, que nos maten; no queremos vivir con ellos...» «Sólo por no vivir con ellos teníamos ilusión de morir...»

Desde el primer momento los invasores hacen víctimas de su odio a la vez a Dios, a España y a nuestros mártires, porque éstos sólo pertenecen de corazón y de derecho a Dios y a la Patria... A la luz de este hecho se puede comprender de alguna manera el valor sagrado que tiene la muerte de los mártires de Caspe. Antes de morir confiesan todos su fe católica y nadie la niega. Dicen algunos que no son fascistas o que no han hecho armas, pero todos responden sin vacilar serenos y valientes: «Sí, soy católico...» «Sí, soy del Sindicato Católico...» «Sí, soy de la Juventud Católica...» «No, yo no soy fascista; yo soy sólo católico...» «¿Y a mí por qué me traen aquí?» «Pues porque ibas a misa...» Todos mueren con la convicción de que sacrifican sus vidas por Dios y por España, de que mueren mártires en el sentido litúrgico y sagrado de la palabra según la doctrina católica. Así se explica que recobren la serenidad y confiesen valientes su fe: el Espíritu Santo está con ellos. Hay, pues, mártires en Caspe por razón de la causa que defienden según su con-

ciencia religiosa, por el odio de los enemigos de Dios que los asesinan, por las confesiones valientes de su fe, por la persuasión que tienen de ser mártires, y por las oraciones, los vivas y la señal de la cruz con que mueren.

. . . . . .

Es el día 25 de julio de 1936, fiesta de Santiago, Patrón de España... Ya se han retirado vencidas las fuerzas de auxilio enviadas desde Zaragoza. En el Ayuntamiento se ha constituído el Comité Revolucionario, presidido por un caspolino y del que forman parte otros también caspolinos... Joaquín Ascaso y Antonio Ortiz están en el Consejo de guerra constituído en la estación del ferrocarril... «Aunque no sean fascistas, con tal sean de derechas, hay que matarlos...» «No ha de quedar ningún socio del Círculo Católico...» «Por de pronto, a matar...» «El pueblo juzgará...» El Comité Revolucionario manda publicar el primer bando oficial con toque solemne de corneta y a voz de pregonero desde el quiosco de la plaza Mayor: se condena a muerte a los fascistas, a los clericales y rebeldes de Caspe, «por traidores»; se manda que todo el que tenga oculto un fascista, lo entregue; si no, será fusilado el encubridor. La muchedumbre, que llena la plaza, grita, aplaude y se agita convulsa: «Que los maten...» «A quemarlos vivos...»

Por todas las calles han comenzado ya los registros, las detenciones y los asesinatos... Dirigidos por caspolinos y acompañados de una chusma de hombres y mujeres, que ahúllan como hienas, entran diez, veinte o cuarenta milicianos con fusiles en las casas, recorren todas las habitaciones, echan todas las cosas por el suelo, gritan, blasfeman, insultan, amenazan, maltratan... «Aquí no ha de quedar nadie, ni mujeres, ni chicos, ni viejos...» «Granujas, bordes, hijos de...» «Las mujeres y los viejos son los más culpables, porque han envenenado a los demás...» «No ha de quedar ni raíz de estos fascistones...» Mujeres vestidas con monos azules, llegadas de Barcelona con los milicianos, ponen las pistolas en las sienes o en los vientres de las caspolinas honradas, y dicen: «Si te meneas, te abraso... Te voy a saltar los sesos y me los voy a merendar...» Se oyen gritos de angustia, de sobresalto, de temor, de amor... «Matadme a mí también y acabad con la familia...» «Matadme a mí y dejad a mi hermano, que está casado y tiene hijos...» Fuera de las casas ruge la chusma. «A quemarles la casa». «Quemarlos vivos...» «A ese, a ese... Que lo maten... hay que

ir a buscar a todos los hermanos...» «Al canónigo quisiera pillar yo, para clavarle una astilla por el vientre; él es el más culpable...» «A esa, a esa... que la maten... Las mujeres también, para que no quede ni raíz...» «Ni a los hijos hay que perdonar; hay que quemarlos a todos para que no quede raza...» «¿No dicen que Dios lo puede todo...? Pues que lo salve ahora... ¿No ibas antes a rezar a Dios en las iglesias? Pues dile que salve a tu marido.» Las mujeres malas gritan y se lamentan de que no se hagan más detenidos. «Pues aun dejan a las madres... Pues aun quedan los hijos... Pues aun queda un fraile... ¡Aquí no se hace nada!» Durante los registros caen las primeras víctimas en sus propias casas. «Yo soy de los que se dedican a tirar los hombres por las ventanas; no quiero perder tiempo en matarlos. Si subimos a registrar y los hallamos, los tiramos a la calle...» Los detenidos van por el medio de las calles con los brazos en alto, entre diez, veinte o más milicianos, que les apuntan con los fusiles. La chusma, envalentonada ante las víctimas y sedienta de sangre, va gritando por delante, por detrás y a los lados: «¡Granujas!... ¡Bordes!... ¡Que los maten!... ¡Que los maten!...» En el patio del Ayuntamiento, a la derecha en un cuarto, y en la galería del primer piso, están amontonados, echados por el suelo, sudorosos, agónicamente sedientos y casi asfixiados de calor, ancianos, jóvenes y adultos, familias enteras. Se abanican con la boina, con el sombrero, con la gorra y con pedazos de papel. «Se te iban las carnes de encima en el cuarto aquel...» Las mujeres del Barrio Chino de Barcelona los insultan. «Haceros aire, por lo que os queda, hijos de... ¡Qué caras de sinvergüenzas!... Anda, que poco os queda de vida...» La guardia de milicianos, que apuntan con los fusiles por las rejas contra las víctimas, se releva cada media hora, con lo cual se renuevan de fresco los insultos, mientras fuera, en la plaza, ruge y se agita la chusma. «¡Que los maten!... ¡Que los maten!...» Es una noche de agonía terrible. «¿Nos matarán?», preguntaban, y se ponían pálidos; luego les volvía la serenidad y sentían una fortaleza inexplicable. «¿Y qué más da?... Morimos por Dios y por España... Pero ¿cómo se muere?... No es difícil... Yo me santiguaré y rezaré el credo. Yo gritaré: ¡Viva Cristo Rey y viva España!... Pues yo levantaré el pecho, y alabado sea Dios...»

Por el primer bando del Comité Revolucionario fueron los fascistas condenados a muerte «por traidores». «El pueblo juzgará», decían... El balcón del Ayuntamiento está abierto;

desde la plaza se ven los reos y se oyen sus declaraciones. Desde allí mismo o en el quiosco de la plaza pregunta a veces un miembro del Comité: «¿Se mata a Fulano?» La chusma responde: «Sí, sí... ¡Que lo maten!...» «Pues ¿qué ha hecho? ¿No es un trabajador como vosotros?...» «¡Que lo maten!... ¡Que lo maten!... Es un granuja». El presidente del Comité exclama: «Decid vosotros a quién hemos de matar, y lo mataremos...» El catalán Foyos condena a muerte con estas palabras: «Allá con éste... ¡Con este ya sabéis lo que habéis de hacer...» «¿Y merecen todos estos la pena de muerte?», pregunta un miliciano forastero a un caspolino ante una fila de dieciocho detenidos. «Comenzando aquí (*en el primero*) y terminando ahí (*en el último*), hay que matarlos a todos», responde el interrogado.

Son las cinco de la tarde del día de Santiago. En las casas, en la plaza Mayor, en la calle del Hospital Viejo y en otras calles yacen desangrados los primeros mártires. Por la calle Mayor, entre diez o veinte milicianos y en medio de la chusma, bajan cuatro o cinco sacerdotes, traídos de otros pueblos, los cuales, al ver un montón de cadáveres, se quedan pálidos y mudos de espanto. Se paran allí mismo y suena una descarga entre gritos del populacho... Llegan sin cesar presos de otros pueblos, que son fusilados inmediatamente. Crece el montón de cadáveres y comienza a correr la sangre por las calles... Es ya media noche y comienza el día 26 de julio de 1936. Nadie duerme, ni la chusma, ni los verdugos, ni las víctimas. De rato en rato son sacados del Ayuntamiento dos o tres o cuatro o cinco detenidos; al momento se oyen desde allí mismo, en la plaza, en la calle del Hospital Viejo y en el cantón de la Señora las descargas de los milicianos, los gritos de la plebucha y las voces y oraciones de los mártires. «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva España!...» Las mismas escenas se van repitiendo durante toda la madrugada. El pueblo rojo llama ya «el matadero» al cantón del Hospital Viejo, que se convertirá en el porvenir en una capilla en honor de los mártires. Como de una fuente, fluye a borbotones la sangre caliente, que corre como un verdadero arroyo por la calle y plaza Mayor, por delante del Ayuntamiento, hasta la ancantarilla, donde desaparece... Chiquillos, hombres y mujeres comentan las incidencias de los fusilamientos, se ríen de los gestos y de la posición de los cadáveres, miran por donde corre la sangre, y luego van a llevar mensajes. «Hemos fusilado a tus hijos...» «Ya hemos liquidado a tu hermano...» «Ya no verás a tu marido...» «Ahí hemos matado a cuatro granujas...» Los cadáveres, que no han ardido ni rociados con bencina, son cargados en volquetes, que van chorreando sangre por las calles, y arrojados brutalmente a montones en grandes zanjas abiertas en el cementerio.

Algunos defensores de Caspe han buscado asilo en las casas de sus parientes y amigos; pero la sangre y la amistad de los que no rezan de corazón y con fe, claudica, hace quiebra o traiciona. «Se dice que fusilarán o quemarán vivos a los que tengan fascistas ocultos... Se dice que, si se presentan los fascistas, no los matarán...» «Pues mira que si me matan a mí o a mis hijos por mi nieto...» «¿Qué tengo que ver yo con él?...» «¿Qué necesidad tengo yo de estar en peligro por ese granuja?...» «Que te marches de aquí, porque, si no te vas, nos quemarán la casa...» «En mi casa está escondido mi cuñado...» «Yo no quiero fascistas en mi casa...» «Preséntate y no te pasará nada; nosotros te acompañaremos...» Por las calles del Empedrado, Vieja, Tudón, Mayor, Inmaculada, Santa Lucía, Baja, Rosario y Fireta, detrás de los detenidos o presentados, rebulle a montones la muchedumbre que los maltrata, pincha, abofetea, escarnece y pide su muerte. Hombres y mujeres, que ahúllan como lobos y miran con ojos ensangrentados como hienas. Han visto docenas de cadáveres de los mejores caspolinos, de los que a todos habían hecho bien y a nadie daño; han visto correr la sangre por las calles hasta una alcantarilla... Mas los ojos y los corazones de los enemigos de Dios y de España no están satisfechos. «Que los maten...» «A quemarlos vivos...» «Si no hay quien pida su cabeza, yo misma la pediré...» «Que los maten...» «A quemarlos...»

En el periódico y a toque de corneta se anuncian los nombres, la hora y el lugar de los fusilamientos. Las mujeres, peores que las fieras, corren, se empujan y riñen por conseguir los mejores puestos, con el fin de no perder ningún detalle del espectáculo trágico y ningún gesto de las víctimas demacradas, exhaustas y deprimidas por los sufrimientos. Después comentan la tragedia y se ríen a carcajadas. ¿Qué hacen con los cadáveres estas furias, sedientas de carne y de sangre humana? En la calle hay una mujer con alpargatas ensangrentadas que dice: «Vengo de pisar hígados y livianos de fascistas...»

Los del pueblo, los caspolinos, son los inductores, los delatores y los culpables de todos los fusilamientos. Por temor de que el tribunal los absuelva, piden que sean fusilados sin

juicio todos los detenidos; para que el gobierno rojo de Madrid o Valencia no los indulte, son ejecutados inmediatamente. «Esto no puede ser... Quieren matarlos a todos...» «A esto no hay derecho... Ahí han asesinado a un pobre anciano por la espalda...» «No, fusilarlos,, no; hay que demostrar que somos humanitarios», dice Durruti. Ascaso se enternece ante siete niños, que le piden la vida de su padre, y él lo pone en libertad; los del pueblo se lo llevan por la noche en un auto y lo asesinan en el campo... «Los del pueblo me van a obligar a que haga un castigo grande en ellos, porque sólo quieren matar...» «Es una iniquidad lo que han hecho con esa pobre familia... Yo me encargo de que no fusilen al último hermano que queda...» Pero los del pueblo aceleran la ejecución e impiden el indulto.

El jefe de la Brigada de la Muerte, cuya insignia es una calavera blanca sobre fondo negro, es un catalán. Entre botellas con mujeres de su calaña celebran «los de la calavera» por la noche sus orgías, que terminan en el cementerio. Ebrios de vino, pero sedientos de sangre, suben a la cárcel con «los autos de la calavera», cercana ya la media noche. Apáganse las luces, descórrense los cerrojos y se manda a gritos que salgan de los calabozos. Se oyen las blasfemias de «los de la calavera», y los suspiros de las víctimas, que llegan al alma... «¡Dios mío!... ¡Ay, mis hijos!... ¡Ay, madre de mi corazón!...» «Carcelero, dame hoy nueve presos...» «Bien, pero dame un resguardo y dime los nombres». Con la pistola encañonada contra el carcelero responde borracho el jefe de la Brigada de la Muerte: «¿No sabes quién soy yo?... Yo soy Fresquet...» Momentos después, por la parte del cementerio, hacia donde han marchado los «autos de la calavera», suenan descargas... Entretanto rezan el rosario las madres de los mártires, sus mujeres, sus hermanas, sus hijos...

Las familias honradas de Caspe viven en continua agonía. No les permiten ver a los presos, ni llevarles agua, ropa o comidas, ni siquiera enterrarles con ataúd; ocasionalmente se ven a veces a través de una reja, por la calle o en medio de la chusma, entre fusiles de milicianos, pero no pueden hablarse, abrazarse o consolarse. Un escalofrío mortal recorre sus cuerpos tras las miradas de amor y de terror. Es el hogar todo sobresaltos y angustias. «No podíamos dormir...» «Vivíamos en un ¡ay! continuo...» «Sólo sentíamos consuelo rezando...» «¡Ay, hijo mío! Quizás no te veré más... Madre, no llore, porque moriré contento por Dios y por España...» «Padre, esta será la última comida que hacemos

juntos... Pero alabado sea Dios...» Registros y tiroteos nocturnos alrededor de las casas, autos que se paran en la puerta a media noche, insultos y amenazas que se repiten durante veinte meses... ¿quién puede comprender las tragedias que todo esto encierra? No se atreven a salir a la calle para comprar; temen encontrarse o hablar con los parientes y amigos en la calle, y, por eso, cuando se encuentran, bajan los ojos y pasan de largo. Los vecinos espían y denuncian, si ven una sombra, si oyen toser, si alguien entra por la noche en la casa... Después de los fusilamientos sigue el embargo de las fincas, de los talleres, comercios, aperos y animales de labranza. Las viudas y los huérfanos, lo mismo que los indultados, son condenados a servicios bajos y pesados, sin jornal o sueldo o remuneración. «No tengo otra ropeta que esta que llevo puesta. Dos trajes me ha quemado delante de mí el criado que antes teníamos en casa...» «A ti te debíamos haber muerto en vez de tu marido...» «A este lo dejamos para tormento de su madre, para que se desespere...» «A ti te dejamos para que sufras. Si te pegáramos cuatro tiros, te haríamos un favor. A tu marido le hicimos un gran favor matándolo; hubiera sido mejor que sufriera...» «Si supiéramos que habían de venir los facciosos, os mataríamos a todas las mujeres de derechas y a vuestros hijos...» Les castigan a trabajar y les dicen: «Si con esto sales, ya puedes callar...» «Pues aún falta el segundo repaso...» ¿Temían las viudas, las madres, los hijos y los hermanos de las víctimas la muerte? No; eso no. «Por no vivir con aquella gente, teníamos ilusión de morir.» La confianza en Dios y en los mártires ha sostenido a sus familiares en la prueba. «Sólo Dios y sólo Dios nos ha salvado...» «Nuestros mártires velan por nosotros, pues nos dan fortaleza para todo...» «Vemos clara la asistencia de nuestros mártires desde el cielo...» «Dios mío, Dios mío, ¿dónde están mis hermanos? Y veía cinco luceros muy resplandecientes en el cielo...» «Del Crucifijo, si vienen a registrar, respondo yo. Por él murió mi marido, y yo no puedo entregarlo o romperlo o quemarlo...» «Cada día he rezado el rosario por la noche con mis hijos... Después sacábamos de un escondite el Sagrado Corazón de Jesús, lo besábamos y luego lo ocultábamos otra vez... Hemos dormido siempre teniendo el Crucifijo en la cabecera de la cama; por la mañana lo escondíamos para que no lo vieran...» «*Dista* morir seremos lo que fuimos», dice una madre de mártires. «¿Qué lleva aquí, abuela?» «Tres botellas», responde ella. «Yo creía que era el

Sagrado Corazón», replica el miliciano. Y ella dice: «Nací cristiana, viví cristiana y moriré cristiana... Al Sagrado Corazón lo llevo dentro del alma, y no temo nada...» Los huerfanitos saben qué palabras pueden renovar las lágrimas de sus madres. «Si viviera mi padre, estudiaría...» «Los rojos mataron a mi padre!...» «Si viviera mi padre, tendría juguetes y perricas para ir alguna vez al cine...» «Por los rojos nos hemos quedado sin padre», dice una niña de cinco años a su hermanita de dos años... Las madres preguntan: «¿Dónde está el padre?» Los niños responden: «En el cielo.» Viudas y huerfanitos sonríen...

¿Quién podrá comprender el heroísmo y el martirio de las mujeres, que han sobrevivido a tanta tragedia?... Mujeres, a quienes arrancaron de su lado, para llevarlos al martirio, al marido y a uno, dos, tres o cinco hijos. Mujeres que enviudaron a los veintitrés años, a los dos meses de casadas. Mujeres con niños nacidos después de la muerte de sus padres. Mujeres honradas, piadosas, hacendosas, diligentes y enamoradas. Mujeres que, para vivir y alimentar a sus hijos, trabajan con la azada en el campo de sol a sol y más aún. Mujeres, que rezan en familia con sus hijitos, entre luceros del cielo y sonrisas de ángeles, por el padre, «que está en los cielos...» «Aunque pidieran oro molido, habría que dárselo», dice un preso indultado hablando de las viudas y huérfanos. Madres, padres, esposas, hermanos e hijos de los mártires: sois víctimas de amor y de dolor por Dios y por España: sobre vosotros reposa complacida la mirada de Dios; cuando trabajáis, cuando sufrís, cuando lloráis y cuando rezáis, os sonríen vuestros mártires desde el cielo. La Patria rinde ante vosotros sus armas y sus laureles.

. . . . . .

Las palabras del Padre Santo en septiembre del año 1936 en Castelgandolfo nos autorizan, sin prevenir el juicio particular y definitivo de la Iglesia, para hablar en general de nuestros muertos como mártires *en el sentido pleno, sacrosanto y glorioso de la palabra*, es decir, como heroicos testigos que han derramado su sangre por Cristo y como amigos fidelísimos de Dios, y para honrarles con culto privado, juntando con sus sacrificios nuestras oraciones e implorando su intercesión. Podemos, pues, obrar como los primeros cristianos, que veneraban a los primeros mártires inmediatamente después de su muerte, que celebraban su victoria y su glorificación y se encomendaban a su protección, como

se lee en inscripciones de las catacumbas como la siguiente: «Sabemos que vives en Cristo. Ruega por tu padre, por tu madre, por tus hermanos y hermanas.»

Así también rezamos nosotros:

«Queridos hermanos, parientes y amigos: sabemos que participáis inmediatamente en la vida del Padre Celestial... que contempláis cara a cara los misterios del eterno, infinito y omnipotente Dios... que amáis con el amor divino... que estáis ordenados en la comunidad de los santos con nuestros padres, y que un día resucitaréis con cuerpos gloriosos... Nosotros os veneramos, confiamos en vosotros más que hasta el presente y os amamos más que nunca en la tierra. Rogad por vuestros padres, por vuestras mujeres e hijos, hermanos y hermanas, parientes y amigos, por nuestra Patria, por sus héroes y autoridades, por tantos niños y tantas madres atribuladas, por vuestros verdugos, por nuestros enemigos... Dadnos pronto la victoria, la libertad y la paz. Haced que experimentemos vuestra protección... ¡y que nos veamos pronto en el cielo!»

Si consideramos la doctrina de la fe sobre el amor paternal de Dios y la felicidad de los santos en el cielo, comprenderemos la actitud de los mártires y su muerte dichosa con la sonrisa en los labios, como asimismo el entusiasmo de la Iglesia primitiva, que se refleja en la alegre, tranquila y sublime Liturgia en las fiestas de los mártires. Queremos seguir a Cristo, sufrir por Cristo y también trabajar por Cristo. Para esto debemos y queremos aceptar sobre nosotros el sufrimiento, como prueba de nuestro amor a Dios y como condición para la felicidad eterna; y esto no según la flaqueza humana, sino en virtud de la cruz de Cristo; no en la inacción, sino en el trabajo por Dios y por la Patria. Por nuestra fe quisiéramos ser mártires entre los mártires y sufrir con los que sufren, animarlos a ser fieles en el amor, despertar en ellos la alegría de la felicidad próxima, alargar la mano en señal de perdón, de bendición y de saludo fraternal a los verdugos y como seña filial al Padre, que está en los cielos, y cantar la oración y el himno del Amor Eterno...

Padre nuestro, que estás en los cielos...
Te adoramos...
Te alabamos...
Te damos gracias...
Besamos tu mano acariciadora...

Hágase tu voluntad...
Alabado y amado sea tu amor paternal...
No queremos para nosotros otras cosas que las que Tú nos envías,
porque tu beneplácito es nuestra paz y nuestro amor.

La víctima por Zaragoza

L peligro de Zaragoza durante los primeros días del Alzamiento Nacional fué sumamente grave. Cuando los caspolinos estuvieron allí con el capitán Negrete, el día 22 de julio, se andaba a tiros por las calles y ellos mismos fueron requeridos a quedarse allí para defender la capital aragonesa. Millares de izquierdistas armados y uniformados esperaban la llegada de las columnas de Cataluña para promover revueltas en el interior de la ciudad; entre Zaragoza y Caspe, a la derecha y a la izquierda del Ebro, había muchos pueblos en poder de los revolucionarios, los cuales estaban en comunicación con los catalanes, de quienes recibían las órdenes más convenientes, para preparar el asalto y la toma de Zaragoza. La comunicación ferroviaria de Caspe con la capital estaba interrumpida a consecuencia de la huelga general declarada por las sociedades marxistas; las carreteras estaban recorridas y tomadas por bandas de revolucionarios de los mismos pueblos y de fugitivos de Zaragoza. ¡Qué fácil hubiera sido el ataque contra Zaragoza, si los marxistas de Cataluña y Aragón hubieran tenido a Caspe como base de sus operaciones desde el primer momento del Alzamiento Nacional!

Un capitán, un teniente, cuarenta guardias, tres militares retirados y un puñado de paisanos con cincuenta fusiles y dos cajas de municiones, aseguraron heroicamente para España la posesión de Caspe durante una semana entera. El capitán, nunca bastante alabado, restableció las comunicaciones de Caspe con Zaragoza por Bujaraloz, mantuvo el orden, puso Ayuntamientos derechistas en los pueblos del distrito y organizó la defensa armada contra las hordas que venían de Barcelona y las que huían de Zaragoza.

Si en otras ciudades de Aragón y Cataluña hubieran sido los comandantes de la Guardia civil como el capitán Negrete y el teniente Castro de Caspe, Aragón y Cataluña no hubieran sido rojos tanto tiempo. Una semana de resistencia contra los enemigos interiores y exteriores, nos hubiera dado la victoria sin guerra en casi todas las ciudades. «Si el capitán

o el teniente no hubieran caído entre los primeros, Caspe no se hubiera perdido.» «Si no hubiera muerto el capitán, no hubieran entrado los catalanes en Caspe.» Si las fuerzas enviadas de Zaragoza, hubieran llegado a Caspe sólo una hora antes, o se hubieran enviado a tiempo medios de defensa, el frente de la guerra hubiera quedado establecido entre el Ebro y el Segre, como en abril de 1938.

La resistencia de los caspolinos hizo que las hordas, que venían de Lérida, se desviaran por Candasnos hacia Caspe, en vez de seguir la dirección de Zaragoza. A pesar de que los camiones y los trenes, que llegaban a Caspe desde el día de Santiago, tenían escrita con grandes rótulos la dirección «A Zaragoza», sin embargo se quedaron todos en Caspe, desviados por la resistencia encontrada en la ciudad, por el afán de botín seguro y por la sed de sangre inocente. Los fugitivos, los espías y enlaces procedentes de la capital apremiaban el día 24 de julio, después del combate, a las columnas marxistas, para que dejaran a Caspe y marcharan inmediatamente a Zaragoza, antes de que fueran derrotadas o desbaratadas las milicias revolucionarias de la capital. Por eso se emprendieron a tiros después del combate cerca del puente del Ebro los partidarios de Caspe y los de Zaragoza. Ya el día 25 comenzaron en Caspe los milicianos a emborracharse con sangre, a buscar en cuadrillas con fusiles por las huertas y montes a los fascistas fugitivos u ocultos; así, en vez de ir a conquistar a Zaragoza, se quedaron en la Tierra Baja, donde hallaron muchas víctimas, un botín inmenso, mucho dinero, alhajas, casas repletas, buenos jamones, fruta exquisita y milicianas fáciles. Mientras registraban, robaban, mataban y gozaban, los milicianos, dispersados por el Bajo Aragón, se olvidaban de Zaragoza.

Los ministros de la Generalidad se lamentaron, a veces públicamente, de que las columnas, enviadas contra Zaragoza, se habían desviado de su dirección en medio del botín, que encontraban por el camino. Un joven libertario procedente de Zaragoza, se lamentó frecuentemente y en público, durante la tiranía roja, en Caspe, de que los milicianos de la F. A. I. y C. N. T. se hubieran detenido en esta ciudad y no hubieran continuado su marcha contra la capital. «Toda la carretera estaba guardada por los nuestros y se podía llegar a Zaragoza sin disparar un tiro... Los fascistas de Caspe son los culpables, si no hemos tomado a Zaragoza y perdemos la guerra.» Esta opinión era general en el Bajo Aragón y en Cataluña; por eso se ensañaron los marxistas

tan cruelmente y con refinamiento contra los héroes de Caspe y sus familias... En el consejo de guerra, celebrado en el mes de febrero de 1937 contra los caspolinos de Valmuel, declaró el tabernero de «los árgados» con estas palabras: «¿Veis todos estos?... Pues todos ellos son los responsables de los fusilamientos de los nuestros ejecutados por los fascistas de Zaragoza y de que aún no hayamos tomado a Zaragoza...»

ESPAÑOLES: ID A ZARAGOZA Y DECID, QUE CASPE SUCUMBIO DEFENDIENDO A LA RELIGION Y A LA PATRIA, Y FUE LA VICTIMA QUE SALVO A ZARAGOZA.

La capital del Aragón Rojo

Don Antonio Guíu Guiral sacado al balcón del Ayuntamiento por el Comité Revolucionario, para ser juzgado por el populacho, que lo condenó a muerte. (V. pág. 134)

L Comité revolucionario establecido el día de Santiago en el Ayuntamiento estaba presidido por un caspolino, señorito sin oficio, trasnochador, mujeriego, blasfemo y sanguinario, con el cual se distinguieron por su crueldad un catalán avecindado en Caspe y otro caspolino nombrado delegado de abastos.

En lugar del Comité se formó después un consejo municipal, siendo alcalde el mismo presidente de aquél. Del comité de guerra, establecido primero en la estación, fueron jefes los zaragozanos Joaquín Ascaso y Antonio Ortiz; el gobierno central rojo creó después en Caspe un consejo con todas las ramas necesarias para la administración de Aragón hasta que fuera reconquistada una de las tres capitales, Zaragoza, Huesca o Teruel. Más tarde fué disuelto el consejo y nombrado gobernador general de Aragón el zaragozano José Ignacio Mantecón. En los pueblos sometidos a la jurisdicción roja de Aragón se llenaban de terror las gentes, cuando recibían órdenes del consejo o del gobernador de Caspe; de ellos hablaban con espanto en voz baja y entre paredes en las casas. En nombre del consejo o del gobernador de Caspe eran saqueadas las viviendas y secuestradas las personas significadas de derechas, de las cuales no se volvía a saber nada. En el cementerio de Caspe hay enterradas quizás más de doscientas cincuenta personas de otros pueblos, de cuyos nombres y naturaleza no se tienen datos concretos. Foyos y Fresquet recorrían los pueblos en camiones, con los cuales traían a Caspe objetos de iglesia y de casas particulares saqueadas, para enviarlos después a Cataluña.

Administrada por la U. G. T y C. N. T. se fundó en Caspe la Colectividad, principalmente con fincas, talleres de todos los oficios, fábricas y ganados incautados a las familias de las víctimas. Como la Colectividad atendía al disfrute inmediato de los frutos y no al mejoramiento o, por lo menos, a la conservación de los bienes incautados, disminuyeron las cosechas, se estropearon las máquinas y se arruinaron los talleres; sólo la industria periodística, como instrumento efi-

caz de propaganda marxista, progresó momentáneamente y se editaron tres periódicos titulados *Nuevo Aragón*, *El Día* y *El Combatiente*. Se instaló además para la propaganda y para los servicios de la guerra una estación transmisora de radio.

Caspe, como capital del Aragón Rojo, duplicó su población con los evadidos de otras partes, con los evacuados de las ciudades perdidas o amenazadas por los nacionales, con el elemento oficial y, sobre todo, con los milicianos, que formaban una población permanente muy elevada. Todos disponían de mucho dinero procedente de los robos y asaltos de los bancos y casas particulares. Como los jornales y los sueldos de los empleados civiles y militares eran muy elevados, y como las cosas, productos agrícolas e industriales, andaban escasos, circulaba mucho por su depreciación el dinero, o sea, el papel moneda puesto en circulación por el gobierno rojo y por los consejos municipales. Con el movimiento del dinero se creó un bienestar ficticio, basado únicamente en la posesión del papel, que todos tenían en grandes cantidades, con las cuales los ignorantes se hacían la ilusión de ser ricos de verdad. Sin embargo, el aspecto mísero de los ciudadanos, el uso de los vestidos viejos y sin gusto, la carencia de comodidades en las casas, el estado ruinoso de las calles, la falta absoluta de nuevas construcciones y de obras públicas, la ruina del campo y de la industria, todo acusaba la gran miseria y la incultura de la masa de un pueblo naturalmente riquísimo, que a cambio de sus productos naturales sólo recibía de los rojos toneladas de papel.

La incultura y la inmoralidad crecieron durante la dominación roja en proporciones espantosas. La conducta moral, pública y privada, de los jefes y directores, de los milicianos y de las gentes pervertidas se basaba en el amor libre sin familia, habiéndose extirpado públicamente como de raíz la distinción entre el bien y el mal y el sentimiento tradicional de la honradez. Hasta entre mujeres honradas y entre niños hizo presa la inmoralidad, la blasfemia y la desvergüenza. La incultura creció también de manera catastrófica, porque la miseria, la crueldad y la inmoralidad habían roto las barreras que separan la cultura de la incultura, y la civilización de la barbarie. Les quitaron del corazón a Dios, y por eso se embrutecieron en la familia, en el vestido, en la casa, en el trato, en la conducta, en la inteligencia, en el

corazón, en el trabajo, en la sociedad, en las conversaciones, en los cantares y en las acciones.

. . . . . .

Caspe ha sido la capital del Aragón Rojo; por Caspe ha pasado la revolución marxista. De su paso quedan solamente regueros de sangre, montones de cadáveres, cenizas y escombros, miseria y suciedad, huellas de tragedia y sufrimientos, ecos de blasfemia y palabras obscenas, familias exterminadas, viudas y huérfanos... ¡Caspe ha sido la capital del Aragón Rojo! ¡Dios mío, perdón y misericordia!

La liberación

s la media noche del primero de mayo de 1937. Los marxistas celebran en Caspe con orgías y bailes escandalosos la fiesta del trabajo. De improviso aparecen unos aviones sobre la ciudad y lanzan algunas bombas dispersando a los bacanales aterrados. La fiesta roja del trabajo se convierte en tragedia de pánico. Poco más de seis meses después, el día 18 de octubre, la aviación nacional bombardea y ametralla en Caspe una concentración de caballería e infantería, que en camiones debía ser trasladada al frente de Aragón. Durante los días 6, 7 y 13 de marzo de 1938, toca la sirena de alarma lúgubremente sin cesar, mientras los aviones de España destruyen y aniquilan las concentraciones y objetivos militares de los rojos. Algunas bombas caen atinadamente sobre el puente del Ebro y producen agujeros, que impiden la circulación de camiones y coches grandes; en el campo es casi total el aniquilamiento de los aparatos y del material de aviación de tal manera, que todos los aviadores rojos y sus auxiliares huyen con autos o en tren a Barcelona; en la ciudad son alcanzadas algunas casas, donde los rojos tienen oficinas y depósitos, las cuales se desploman estrepitosamente. Mientras los rojos corren despavoridos durante los bombardeos aéreos para esconderse en los numerosos refugios esparcidos en la ciudad y en el campo, saludan los leales regocijados a los aviones de la Patria como heraldos de la próxima liberación... A las once de la mañana del sábado 12 de marzo de 1938, huye para siempre de Caspe el gobernador rojo de Aragón, el intruso José Ignacio Mantecón. Detrás de él escapan todos los cabecillas y los más responsables de los crímenes de Caspe con sus familias; se llevan consigo riquezas inmensas y a todos los presos, a muchos hombres, mujeres y niños, que con lágrimas abandonan su pueblo. El resto de la población se refugia en el campo. El lunes 14 de marzo aparecen por la carretera de Escatrón las mensajeras de la salvación, las boinas rojas de los tercios de Mola y de San Miguel, mandados por el heroico teniente coronel Pueyo, a las órdenes del general D. Juan Bautista Sánchez,

los cuales ocupan sin resistencia el cabezo Mancebo, el hospital y la estación. Durante la noche llegan las brigadas rojas de Lister y del Campesino, que se parapetan en el cabezo Monteagudo, se extienden por la carretera de Maella hasta la estación, se apostan en los olivares cerca de los requetés, y se despliegan por las vertientes del cabezo Mancebo, por los alrededores del hospital y de la estación, donde los nacionales quedan copados. Entre tanto llega también una bandera de la Legión con fuerzas regulares, al mando del general Yagüe, que se abren paso luchando heroicamente hasta cerca de la Glorieta. En los olivares se ha entablado un duelo aterrador entre la artillería, las ametralladoras y los fusiles de marxistas y de españoles. También la aviación ametralla las posiciones rojas alrededor del hospital y de la estación. Por la tarde del día 15 pueden ya los requetés liberados perseguir al enemigo que huye a la desbandada por los puentes del Guadalope y del Ebro. Mientras escapan, incendian la fábrica de harinas del Bailío, destruyen la conducción eléctrica y la del agua y vuelan los puentes del tren y del Ebro con tal cantidad de trilita y tetralita, que algunas planchas del primero caen sobre casas del pueblo, que se derrumban, y tres de las cuatro arcadas de hierro del segundo caen en el río. Cuando los artilleros rojos del Monteagudo observan la fuga de los marxistas, cambian la dirección de sus cañones y comienzan a descargar proyectiles sobre el pueblo, que creen ya en poder de los nacionales. Merced a una hábil maniobra se apoderan del cementerio el día 16 los legionarios y los regulares, cortando la retirada por la carretera de Maella a los rojos del Monteagudo, que huyen desordenadamente de una parte por los Rimeres y Valdebric hasta la Rebalsa de Ebro, y de otra parte por la carretera de Maella hasta el puente del Guadalope, donde queda establecida la línea de fuego, mantenida por las brigadas internacionales, hasta el día 29 de marzo, en que el frente es lanzado fuera del término municipal de Caspe.

Con la bandera nacional de España, escoltada por las banderas de los requetés, a las órdenes del teniente coronel Pueyo avanzan sin disparar un tiro por las calles sembradas de cadáveres y de escombros, en la madrugada del día 17 de marzo de 1938, los valientes voluntarios de los tercios de Mola y de San Miguel, tocados de boinas rojas, que gritan sin cesar: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!... ¡Arriba España!... ¡Viva Franco!...» Las cornetas saludan con toques de victoria... ¡Gracias a

Dios ya está Caspe libertado y devuelto a España!... Algunos caspolinos salen de los refugios o vuelven del campo entusiasmados al encuentro de sus libertadores, con el brazo en alto y la mano abierta en saludo fraternal respondiendo a los vivas de los hermanos requetés con otros vivas: «¡Viva España! ¡Viva Cristo Rey!... ¡Vivan los requetés!...» De pronto quedan los caspolinos suspensos con ojos muy abiertos, como si despertaran de una terrible pesadilla, y se preguntan a sí mismos: «Pero, ¿se dice así: ¡Viva Cristo Rey y Viva España!...?» Unos besan las banderas que traen los requetés, otros los abrazan; estos lloran de emoción, aquellos vitorean sin cesar a los hermanos reconquistadores; todos ponen banderas y tapices en sus balcones y ventanas... ¿Por qué no tocan a gloria las campanas de las iglesias de Caspe?... ¿Por qué no responden a los vivas los héroes y mártires de Caspe, que durante la semana heroica vibraron de fe y de patriotismo?... ¿Por qué no rebullen las muchedumbres entusiasmadas por las calles?...

Todos los cabecillas, los responsables de los crímenes y una parte de la masa homicida, que durante la tiranía roja pedía la muerte de los cristianos y patriotas, han huído a tierras de Cataluña, hoy asilo de criminales. En su cobarde fuga han arrastrado consigo a todos los presos y a todas las personas derechistas, que han encontrado al paso, ancianos, mujeres y niños. Ochocientas familias enteras y algunos miembros de otras muchas han desaparecido de Caspe; la población civil ha quedado reducida a unas cinco mil almas. Por eso hay oficios totalmente desatendidos e industrias paralizadas; no se editan periódicos ni se hacen impresos; hay muchos campos yermos, secos y sin labrar, cuyas cosechas, principalmente de aceitunas y cereales, no se pueden recoger; las carreteras, las calles y los caminos de las huertas están destrozados; muchas casas han sido saqueadas de tal manera que falta en ellas todo: colchones, utensilios domésticos, prendas de vestir, comestibles; no hay agua, ni luz, ni pan, ni lumbre en los hogares... ¡Por aquí ha pasado la revolución roja!...

. . . . . .

Caspe renace a la vida para Dios y para España... De la cura de almas en la parroquia se encarga mosén Emilio Catalán... Don Emilio Tapia es nombrado alcalde y le sustituye don Manuel Valién... José Lorén es el jefe local de Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S., a

quien sustituye Marín... Se crea el Auxilio Social, que remedia la más apremiante necesidad... los servicios de agua y luz son restablecidos inmediatamente... los pontoneros construyen un puente de barcas en el Ebro... se celebra el culto religioso en el asilo de los ancianitos y desde el día 26 de mayo en la iglesia de Santa Lucía... Los padres franciscanos vuelven provisionalmente al convento de san Agustín... las Hermanas de Santa Ana tienen escuela en el Colegio y se encargan del hospital... fray Serafín arregla un convento circunstancial para las monjas capuchinas junto a las ruinas apocalípticas del antiguo... la justicia se va cumpliendo lentamente, pero con seguridad, sin peligro de error... se trabaja en casi todos los oficios normalmente... los bancos operan con regularidad... hay un comandante y un juez militar, un capitán de la Guardia civil y un delegado de orden público... los generales Yagüe y Barrón con el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército Marroquí establecen su residencia en Caspe... salen procesiones y se organizan desfiles militares y de las milicias... los niños juegan, ríen, desfilan ordenados y limpios, y cantan sólo himnos patrióticos...

. . . . . .

PARA DIOS Y PARA ESPAÑA RENACE CASPE A LA VIDA DE UN PORVENIR GLORIOSO EN LA FELIZ PRIMAVERA DE LA PATRIA.

Los héroes de la Patria y los mártires de la Religión

«Bienaventurados los que por su justicia sufren persecución porque de ellos es el reino de los cielos.—Mt. 5, 10.

En este capítulo publicamos los retratos, los nombres y otros datos personales, familiares e ideológicos, que hemos podido recoger, sobre los Héroes y Mártires de Caspe, sacrificados por el ideal religioso y patriótico de España durante la revolución roja. Consideramos como héroes y mártires de Caspe, no sólo a los hijos, naturales o adoptivos, y a los vecinos de Caspe, sino también a los que murieron por el mismo ideal defendiendo a la ciudad o por haber hecho armas en ella en favor de la Causa Nacional en julio de 1936. Entre ellos contamos, por consiguiente, a los guardias civiles, que se hallaban concentrados en Caspe, y a los falangistas y requetés de Zaragoza, que acudieron en su defensa y murieron.

Entre los cuarenta guardias civiles de Maella, Fabara, Bujaraloz, Sástago y El Burgo, concentrados en Caspe a las órdenes del capitán Negrete y del teniente Castro, hubo alguno (rara excepción), que pactó con los enemigos, que fué infiel en los registros practicados durante la semana heroica, que se portó deslealmente en el combate del día 24 y después luchó en la guerra contra España. Pero todos los demás miembros de la Guardia civil concentrados en Caspe son dignos de especial mención honorífica por su valentía, por su disciplina y por los sacrificios hechos sin desmayo por Dios y por la Patria.

Igualmente entre los héroes y mártires de Caspe deben figurar los falangistas y requetés procedentes de Zaragoza, que alentados por el idealismo vinieron a defender a Caspe y murieron en las puertas de la ciudad ya perdida. Dios aceptó su voluntad y su sacrificio heroico; la Patria les cuenta entre sus héroes y la religión entre sus mártires; sus cuerpos reposan en una fosa común con los héroes y mártires de Caspe. Desgraciadamente, a pesar de nuestros esfuerzos, sólo hemos podido recoger los datos de uno de aquellos seis o siete héroes zaragozanos (84).

Más de doscientas personas han suministrado los datos que se publican. Los referentes a la ideología de las víctí-

mas se basan principalmente en palabras y obras, contadas por sus familiares y amigos, y en el testimonio directo de los mismos asesinos rojos, que durante su dominación contaban sencillamente lo que ellos habían visto y oído; por esto no solamente los pensamientos, sino hasta las palabras son muchas veces histórica y literalmente exactas. Los nombres de los héroes y mártires están ordenados alfabéticamente y además van provistos de un número marginal al cual se refieren las cifras, que a veces aparecen en el texto entre paréntesis. Las abreviaturas comunmente empleadas son las siguientes:

A. P. = afiliado a Acción Popular de Gil Robles.
F. E. = afiliado a Falange Española de Primo de Rivera.
TR. = afiliado a la Comunión Tradicionalista.
J. C. = miembro de la Juventud de Acción Católica.
S. C. = socio del Sindicato Católico.
† = muerto o fecha de la defunción.
a. = asesinado.
c. = casado - casada.
n. = nacido o fecha del nacimiento.

1. **Aguilar Guallar, Agustín.**

Comerciante, A. P. y F. E., S. C., n. 5 febrero 1888, † 25 julio 1936 en el combate.

C. con María Jarque Tejedor, n. 31 agosto 1891.

Hijos: Antonia, n. 17 enero 1924.
José, n. 29 marzo 1925.
Petra, n. 19 marzo 1930.

Muy patriota y entusiasta de la causa; hizo guardias todas las noches; cuando vino el señor arzobispo de visita pastoral también estuvo de guardia. Su mujer le decía: «No vayas, no vayas...» El respondía: «Mira, María: si triunfa el comunismo, nos sacarán de nuestra casa, nos robarán y nos matarán... Pues si no sale nadie a defenderse, ¿quién nos defenderá?... He leído mucho, sé lo que ha pasado en Asturias, y no quiero que por mí pase eso... Si los diez dedos de la mano se volvieran hombres, los diez irían conmigo, y si mi hijo valiera, hasta mi hijo... ¿Crees tú que yo quiero que Caspe sea una tumba?... Antes me matarán que retrocederé...» Ascaso dijo a su mujer: «El mal que ha hecho su marido lo ha de pagar usted con su vida y con sus hijos.»

2. **Albareda Herrera, Teodoro.**

(3)

J. C., A. P., S. C., † a. 26 julio 1936, con su padre y Sanz (3, 118).

Acompañó siempre a su padre, a quien no quiso dejar al morir. Fué un corazón —un gran corazón—puro. No sólo en sentido de equilibrio, de limpieza de alma, de transparencia de carácter, sino en sentido vivo: sólo un material tan puro podía vibrar, con tanta hondura de preocupación, por las cuestiones religiosas y nacionales. La Orden Tercera de San Francisco y las Conferencias de San Vicente de Paúl conocieron su fervorosa asiduidad. Fué ejemplarmente sencillo, sobrio; gustaba de elegir el último lugar en el banquete del vivir, y oyó la voz del Padre de familias: Amigo, pasa más arriba; y en los principios de la Cruzada, el domingo 26 de julio, a la hora de misa mayor, acompañó a su padre, junto a la iglesia, no, como otros domingos, al sacrificio de Cristo, sino al sacrificio propio: no hubo misa, pero hubo martirios.

3. Albareda Manguez, Teodoro.

(2)

Farmacéutico, A. P. y S. C., n. 28 julio 1869, † a. 26 julio 1936 por la mañana, en la puerta de la capilla de Monserrat, abrazado con su hijo (2), y con Sanz (118).

C. con Pilar Herrera Ginés, n. 22 octubre 1872. Hijos: Manuel, n. 1 oct. 1896; Teodoro, n. 3 mayo 1898 (2); José María, n. 15 abril 1902; Ginés, n. 16 abril 1908.

Don Teodoro era una de las personas más piadosas, más honradas, más patrióticas y más laboriosas de Caspe. Fué «siervo bueno y fiel». Sirvió a Dios y a España como cristiano recio, como padre ejemplar, como profesional siempre estudioso, como impulsor de la vida agrícola e industrial de su pueblo. Cumplió sus deberes políticos, pero rehusó cargos. Infatigable en el trabajo, por amor a Caspe, a Aragón y a España, cuya riqueza y bienestar quería aumentar por todos los medios, unió al sabio ejercicio de su profesión el estudio y la divulgación de la agricultura científica, escribiendo artículos, pronunciando conferencias, aleccionando con su consejo a las Comunidades de regantes, varias de las cuales presidió. Presidió también el Sindicato Agrícola Católico y la Junta de Obras del Pantano de Santolea, entidades en que puso todo su entusiasmo y por las que no rehuyó sacrificios. De cómo vivió sus deberes sociales, son muestra los años dilatados de los que en su casa trabajaron. Tuvo a grande honor ser Presidente de la Diputación del Santísimo Sacramento, a cuyo cargo está el culto del Santísimo en la Parroquia de Caspe. Suave y continuada, como lámpara de Sagrario, fué su vida. Hasta que murió por Dios y por España, diciendo: «¡Dios

mío, Dios mío!... ¿Qué males hemos hecho nosotros?... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!»

4. Albesa Buenacasa, Joaquín.

Mecánico, A. P. y F. E., S. C., n. 31 diciembre 1879, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la puerta de Monserrat. C. con María Cebrián Lacruz, n. 3 febrero 1880.

Hijos: Joaquín, n. 24 agosto 1905 (6).
Antonio, n. 7 marzo 1908 (5).
José, n. 2 marzo 1911, preso en Cataluña; fué muy perseguido y sentenciado a muerte.
María, n. 1 marzo 1912.
Vicenta, n. septiembre 1916.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias. Murió muy valiente gritando: «¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva el Fascio!... ¡Viva el Requeté!... ¡Viva Cristo Rey!» «Le destrozaron las piernas y se le quedó la cara sonriente, mirando al cielo, como si fuera un santo».

5. Albesa Cebrián, Antonio.

(4)

Mecánico, S. C., A. P. F. E., † a. 25 julio 1936 por la noche, abrazado con su hermano Joaquín (6) en el cementerio. C. con Florentina Centol Hueso, n. 14 octubre 1912.

Hijo: Antonio, n. 14 octubre 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias la semana heroica. Al salir la última vez de casa con la escopeta al hombro, su madre lo abrazó y besó diciendo: «Hijo mío, quién sabe si no te veré

más...» El mismo se despidió de su hermanico con un beso, y le dijo: «No tengas miedo, maño; que el triunfo es nuestro». Antes de morir exclamó: «Yo muero, pero tengo un hijo y él se vengará... ¡Arriba el Fascio!... ¡Viva España y viva la Virgen del Pilar!...»

6. **Albesa Cebrián, Joaquín.**

(4)

Mecánico, F. E., S. C., † a. 25 julio 1936 por la noche, con su hermano Antonio (5), en el cementerio.

C. con Julia Periago, n. 1906.

Hijas: Carmen, n. noviembre 1928.
Pilar, n. 4 octubre 1930.

Muy valiente y entusiasta, hizo guardias todas las noches. Lo cogieron preso en la mañana del día 25 de julio y quisieron fusilarlo en la calle; él no se asustó y valiente extendió los brazos formando la cruz. «Tirad, si queréis». De él y de su padre decían allí las gentes: «Estos son fascistas y están siempre con los franciscanos». Antes de morir dijo: «Dejadme abrazar a mi hermano Antonio... ¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...»

7. **Albiac Vicente, Manuel.**

Comerciante, S. C., A. P., T. R., n. 1 marzo 1898, † 24 julio 1936 en el combate.

C. con Carmen Guíu Catalán, n. 28 abril 1909.

Hijos: Jesús †.
Manuel, n. 22 noviembre 1933.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas, fué en los camiones a Maella para

asegurar el orden y hacer frente allí a los catalanes, que venían por Calaceite. Al regreso quiso acompañar a los heridos de la aviación roja hasta el hospital, pero le alcanzaron las balas enemigas y cayó muerto.

8. **Arcega López, Hermenegildo.**

Guardia forestal, S. C., n. 13 abril 1886, † a. 26 julio 1936 en Monserrat.

C. con Escolástica Velilla Sebastián, n. 10 abril 1886.

Hijos: Jenara, n. 19 septiembre 1907.
Felipa, n. 1 mayo 1909.
Encarnación, n. 30 marzo 1915.
Dolores, n. 26 marzo 1920.
Antonio, n. 8 octubre 1924.
Josefa, n. 30 marzo 1927.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardia toda la semana, a pesar de estar enfermo. Tenía conciencia de la dificultad de la defensa y de la gravedad de la situación. «Yo tengo que defender mi fe y mis hijos...» «Han muerto al capitán y al teniente!... Se han marchado, pero puede ser que vuelvan...» Luchó en el combate del día 24 y por la mañana del día 25. Murió gritando: «¡Viva España y viva Cristo Rey!...»

9. **Arnaldos Buisán, Enrique.**

Comerciante, industrial, S. C., F. E., n. 3 abril 1882, † a. 25 julio 1936.

Padres: Rudesindo Arnaldos Doñelfa †.
Felisa Buisán Comas †.

Hermanas: Josefa, n. 17 junio 1879.
Dolores, n. 11 marzo 1887: religiosa.
Rosario, 14 noviembre 1898.

Sufrió prisión en la cárcel de Caspe, acusada de propagandista del fascismo, dando valor y ánimo a sus compañeras de cautiverio.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el principio; el capitán lo nombró alcalde y fué muy diligente. Animaba y advertía de la gravedad del momento a todos. «¿Qué hacéis aquí?... Estáis muy tranquilos, nos va la cabeza y no se preocupa la gente». Durante el combate del día 24 estuvo muy valiente desde una barricada frente al cuartel. El día 25 estaba en la Alcaldía muy sereno. «El alcalde soy yo...» «Matadme a mí primero, que soy el alcalde...»—«¿Dónde quieres que te matemos?»—«En la puerta de la iglesia...» Le obligaron a abrir la cárcel, y en la puerta de la iglesia le mandaron volverse de espaldas, y dijo: «De espaldas, no; de cara y pecho al aire, como mueren los hombres... Se santiguó y gritó: ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!»

10. **Arrufat Pujol, Jesús.**

N. 1901?, G. C., † a. 15 agosto 1936, con Preciados (108).
C. con Lorenza Liberós Centellas.
Hijos: María Luisa.
Celia.

11. **Azpeitia Esteban, Mateo.**

Ilustre notario de Madrid, exdiputado de la CEDA, muy patriota, buen cristiano y entusiasta de Caspe, su pueblo natal, fué asesinado en Madrid por las hordas rojas.

12. **Aztarain Urrutia, Francisco.**

Cabo, n. 1909?, G. C., † 24 julio 1936, en el combate.

13. **Balaguer Borruey, José.**

Labrador, n. 27 marzo 1906, S. C. J. C., TR., † a. 28-29 julio 1936, en la estación de La Puebla de Híjar con Escorihuela (52).

Padres: José Balaguer Alloza †.
Miguela Borruey Catalán †.

Hermanos: Francisco, n. 23 enero 1909.
Manuel, n. 14 Dic. 1912.

Muy estusiasmado, hizo armas sin descansar la semana heroica, fué con escopeta a Zaragoza y a Maella vestido de mecánico falangista. Era tradicionalista, porque «era católico y español de verdad y no le gustaba robar ni hacer mal». En el combate del día 24 estuvo muy valiente, no descansó por la noche, y en la mañana del día 25 cesó de resistir, cuando se le acabó el último cartucho. Fué después a casa, dejó la escopeta y dijo a su tía: «¡Viva Dios!... ¡Viva Cristo Rey! Y ahora a morir mártires... No tenga miedo; que vamos a ganar». Huyó del pueblo con Escorihuela (52), pero descalzos, con los pies sangrantes y muertos de cansancio entraron a beber en un bar de La Puebla de Híjar y los detuvieron; estuvieron presos en un vagón y a las dos de la tarde del día siguiente, después de una noche de oración, fueron fusilados gritando: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!...»

14. **Bardavío Camprovín, José.**

Confitero, corredor de bolsa, S. C., A. P., n. 17 octubre 1870, † a. 26 julio por la mañana en la calle del Hospital Viejo.

C. con Encarnación Monclús Benedí, n. 25 marzo 1870.

Hijos: Concepción, n. diciembre 1899 c.
Rafaela, n. 16 mayo 1893, c.
María, n. 16 mayo 1893, c.

Había dado dinero para comprar armas. Su casa fué registrada en la mañana del día 25; al ver su oratorio dijeron los milicianos: «Ya está justificado lo que es»; al ver un recibo de A. P.: «Ya está calificado». Fué preso y pasó toda la noche detenido y martirizado como los demás; por la mañana les dijo: «Si os diera un poco dinero, me dejaríais, verdad?» «Sí, vaya a buscarlo». El Comité lo indultó, pero al llegar a la esquina de su casa, uno dijo: «A ese granuja», y un mozalbete de 16 años le disparó el primer tiro por la espalda. Y al momento hicieron pasar por allí a su hija Concepción con su marido Manuel Cardona y sus hijos, brazos en alto, diciéndoles que a ellos los iban a matar también...

15. **Batista Albiac, Franco.**

Comerciante, A. P., TR., n. 15 agosto 1892, † a. 9 febrero 1937, a las doce de la noche en un bancal por las Tres Fillolas, con Catalán (29).

Padres: José Batista †.
Vicenta Albiac Rabinad, † noviembre 1938.

Hermanos: Dolores, religiosa, n. 1897.
Vicente (16).
Josefina, n. 9 junio 1900.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias por la noche. Después de entrar los rojos en el pueblo, a pesar de muchas persecuciones, continuaba en Caspe. A media noche llamaron un día en su casa, lo cogieron en un auto con Catalán (29) y desaparecieron, sin saberse nada más de ellos. Dos meses después un perro descubrió sus cadáveres en el campo.

16. **Batista Albiac, Vicente.**
(15)

Comerciante, A. P., T. R., n. 16 marzo 1902, † 24 julio 1936 en la carretera de Maella.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y estuvo de vigilancia por la noche; fué a Maella para asegurar la posesión del pueblo y hacer frente a las columnas catalanas. Al regresar a Caspe en los camiones, después de comenzado el combate, los bombardeó la aviación roja y una bomba lo mató.

17 **Bayo Albiac, Joaquín.**

Herrero, S. C., T. R., n. 17 agosto 1887, † a. 26 julio 1936, a las nueve de la noche en la escalinata de la iglesia parroquial.

C. con Pilar Guallar García, n. 25 mayo 1901.

Hijos: Pilar, n. 8 enero 1922.
Manuela, n. 11 abril 1925.
Joaquín, n. 22 noviembre 1928.
María Monserrat, n. 6 mayo 1933.

Cuando vino el señor arzobispo hizo guardia para mantener el orden. Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas,

registró los centros rojos, no descansó en la semana heroica y tomó parte en el combate. Estuvo oculto en casa de un cuñado; al terminar de rezar de rodillas el rosario, se presentaron los milicianos. Cuando lo iban a fusilar en la plaza de la Virgen, dijo: «Dejadme que abrace al Corazón de Jesús...» Pero no se lo permitieron; pidió que le dejaran rezar un momento, se arrodilló en la segunda grada de la escalinata de la parroquia y rezó. Un miliciano dijo: «Reza, reza, que ya se te acaba la conferencia». Y rezando murió.

18. **Bel Jarque, Joaquín.**

Comerciante, S. C., A. P., F. E., n. 8 septiembre 1905, † a. 26 julio 1936, a las ocho de la mañana, en Monserrat.

C. con María Sanz Ralfas, n. 3 mayo 1906.

Hijos: Joaquín, n. 2 mayo 1931.
Arturo, n. 27 febrero 1933.
Mercedes, n. 7 febrero 1937.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el primer momento, registró los centros rojos y fué a Zaragoza con el capitán en el camión. En la mañana del día 26 salía del pueblo, como si fuera a trabajar, y un pariente suyo lo hizo detener; con los brazos en alto, lo llevaron a Monserrat, donde lo fusilaron, mientras gritaba: «¡Viva España!... ¡Cobardes!... ¡Viva Cristo Rey!» Cuando fué reconquistado Caspe, se llevaron los rojos hacia Cataluña a su mujer con los dos hijos menores.

19. **Benito Lombarte, Rafael.**

N. 1894?, G. C., † 24 julio 1936, en el combate.

C. con Encarnación Artigas Tello, n. 28 octubre 1900.

Hijo: Antonio, n. 10 junio 1923.

20. **Berges Condón, Rafael.**

Zapatero, S. C., TR., n. 24 octubre 1871, † a. 26 julio 1936.

C. con María Gimeno Olona, n. 10 agosto 1878.

Hijos: Andrés, n. 16 septiembre 1898.
Felisa, n. 16 febrero 1903.
María, n. 23, marzo 1913.

Muy entusiasmado con la Causa, cuyo triunfo creía seguro y rápido, hizo armas y estuvo de guardia por la noche. «Dios está con nosotros», decía; «hemos de ganar...» Los milicianos lo detuvieron, lo llevaron por el pueblo en un camión y lo maltrataron mucho, pero luego lo pusieron en libertad. Después fueron de nuevo a registrar su casa, donde lo hallaron escondido en un cuarto, y lo precipitaron desde arriba hasta el patio, quedando muerto en el sitio. Un miliciano decía después a otro en una confitería: «¿Te acuerdas de aquel zapatero que tiramos al patio?»

21. Berges Vallespín, Valentín.

Labrador, S. C, TR., J. C., n. 14 noviembre 1911, † a. 26 julio 1936 en la calle del Hospital Viejo.

Padres: Francisco Berges Albaiceta.
Joaquina Vallespín Piazuelo †.

Hermanos: Francisco.
Luisa.
Concepción.
Miguela.
Bonifacio.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas y guardias por las noches, a pesar de que una tarántula le había picado en el pie y andaba cojo. Durante la novena de la Virgen del Carmen venía temprano del campo para hacer la vela ante el Santísimo. Decía que daba muchas gracias a Dios, por haberle traído de Chiprana a Caspe, donde podía comprender y sentir la sublimidad de la religión cristiana. «Sólo siento que no me lo hayan enseñado desde niño». Estaba también muy agradecido a las familias Sanz y Cirac, porque le habían ilustrado en la religión y en el tradicionalismo. En medio de las labores cantaba el himno de la Juventud Católica Española, del cual solía tararear especialmente los versos:

«Ser apóstol o mártir acaso
mis banderas me enseñan a ser».

Dicen que fué preso por un hermano suyo, que también quería matarlo personalmente, sobre todo, porque se había hecho tan piadoso. Murió dando vivas a España, a Cristo Rey y al Requeté.

22. Bondía Centellas, Mariano.

Labrador, S. C., J. C. (abanderado), TR. (cabo de requetés). N. 14 noviembre 1907, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la calle del Hospital Viejo.
C. con Joaquina Sancho Pallás (c. con otro).
Hijo: Joaquín, n. 27 julio 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, vino del campo al enterarse del Movimiento Nacional, para ponerse a las órdenes del capitán; hizo guardias día y noche; el día 24 estuvo haciendo fuego contra los rojos en el puente, hasta que se quedó sin cartuchos, y tuvo que retroceder. Familiarmente tuvo que sufrir mucho, porque su mujer no era de sus ideas. Era buenísimo, y cuando hablan de él los que le conocieron, dicen: «Era un santo». Fué preso en la puerta de su casa a las seis de la tarde del día de Santiago; antes de morir se santiguó y gritó: «¡Viva España!... ¡Viva Cristo Rey!...»

23. Borraz Gimeno, Benito.

Labrador, J. C., S. C., TR., n. 6 mayo 1908, † f. 26 julio 1936, a las ocho y media de la mañana, en la calle del Hospital Viejo con unos cuantos.

Padres: Andrés Borraz Pinós, n. 18 noviembre 1870.
Manuela Gimeno Garcés, n. 2 junio 1875.

Hermanos: Pilar, n. 11 noviembre 1901.
Santiago, n. 25 julio 1903.
Andrés, n. 27 julio 1906.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y estuvo de servicio toda la semana. En el combate hacía fuego con un mosquetón desde un parapeto; el cañón se le puso rojo. Aquellos días solía repetir: «¡Qué grande va a ser esto

que va a venir!... Pero, ¡qué lástima que no tomemos nosotros parte de los mártires!...» Antes de fusilarlo dijo: «Dejadme una hora de vida y un fusil... Sólo siento lo que van a hacer sufrir a mi madre!» Todos los del grupo que murieron con él, se santiguaron, algunos se taparon los ojos con las manos, otros con las chaquetas, y todos gritaban: «¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...»

24. **Calved Cortés, Antonio.**

N. 14 octubre 1893 en Caspe, padre franciscano, † a. en Madrid, ignorándose el lugar, la fecha y la forma.

El P. Antonio había estudiado Latín en la escuela de los PP. Franciscanos de Caspe, en cuya orden fué admitido en octubre de 1908. Estudió en conventos de Vascongadas y Navarra, siendo ordenado sacerdote en abril de 1918. En Cuba y en otros conventos de España ejerció la enseñanza en las escuelas y a la vez fué organista; dirigió en Madrid con celo apostólico la Juventud Antoniana, cuya revista editaba. Allí le sorprendió la revolución, de la cual fué víctima, ignorándose los detalles de su prisión y muerte. El P. Antonio era muy entusiasta de Caspe y un perfecto religioso.

25. **Cardona Albesa, Antonio.**

N. 8 nov. 1912. G. C., † a. 26 julio 1936 en la calle del Hospital Viejo.
C. con Damiana Pellicer Perfagés, n. 22 agosto 1912.
Hija: Carmen.
Estaba muy entusiasmado con la Causa Nacional y era un fervoroso católico. «El triunfo es nuestro, porque Dios está con nosotros».

26. **Casas Montolí, Valero.**

Albañil, S. C., A. P., TR., n. 29 enero 1879, † a. 26 julio 1936 por la mañana frente a Monserrat.
Padres: Vicente Casas Borruey †.
María Montolí García †.
Hermanos: Teresa.
José.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y estuvo de servicio toda la semana. Dirigió los trabajos para la obstrucción del puente del Ebro, y tomó parte en el combate. Por los mismos enemigos era tenido por persona muy formal, muy leal y siempre veraz. Fué cogido preso cerca del convento de las capuchinas y, entre fusiles, con los brazos en alto, conducido a la plaza de la Virgen, y luego por la calle del Obispo García. Detrás de él iba la chusma insultándole y maltratándolo; él iba moviendo los labios como si rezara.

27 **Castro Adelantado, Francisco.**

N. 17 julio 1909, teniente G. C., herido en el combate por la mañana del día 24, † 25 julio 1936, de madrugada.
C. con Teresa Senisa Busquet, n. 14 febrero 1911.
Hija, María Teresa, n. 6 enero 1935.

También fué un gran entusiasta y un héroe de la Causa Nacional; la disciplina a las órdenes del capitán fué su característica. Era, además, un ferviente católico; sus gritos favoritos eran: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!» «Yo no lo veré, pero triunfaréis; yo muero y otros morirán, pero venceremos». Después de confesarse dijo: «Moriré a las dos de la mañana». Y así fué. Murió besando una medalla de la Virgen del Pilar.

28. **Catalán Arpal, Teodoro.**

Comerciante, S. C., A. P., TR., n. 20 mayo 1892, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la calle del Obispo García.
C. con Mercedes Andreu Buisán, n. 30 agosto 1902.
Hijos: Josefina, n. 3 julio 1924.
Santiago, n. 29 junio 1925.
Antonio, n. 13 agosto 1927.
María del Pilar, n. 21 mayo 1929.
Joaquín, n. 1 febrero 1931.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias por la noche y algunos días enteros. Fué detenido el día de Santiago y sufrió todos los horrores imaginables en el cuarto del Ayuntamiento; hasta media noche estuvo muy valiente; después sólo tenía la preocupación de sus hijos, cuya orfandad le atormentaba. Al pasar por delante de su casa, antes de fusilarlo, quería ir a ver a sus hijos. Murió dando vivas a España y a la Virgen del Pilar.

29. **Catalán Fillola, Ambrosio.**

Labrador y fabricante de aceite, S. C., A. P., TR., n. 15 agosto 1882, † a. 9 de febrero 1937, a media noche, con Franco Batista (15), cerca del cementerio.
C. con Pilar Cirac Catalán, n. 1894.
Hijos: Salvadora, n. 5 junio 1918.
Luisa, n. febrero 1920.
María, n. 16 mayo 1923.
Pilar, n. 17 mayo 1925.
Carmen, n. 18 junio 1927.
Consuelo, n. 29 julio 1932.
Gregorio, n. 9 abril 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, estuvo con su auto, desde el primer momento, a las órdenes del capitán; el día del combate actuó también como sanitario. Fué

cogido preso y después puesto en libertad por Ascaso, que se conmovió cuando los siete hijos le pidieron la vida de su padre. A media noche se lo llevaron en un auto y lo mataron en el campo con arma blanca; lo enterraron antes de morir.

30. **Castán Zuloaga de Riva, María.**
(111) (Página 164)

31. **Cebrián Fraguas, Antonio.**

Labrador, S. C. A. P., TR., n. 1868, † a. 21 febrero 1937, a las nueve de la noche, con su yerno Manuel Molina (86) en la calle, cerca de su casa.
C. con Francisca Cirac Garcés, n. 1862.
Hijos: Concepción, n. 6 dic. 1902 (87).
Mariano, n. 8 mayo 1904; muy perseguido.
María, n. 31 mayo 1907 (86).

Muy entusiasmado con la Causa, estuvo a disposición del capitán. Fué muy amenazado y perseguido porque había sido un fervoroso católico, muy honrado, siempre leal a sus ideas, presidente del Sindicato Católico y concejal derechista. Cuando fué cogido preso Pedro Cirac (38) quiso ir a declarar en su favor, diciendo que aquél había ido a Zaragoza el día 14 de julio por asuntos del Sindicato. «Voy a decir la verdad... Que me pase lo que Dios quiera... Es un deber de justicia... Sea lo que Dios quiera»... Luego decían los rojos: «Hay que ir a cogerlo por haber ido a declarar por Pedro Cirac»... Una noche se presentaron los milicianos con un auto en la puerta de su casa y querían hacer entrar en él a nuestro mártir y a su yerno Manuel; pero éste dijo: «Tío, que es un atraco». Y allí mismo los mataron. En confianza solía decir: «Rezando de rodillas estoy esperando a los nacionales».

32 **Centol Tejada, Manuel.**

Estudiante de Farmacia, S. C., A. P., TR., n. 27 noviembre 1909, † a. 29 julio 1936, en Chiprana.
Padres: Vicente Centol Cardiel, n. 18 abril 1873, †.
Leonor Tejada Leturia, n. 6 noviembre 1870.
Hermanas: Matilde.
Herminia.
Elisa.

Estaba muy entusiasmado con la Causa, hizo servicio de guardia toda la semana y tomó parte en el combate del día 24. Cuando se perdió el pueblo, huyó a Chiprana, en cuyos montes fué apresado con Inocencio Cirac (33). La orden de Caspe fué: «Que lo maten». Donde estaba preso habían escrito en una pizarra: «¡Viva la F. A. I.!», él lo borró y escribió: «¡Viva Cristo Rey!» La víspera del fusilamiento le dijeron: «Tú has de ser de la F. A. I.» Y respondió: «¿Yo de la F. A. I.? Primero cogeré una pala y un pico y me cavaré la sepultura». Y le obligaron a cavarse la fosa. Antes de morir estaba con una gran serenidad y cuando le gritaron un viva a la FAI, respondió él: «¡Viva Cristo Rey!»; le replicaron: «¡Viva el comunismo!», y él terminó diciendo: «¡Viva la Virgen del Pilar!»

33. **Cirac Arpal, Inocencio.**

Herrero, S. C., n. 2 enero 1876, † a. 30 julio 1936 en las tapias del cementerio de Chiprana.
C. con Mercedes Lloréns Carceller †.
Hija: Victoria, n. 1915, c.

Estaba muy entusiasmado con la Causa Nacional. Perdido el pueblo, huyó a Chiprana, donde fué cogido preso, por denuncias de los caspolinos, en una cueva

con Centol (32). La orden de los rojos de Caspe fué: «Que lo maten». Desde una casa hasta la iglesia, que era la cárcel, casi un kilómetro, fué llevado a empujones y pinchazos, entre insultos soeces de la chusma, a pesar de que él estaba enfermo y de que su hija se hallaba gravemente enferma. Al llegar al cementerio besó con santa piedad sus puertas y murió exhalando un viva a Cristo Rey.

34. **Cirac Cubeles, Vicente.**

Carretero, S. C., TR., n. 22 noviembre 1886, † a. 26 julio 1936 al amanecer, en la calle del Hospital Viejo.
C, con Nicolasa Cirac Estopañán (35).
Hijos: Manuel Vicente, n. 20 junio 1916.
Pilar, n. 21 abril 1919.
Carmen Sebastiana, n. 9 noviembre 1922.
Dolores, n. 29 octubre 1928 †.
Vicente, n. 9 septiembre 1934 †.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el principio, con una escopeta. Cuando vino de visita el señor arzobispo, formó parte de la guardia para mantener el orden. Fué siempre muy valiente y creyó siempre que la salvación de España costaría muchos y grandes sacrificios. «Yo digo siempre que Dios está sobre todo, y que al fin El será quien ha de ganar». Fué preso en su casa a las diez de la mañana del día de Santiago; pasó todo el día y la noche en el cuarto del Ayuntamiento. Estuvo todo el tiempo muy valiente y no sintió el desmayo ni un solo momento, a pesar de los insultos y sufrimientos que tuvo que soportar. «¿Eres fascista?», le preguntaron. Y respondió: «Fascista, no; católico, sí». «Pues te mataremos», replicaron. «Pues me maten, pero conste que es por ser ca-

tólico». Así hablaba y se sonreía contento. «Yo pido ya a Dios que me perdone y que tenga misericordia de mí. Esto se ha concluído». Cuando iban a asesinarle, se santiguó, formó una cruz con los dedos índices de las dos manos, la besó y se quedó sonriente. Sus últimas palabras fueron: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!...»

55 **Cirac Estopañán, Agustín.**

Carpintero-ebanista, S. C., A. P., TR., n. 26 mayo 1893, † a. 27 julio 1936, a las diez de la noche, a los pies del Sagrado Corazón, con Luna (80), el párroco de Chiprana y el secreterio de Maella.

Padres: Manuel Cirac Marco, † 13 diciembre 1908.
Sebastiana Estopañán Dolader, † 29 noviembre 1905.

Hermanos: José, † 20 enero 1907.
Nicolasa, n. 28 enero 1888 (34).
Pedro, n. 18 enero 1895 (38).
Francisco, n. 29 mayo 1898 (37).
Carmen, n. 22 de septiembre 1900.
Sebastián, n. 17 septiembre 1903.
Antonio, n. 17 noviembre 1905 (36).

Estaba muy entusiasmado con la Causa y desde principios del año 1936 en inteligencia con el capitán. Fué uno de los fundadores del Círculo Católico y organizador principal de las derechas en Caspe, con sus hermanos, desde el año 1929, contra todas las tendencias republicanas e izquierdistas. También tomó parte principal en la organización de conferencias católicas y mítines derechistas. Intachable en su honradez, de un amor extraordinario a la justicia y favorecedor de todos. Era respetado y admirado hasta por los enemigos del catolicismo y de las derechas. Organizó la guardia que garantizó el orden en la iglesia y fuera de ella, mientras estuvo en Caspe el señor arzobispo. Había sido concejal derechista varias veces. Hizo servicio de guardia toda la semana heroica y hasta en la noche del 24 al 25 quería volar el puente del Ebro. Al despedirse de su hermana Carmen en la madrugada del día de Santiago, dijo: «Como Calvo Sotelo digo, que prefiero morir con honor, antes que vivir con vilipendio... Si Dios quiere mi vida, se la ofrezco con gusto por la Patria...» «Sé que moriremos, pero estoy contento, porque Dios lo quiere para salvar a España». Estuvo oculto los días 25 y 26; al siguiente se presentó para evitar disgustos a los que lo guardaban. «Decid a nuestro hermano Sebastián que hemos permanecido fieles a Dios y a España hasta la muerte... ¡Hasta el cielo!... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!» Estaba con Luna (80), con el secretario de Maella y con el párroco de Chiprana. Pidió que les dejaran rezar un momento al pie del Sagrado Corazón de Jesús, mirando a la iglesia; se santiguó, rezó de rodillas, se levantó y mandó: «Tirad ya».

El párroco de Chiprana se llamaba Juan Soláns Alemán.

Era un sacerdote ejemplarísimo. Mientras estuvo detenido en Caspe animaba y consolaba a sus compañeros, a quienes oyó en confesión y absolvió. Antes de fusilarlo, le ponían banderas de la C. N. T. y F. A. I. en los labios, para que las besara, pero las rechazaba siempre gritando: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva Cristo Rey!...»

36. **Cirac Estopañán, Antonio.**

(35)

Carpintero, S. C., TR. (conserje del Centro Tradicionalista), † a. 5 agosto 1936 por la mañana en el cementerio.

C. con Trinidad Cirac Calved, n. 14 junio 1908.

Hijos: Sebastián, n. 18 febrero 1929.
Vicente, n. 1 enero 1934.

Muy entusiasmado con la Causa, estuvo a las órdenes del capitán antes del Movimiento Nacional y formó parte de su escolta personal. «Nada me importa morir, si hay quien cuide de mi mujer y mis hijos... Me da pena el pensamiento de que se queden abandonados y en la miseria». Antes había tomado parte en la guardia del señor arzobispo en su visita pastoral. «Me da gusto ir a cualquier centro tradicionalista... En ellos te encuentras siempre con verdaderos hermanos... ¡Qué lástima que la mayor parte de ellos sean pobres como nosotros, porque así nos faltan medios para todo, aunque tengamos tanto corazón...» Acompañó al capitán a Zaragoza, Maella y Fabara. Tomó parte en el combate

En la mañana del 25 de julio, mientras luchaba heroicamente delante del cuartel, le intimaron que se rindiera, y contestó: «No sabes lo que dices... Al que dice que nos rindamos, se le debiera fusilar... Nosotros no podemos rendirnos ante los enemigos de Dios y de la Patria». «Bien dicho», exclamó el tío Cirilo. Después se ocultó en su casa, cuando ya el pueblo estaba en manos de los rojos. Los vecinos lo delataron. «Sólo lo siento por mi mujer y por mis hijos... Ya vendrá la justicia... Yo he cumplido con el deber de mi conciencia... A mí me podrán matar; pero mi causa vencerá... Ya llegará la justicia... ¿Creéis que vais a ganar?

Dios es el que más puede y él vencerá». Lo cogieron preso el día 2 de agosto, le encontraron en la cartera una estampa, medallas y una postal con la bandera nacional. «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...» Estas fueron sus últimas palabras.

37. **Cirac Estopañán, Francisco.**

(35)

Carpintero, escultor en madera, S. C., TR. (jefe de requetés del distrito), † a. 5 de agosto 1936, por la tarde, en el cementerio.

C. con Josefa Poblador Francín, n. 8 marzo 1908.

Hijos: Jesús †.
Teresa de Jesús del Carmen, n. 15 octubre 1933.
Josefa, n. 5 febrero 1935.

«El más entusiasta y el hombre más idealista», que gozó de toda la confianza del capitán y del teniente. Desde el 14 de abril de 1931 se dedicó a organizar el partido tradicionalista y el requeté en el Bajo Aragón, porque «sólo los carlistas salvarán a España de la catástrofe que se avecina». En julio de 1932 decía: «Es preciso pintar con los colores más negros el porvenir inmediato de España; pero la realidad será todavía más horrorosa que la que nosotros nos imaginamos». «La fiera no se contenta sólo con carne; quiere nuestras almas y las de nuestros hijos». «Que hagan trabajar a todos, que les quiten a los holgazanes lo que tienen y habrían de consumir sólo en el vicio; pero que no toquen la religión ni la patria, ni la familia». «Hay que ser muy humanos y tener un corazón muy grande con todos, sobre todo con los pobres». «El trabajo manual ha de ser más respetado y mejor remunerado; es muy triste que a veces trabajamos día y

noche, para vivir mal y casi sin comer...» «¿Tú no quieres votar? Pues, allá tú con tu responsabilidad ante Dios... Allá tú con la responsabilidad con tus hijos... Se los llevarán!...» «Sé que me matarán, pero nuestra causa triunfará...» «¿Se quedarán mis hijas sin su padre? ¿Y qué? Si yo doy la vida por la causa de Dios, El cuidará de mis hijas...» Así eran sus conversaciones. No descansó ni durmió en toda la semana heroica; intervino en los registros de los centros rojos, fué a la toma de Maella, se quedó con una sola pareja para defender un cruce de carreteras; al regresar de Maella, cayó en el camión una bomba, que no le hirió; intervino en el combate; hizo guardia toda la noche de Santiago y fué a reconocer el campo de batalla. Estuvo oculto en el campo desde que entraron los rojos; pero lo delataron. «Estoy contento. En esta semana no se ha derramado sangre en Caspe... No hemos quitado a ninguna criatura el cariño de su padre». Se santiguó, rezó y gritó: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España!... Por mi mujer y mis hijas...»

38 Cirac Estopañán, Pedro.

(35)

Carpintero, A. P., TR., S. C., † a. 30 enero 1937, a las seis de la tarde en el cementerio.

C. con Dolores Catalán Arpal, n. 17 abril 1894.

Hijas: Dolores, n. 1 agosto 1932 †.
Fe, n. 1 agosto 1934 †.
Esperanza, n. 1 agosto 1934 †.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias con una estral, porque no había fusiles, y no descansó en toda la semana. Estaba siempre trabajando y despachando asuntos en favor de las derechas y de

las izquierdas, sólo por hacer bien. Su mayor éxito fué el arreglo del pleito secular de Valdurrios o Val de Orrios, en beneficio de Caspe, para lo cual interesó todo el saber y la influencia de los señores Azpeitia, Comín y Lahoz. En la madrugada del día 25, al ver que no llegaban las fuerzas de Zaragoza, y después de oír noticias alarmantes sobre la proximidad de los catalanes, propuso con insistencia el traslado de las familias de los derechistas en camiones a Zaragoza. Perdido ya el pueblo, marchó andando hasta Alcañiz, y de allí a Tortosa.

Cuando terminaba de rezar el rosario, fué apresado en casa de un matrimonio católico y patriota de Tortosa. Llevado al Comité revolucionario de aquella ciudad, le preguntaron en primer lugar si era cura, y respondió: «No soy sacerdote, pero soy católico.»

El 20 enero fué traído a Caspe y sometido a un juicio. «Sí, soy católico». «Sí, he sido socio del Sindicato Católico». «Al Sindicato Católico he pertenecido siempre...» «No, el día 14 no fuí a Zaragoza por asuntos políticos, sino del Sindicato». «¿Cuáles son sus amigos políticos?» «Azpeitia, Comín y Lahoz...» «Que me condenen a cadena perpetua, pero que no me maten...» «Tengo la conciencia muy tranquila... He cumplido mi deber... He hecho todo lo que he podido, no he podido más... Por mí no se perderá España.» En la cárcel escribió en la pared de la celda con letras grandes y recias diversos vivas a la Virgen, a Cristo Rey y a España. Oyó leer la sentencia de muerte con una serenidad sobrenatural, que conservó inmutable hasta el fin. «Ven aquí y hablaremos; come y ten ánimo», le dijeron sus compañeros de prisión. Y él respondió: «Sí, hablaré gustoso con vosotros, pero no tenéis que dar-

me ánimo, porque me sobra... Sé muy bien a dónde voy, y por eso estoy contento y doy gracias a Dios...» «Sí, tú te vas al cielo y detrás de ti iremos también nosotros...» Luego habló del cielo, de Dios y de su hermano Sebastián. «Ya está bien; ya he firmado la sentencia». Y estuvo rezando hasta que expiró. Su mujer fué procesada «por haber favorecido la fuga de su marido y por tener estampas religiosas y recibos de asociaciones políticas de derecha de su padre y hermano»; estuvo varios días en la cárcel y dos días gravemente enferma, con guardia de milicianos con fusiles en la cabecera. En el juicio celebrado el día 26 de mayo de 1937, declaró: «A mi marido lo han matado por ser católico, y yo he sido, soy y seré católica, apostólica y romana».

39. Cirac Hernández, José.

Pintor-blanqueador, S. C., J. C., TR., n. 18 abril 1920, † a. 4 agosto 1936 por la noche en el cementerio con su hermano Manuel (40).

Padres: Pedro Cirac Dolader, † 3 abril 1919.
Vicenta Hernández Pérez, n. 25 junio 1881.

Hermanos: Pedro, n. 8 diciembre 1902.
Francisco, n. 7 junio 1907.
Manuel, n. 2 oct. 1911 (40).
Cecilia, n. 23 nov. 1915.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas toda la semana sin descanso, fué de la escolta del capitán, a quien acompañó a Zaragoza. «Madre, allí sólo se ven camiones de boinas rojas y hombres con camisa azul del fascio». Hizo servicio de guardia para asegurar el orden en la visita del señor arzobispo. La última

vez que estuvo en casa, le dijo su madre: «Hijo mío, no salgas». El se sonrió y dijo: «Mucho *Señor, pequé; Señor, pequé*, y ahora que toca salir a defender la religión, me dice que no salga; pues yo salgo». Lo cogieron preso el 26 de julio y estuvo muy valiente. «Matadme a mí y dejad a mi hermano, que tiene una criatura». Antes de fusilarlo le dijeron: «Vuélvete de espaldas». Respondió: «Eso, no». Se santiguó, abrió la camisa y dijo: «Tirad». Después querían también matar a su abuela, a su madre y a su hermana. «Ahí, ahí, que hay tres beatas; hay que fusilarlas y tirarlas por las ventanas».

40. Cirac Hernández, Manuel.

(39)

Carpintero (taller de Cirac), S. C., TR., † a. 4 agosto 1936 con su hermano y otros en el cementerio.

C. con Pilar Liria Gargallo, n. 19 enero 1914.

Hijo: José María, n. 20 junio 1936.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas, fué de la escolta del capitán y no descansó en toda la semana heroica. Perteneció a la guardia montada para guardar el orden en la visita del señor arzobispo. Fué siempre muy valiente, fervoroso católico y muy patriota; guardaba con mucha fe la bandera roja y gualda, porque estaba seguro de ponerla en el balcón algún día. Se prestó siempre a pegar por las calles los papeles de propaganda derechista. Tomó parte en el combate del día 24 y estuvo oculto en su casa hasta el 3 de agosto. Murió también santiguándose y dando vivas a Cristo Rey, a la Virgen del Pilar y a España.

41. **Cirac Piazuelo, Jesús.**

Fabricante de conservas vegetales, S. C., A. P .,F. E. (secretario), n. 21 abril 1899, † a. 5 septiembre 1936 de madrugada en el cementerio.

C. con Carmen Andreu Buisán, n. 24 enero 1906.

Hijos: Fulgencio, n. 3 febrero 1928.
Carmen, n. 20 junio 1929.
Luisa, n. 21 junio 1931.
Jesús, n. 27 septiembre 1933.

Muy entusiasmado con la Causa, se puso a disposición del capitán bastante tiempo antes de estallar el Movimiento, porque había comprendido la gravedad del problema español. Por la religión y por España no se daba reposo en la propaganda y organización, arriesgándolo todo. Hizo guardias, cuando vino el señor arzobispo, y no descansó en toda la semana heroica. Durante todo el día 24 estuvo defendiendo el cuartel con un fusil. Estuvo oculto en su casa, rezando y sufriendo hasta la noche del 3 de septiembre, en que fué detenido, y sólo se juntaba con su madre y su mujer para rezar el rosario, después del cual se retiraba siempre con la misma despedida: «Dios quiera que descansemos y mañana volvamos a rezarlo». Durante ese tiempo sólo deseaba y pedía que los rojos no tomaran Zaragoza. «Prefiero morir antes que entren en Zaragoza... Si supiera que no habrían de entrar en Zaragoza presentándome, lo haría. ¡Dios mío, mi vida vale tan poco!...» En la celda de la cárcel y en el coche, con que lo llevaron al cementerio, le atormentaron tanto y de tal manera, que los dos estaban encharcados con su sangre; al llegar al cementerio, estaba exangüe y lo apoyaron en un panteón para fusilarlo. Sólo suspiraba: «¡Ay, Dios mío!... ¡Madre mía!... ¡Virgen del Pilar!... ¡Por España!... ¡Por mis hijos!...» Después decían los rojos a su mujer: «Sin nada y con cuatro hijos ya tienes bastante tormento».

42. **Cortés Albesa, Antonio.**
(47)

Secretario de Ayuntamiento, S. C., F. E., † a. 25 julio 1936 en el cementerio.

Fué preso con su padre y sus hermanos; los milicianos lo dejaron solo gravemente herido y, para que sufriera, no quisieron rematarle. Decía: «Matadme, matadme... Dios mío!»

43. **Cortés Albesa, Eusebio.**
(47)

Mecánico y conductor de automóviles, hojalatero, S. C., F. E., † 25 julio 1936 en el combate cerca de la Balsa.

El día 24 de julio, después del combate, marchó con su hermano Tomás (46), José Riva y Mariano Hernández, con un auto a buscar las fuerzas que habían salido de Zaragoza y estaban detenidas en Escatrón. En la mañana del día de Santiago regresó a Caspe, que estaba ya en poder de los rojos, donde cayó muerto al querer entrar en el pueblo.

44. **Cortés Albesa, Joaquín.**
(47)

Hojalatero, S. C., F. E., † a. 26 julio 1936 en la calle del Hospital Viejo.

Murió gritando: «¡Viva España y viva Cristo Rey!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...»

45. **Cortés Albesa, Ramón.**
(47)

Mecánico, conductor de automóviles, S. C. F. E., † a. 26 julio 1936 en la calle del Hospital Viejo.

Al sacarles del Ayuntamiento en un grupo, le dijo un miliciano: «Mala suerte vas a tener, falangista». Y respondió: «¿Qué se le va a hacer? Hoy me toca a mí; mañana a vosotros, miliciano».

46. **Cortés Albesa, Tomás.**
(47)

Mecánico, conductor de automóvil, S. C., F. E., † a. 2 febrero 1937 en el cementerio.

Había ido el día 24 a buscar las tropas a Escatrón con su hermano (43); al llegar en el día de Santiago a Caspe, a pesar de que ya los rojos dominaban en el pueblo, entró en él y fué a ver a su madre. Estuvo oculto en casa, sufriendo y rezando por España, hasta que, por denuncia de los vecinos, fué encontrado en un registro muy minucioso. Se le formó un proceso y fué condenado a muerte; su madre pidió telegráficamente el indulto al gobierno de Valencia, que lo concedió; pero los rojos de Caspe aceleraron la ejecución, para que no llegase a tiempo la concesión del indulto. Mientras estuvo en la cárcel se hallaba muy confiado, rezando y sufriendo por su madre, por sus hermanos y por España. Murió gritando vivas a España, a Cristo Rey y a la Virgen del Pilar.

47. **Cortés Carbonell, Eusebio.**

Hojalatero, S. C., F. E., n. 15 agosto 1875, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la calle del Hospital Viejo.

C. con Concepción Albesa Buenacasa, n. 7 diciembre 1881.

Hijos: Eusebio, n. 16 febrero 1904 (43).
Manuel, n. 30 marzo 1905.
Antonio, n. 7 mayo 1908 (42).
Tomás, n. 16 julio 1909 (46).
Ramón, n. 19 enero 1913 (45).
Joaquín, n. 23 marzo 1919 (44).
Joaquina, n. 12 agosto 1916.
Pilar, n. 9 noviembre 1922.
Concepción, n. 30 agosto 1924.

Toda la familia estaba muy entusiasmada con la Causa, y los hijos se pusieron muy pronto a disposición del capitán como militantes de F. E. El padre y la madre habían educado a todos los hijos en la honradez, laboriosidad, amor a Dios y patriotismo; así, salieron todos ellos valientes, patriotas, fervorosos católicos e infatigables trabajadores. Habían fundado en Caspe un «Club Ciclista», en el cual el amor al deporte andaba unido con el espíritu católico; organizaban concursos, carreras benéficas, visitaban las iglesias y ermitas por donde pasaban; cada año asistían a una misa de comunión con plática especial para ellos y después eran bendecidas las bicicletas en la puerta de la iglesia.
Durante la semana heroica hicieron servicio continuo, patrullando, de guardia o conduciendo camiones y autos. Antes de morir se santiguaban, rezaban y vitoreaban a Cristo Rey, a la Virgen del Pilar y a España.

Supervivientes de la familia Cortés.

48. **Costa Pin, Agustín.**

Carpintero, S. C., A. P., TR., n. 28 agosto 1890, † a. 28 agosto 1936 en el cementerio.

C. con: 1) Dolores Zapater Fillola †.
2) Mónica Pastor Arbiol, † 11 septiembre 1932.

Hijos: 1) Manuela, n. 26 marzo 1923.
Agustín, n. 22 marzo 1926.
2) Rita, n. 25 marzo 1931.

Muy entusiasmado con la Causa por motivos patrióticos, pero especialmente por motivos religiosos, hizo guardias y patrulló sin descanso con una escopeta; trabajó mucho en la obstrucción del puente del Ebro y tomó parte en el combate, primero con una escopeta y después con un fusil. «Diles a las monjas que algo grande va a venir... Que recen... Que no teman, porque los malos no podrán...» Su hija Manuela, de 13 años entonces, decía llorando a su padre, cuando este se iba por la escalera: «¡Ay, padre! No vaya, no vaya». Y él, conteniéndose las lágrimas, pero muy convencido, respondió: «Sí, hija; tengo que ir, para que no seáis herejes y para que no pase en España como en la China, que tengan que venir a civilizaros». Estuvo oculto en casa, pero después se vió obligado a presentarse y lo hizo llevando de la mano a su hijo de diez años. Fué muy maltratado por los rojos hasta que murió. Sus últimas palabras fueron para Cristo Rey, para España y para sus hijos, que se quedaban sin padre y sin madre.

49 **Diarte Tello, Mariano.**

G. C. N. 1916?, † a. 15 agosto 1936, en Maella.
C. con Amada.
Hijas: Amada
María.

50. **Dolader García, Pedro.**

Labrador, S. C., n. 29 junio 1869, † a. 26 julio 1936 en la calle de Lorenzo Pardo.
C. con Segunda Albareda Borruey, † 19 mayo 1908.
Hijos: Asunción, n. 9 febrero 1903, c.
Margarita, n. 10 abril 1904 †.
Francisco, n. 1 abril 1906, c.

Estaba muy entusiasmado con la Causa, pero no hizo armas; nunca se afilió a los partidos políticos, siempre fué hombre muy honrado y un fervoroso católico, miembro de cofradías y entidades católicas. El día 25 de julio fué preso por los milicianos y sufrió mucho en el Ayuntamiento, hasta que en la mañana del 26 fué puesto en libertad; pero en la puerta del Ayuntamiento le mandaron gritar un viva a la C. N. T., y él respondió: «¡Viva España!» Seguidamente se lo llevaron y lo fusilaron, mientras se santiguaba y vitoreaba a España y a la Virgen del Pilar.

51. **Escorihuela Ferrer, Blas.**

Jornalero, labrador, S. C., TR., n. 15 mayo 1880, † a. 25 julio 1936 por la tarde, entre el Toril y la Virgen del Tremedal.

C. con María Fillola Martín, n. 10 mayo 1880.

Hijos: María, n. 22 marzo 1904.
Manuel, n. 15 marzo 1906.

Joaquina, n. 9 julio 1909, c.
Delfín, n. 26 nov. 1913 (52).
Santiago, n. 1 noviembre 1916, † en el frente de Teruel, donde no pudo pasarse a las fuerzas nacionales; era muy patriota, TR., J. C., muy fervoroso católico.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias toda la semana. «¿Tan viejo tú y te metes en estas cosas?», le dijo su mujer, a la cual respondió: «Pues, *chiqueta*, hemos de meternos todos, porque Dios lo quiere». Cayó herido en el combate del día 24 junto al cuartel. El día de Santiago fueron los milicianos con una turba del pueblo a buscarlo, lo sacaron arrastras de la cama y lo llevaron al teatro, donde comenzaron a quitarle las vendas de las heridas; pero la chusma gritaba furiosamente desde afuera: «Que lo maten... que lo maten». Y sin más, lo sacaron a empujones y lo fusilaron en la calle. Repetía sin cesar: «¡Dios mío, Dios mío!...»

52. **Escorihuela Fillola, Delfín.**

(51)

Blanqueador y oficinista, S. C., J. C. (presidente), TR., † a. 28-29 julio 1936 en la estación de La Puebla de Híjar, con Balaguer (13).

Muy entusiasmado, hizo armas sin descanso toda la semana heroica. Formó parte de la guardia para asegurar el orden en la visita del señor arzobispo. También fué a Maella en los camiones, para retener el pueblo y hacer frente a los catalanes. Estuvo muy valiente en el combate del día 24 y resistió, hasta que se quedaron sin municiones el día de Santiago; estando ya Caspe en poder de los rojos, huyó por la línea del ferrocarril hasta La Puebla de Híjar, donde fué asesinado.

53. **Escuín Latre, Vicente.**

Comerciante, S. C., TR., n. marzo 1883, † a. 31 julio 1936 por la mañana, abrazado con su hijo (54), en Fabara.
C. con María Ricart Ráfales, n. 10 marzo 1884.
Hijos: Joaquín, n. 23 noviembre 1909.
Vicente, n. 16 junio 1911.
Jesús, n. 24 mayo 1916 (54).
Bautista, n. 18 febrero 1924.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y estuvo siempre a las órdenes del capitán. Era un hombre de honradez absoluta y de profunda piedad cristiana. Militó siempre en los partidos derechistas y fué concejal, porque consideraba la participación en la política como un deber religioso y patriótico. Después de perdido el pueblo, huyó en dirección de Fabara, donde fué detenido, y al ser interrogado por los milicianos respondió con razón: «No tengo otras faltas que ser católico y de derechas. Estas son mis faltas». Hasta el momento de ser fusilado estuvo rezando. Los rojos de Caspe querían exterminar toda su familia y solían repetir públicamente: «Aún faltan los Escuines, que son de derechas toda la vida».

54. **Escuín Ricart, Jesús.**

(53)

Empleado del Banco Hispano Colonial, S. C., J. C., A. P., TR., † a. 31 julio 1936 en el cementerio de Fabara, con su padre.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias por las noches y, consciente de la gravedad del momento, requirió también a su padre para hacer armas. Cuando vino el señor arzobispo contribuyó también a guardar el orden. Como su corazón amaba con toda su fuerza a Dios y el bien, estaba muy descontento con el

ambiente en que se vivía públicamente desde la república, y solía repetir: «Me gustaría morirme, porque el mundo está muy mal». Se preparó a la muerte rezando, y antes de ella pidió dos gracias: «Dejadme darle un beso a mi padre y escribirle una tarjeta a mi novia... ¡Padre, hasta el cielo!... ¡Viva Cristo Rey y viva España!...» «¿Cómo quieres morir?», le preguntaron, y respondió: «Cara a cara y tirad cuando queráis», y les descubrió el pecho, abriéndose la camisa.

55. **Fabián Guíu, Mariano.**

Empleado del Banco Hispano Americano, S. C., J. C., TR., n. 22 diciembre 1904, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la calle del Obispo García, al lado de Correos.
Padres: Serafín Fabián Cubeles, n. 29 julio 1863 †.
María Guíu Bielsa, n. 4 diciembre 1866.
Hermanos: Vicenta, n. 12 junio 1903, c.
Agustina, n. 8 junio 1907, c.
Vicente, n. 11 mayo 1909, c.
María, n. 6 julio 1911.

Muy entusiasmado con la Causa Nacional, hizo armas desde el principio y tomó parte en el combate. Era muy fervoroso católico y muy patriota; también tomó parte en la guardia del señor arzobispo. Fué cogido preso el mismo día de Santiago y detenido en el Ayuntamiento. Al sacarlo de allí por la mañana del 26, se santiguó y, al ver que iban a fusilarlo, preguntó: «¿Por qué me matáis?» Respondieron: «Porque ibas a misa». Dijo él: «Pues si es por eso ya podéis matarme. Por la señal de la santa cruz». Le dijeron: «Dí: ¡Viva la C. N. T.!, ¡Viva la F. A. I.!» El respondió: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!»

56. **Fillola Pallás, Antonio.**

N. 30 noviembre 1918, labrador, S. C., TR., † a. en el frente rojo.
Padres: Gregorio **Fillola** Gavín, n. 24 abril 1881.
María Pallás, n. 20 feb. 1880.
Hermanos: Tomás, 21 mayo 1903.
Agustín, n. 12 agosto 1905.
José, n. 12 feb. 1908.
Agustina, n. 19 abril 1910.
Marcelino, n. 4 dic. 1916.
Fué denunciado en el frente y encarcelado durante cinco meses, al cabo de los cuales fué llevado de nuevo al frente de Castellón, pasándose a los pocos días a las filas nacionales.
Manuel, n. 4 marzo 1920.
Cuando estalló el Movimiento Nacional, era Antonio soldado y se encontraba con permiso en Caspe. Inmediatamente se puso a las órdenes del capitán en servicio de España. Era muy bueno y muy valiente; fué el último que se retiró del combate el día 25 de julio, cuando se le acabó la munición. Estuvo oculto, y presentado después para ir al frente, fué amenazado de que sería fusilado al menor intento de pasarse a las fuerzas nacionales. Un rojo de Ontiñena lo asesinó a tiros de pistola en el frente «porque era un fascista indeseable», como dijo el asesino.

57. **Fierro Martínez, Dionisio.**

58)

Seminarista, n. 23 febrero 1916, † a. 13 agosto 1936 en el cementerio con su padre.
Entusiasmado con la Causa Nacional, tomó parte en la defensa de Caspe, habiendo hecho servicio de guardia y patrulla. Era muy piadoso y muy patriota. Animó a su padre a morir con gusto como mártires ofreciendo a Dios sus vidas

por la Patria. «Donde muera mi padre, quiero morir yo». Murió abrazado con su padre dando vivas a Cristo Rey y a España.

58. **Fierro Ruiz, Dionisio.**

N. 3 marzo 1885, brigada G. C., † a. 13 agosto 1936, en el cementerio, con su hijo Dionisio (57).
C. con Valera Martínez Calved.
Hijos: Dionisio (57).
Dolores †.
Francisca.
Pedro.
Alejandro.
María de las Nieves.
El brigada de Maella, con toda su familia y la guarnición, vino a Caspe en virtud de orden superior, al iniciarse el Movimiento Nacional. Era persona honradísima y muy piadosa; rezaba el rosario en familia y educó a sus hijos en la piedad y en el patriotismo. Perdido Caspe, cuando sus defensores ya no tenían municiones, se ocultó en una casa con su hijo, hasta que fueron descubiertos. Padre e hizo rezaban con mucho fervor los días de su ocultación, preparándose a morir, según la voluntad de Dios, por la Patria. Sus últimas palabras fueron vivas a Cristo Rey y a España.

59. **Fontané Mantecón, Manuel.**

Labrador, S. C., TR., n. 17 noviembre 1901, † a. 11 agosto 1936 a media noche en el cementerio con mosén Urbano (82).
C. con Manuela Andreu Roca, n. 19 marzo 1902.
Hijos: Manuel, n. 15 agosto 1931.
Manuela, n. 24 junio 1933.
Francisco, n. 15 mayo 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y tomó parte en el combate del día 24, luchando, mientras duró éste, ya en el campo, ya desde una terraza, o desde el cuartel. Cuando vió que retrocedían, gritaba sin cesar: «¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...» Después continuó trabajando en el campo, hasta que lo cogieron preso a las seis de la tarde del 11 de agosto. Lo maltrataron mucho y lo marearon con tres interrogatorios. En la prisión repetía continuamente: «¡Dios mío!... ¡Ay! ¡mi mujer y mis hijos!... ¿qué han de hacer, Dios mío?» Fueron 14 milicianos a fusilarlo, pero a mordiscos los dominaba, a pesar de estar atado, y decía a mosén Urbano: «Si usted fuera como yo, no nos matarían... ¡Viva España!... ¡Viva la Virgen del Pilar!...»

60. **Francín Albiac, Manuel.**

Carretero, S. C., A. P., TR., n. 27 enero 1911, † 24 julio 1936 en el combate cerca del puente del Ebro.

Padres: Pedro Francín Ríos, n. 23 diciembre 1880.

Miguela Albiac Catalán, n. 8 mayo 1880.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el principio del Movimiento, lo mismo que su padre, a quien los rojos querían también fusilar. Padre e hijo eran muy honrados, buenos cristianos y patriotas. Cuando los rojos llegaron al puente del Ebro, estuvo Manuel resistiendo hasta que lo cercaron y cayó muerto.

61. **Fuster Albiac, Vicente.**

Comerciante, S. C., A. P., TR., n. 9 abril 1872, † a. 26 julio 1936 por la tarde en la calle del Hospital Viejo.

C. con Josefa Guíu Pardo.

Hija: Josefa, n. 1 abril 1914, muy perseguidas y maltratadas por los rojos.

No hizo armas, pero el día 23 pasó la tarde en el cuartel poniéndose con todo a disposición del Movimiento, con el cual estaba entusiasmado. Un mes antes había entregado 250 pesetas para comprar armas. Era un católico muy fervoroso y, si intervino en la política, siendo concejal de la Dictadura de Primo de Rivera, lo hizo exclusivamente por motivos religiosos y patrióticos. Era diputado del Santísimo Sacramento. Fué cogido preso en la mañana del día 26; sus últimas palabras, cuando lo fusilaron, fueron: «¡Viva Cristo Rey, viva Cristo y viva Cristo Rey!»

62. **Giménez Sanagustín, Salvador.**

Maestro nacional, S. C., A. P., n. 1904, † a. 26 julio 1936 por la noche en la calle del Hospital Viejo.

C. con Encarnación Menor, n. 1908.

Hijas: Encarnación, n. 1932.
Ana María, n. 1932.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardia toda la semana y tomó parte en el combate. Cuando entraron los rojos, se refugió en la casa de unos amigos, pero al fin tuvo que presentarse al Comité acompañado de su mujer, de sus dos niñas y de los dueños de la casa donde se amparó. Murió también gritando: «¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!»

63. **Gimeno Doñelfa, Benito.**

(64)

Labrador, S. C., A. P., F. E., J. C., † a. 25 julio 1936 a las tres de la tarde, junto a la casilla camino del cementerio.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias desde el primer momento, tomó parte en el combate y resistió dentro del pueblo el día de Santiago, mientras tuvo municiones. Luego se retiró a casa. Cuando vino el señor arzobispo hizo guardia para mantener el orden. Después que los rojos se aseguraron la posesión de Caspe, fueron a registrar su casa. Un caspolino dijo: «¡Aquí ha de morir hasta el gato». Se despidió con estas palabras: «No llore, madre; le dará un abrazo a mi padre. No llore, que voy muy alegre». Ya en la calle se volvió para enviar un beso a su madre y a su hermana. Le quisieron poner un lazo rojo en la solapa de la chaqueta y lo rechazó: «Yo soy fascista... no quiero el lazo rojo... Quiero morir católico». Detrás de él iban más de cuarenta «demonios» gritando vivas a la C. N. T., etc. El respondía: «¡Viva Dios!... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Arriba España!...»

64 **Gimeno Garcés, Miguel.**

Labrador, S. C., A. P., F. E., n. 29 septiembre 1883, † a. 16 agosto 1936 en el cementerio.

C. con Carmen Doñelfa Pinós, n. 12 diciembre 1885.

Hijos: Miguel, n. 18 octubre 1911.
Benito, n. 25 sept. 1912 (63).
Carmen, n. 10 diciembre 1915.

Muy entusiasmado con la Causa Nacional, se había puesto a disposición del capitán y trabajó cuanto pudo. Era una

persona muy honrada, muy formal y católico fervoroso. Intervino en política por motivos de conciencia, porque creía que era una obligación para con Dios y la Patria. Estuvo oculto en el campo desde el día de Santiago. Cuando le preguntaron qué delitos había cometido, respondió: «No tengo otros delitos que haber sido concejal de la Dictadura de Primo de Rivera y diputado del Santísimo Sacramento en la iglesia católica». Respondieron: «Ya es bastante». Cuando iban a matarlo, rezó el Credo en alta voz y terminó gritando: «¡Viva Cristo Rey!»

65. **Ginés Gracia, Nicolás.**

N. febrero 1883, G. C., † 25 julio 1936, a las siete y media, en el combate.

C. con Carmen Baldovín Almolda, n. 21 agosto 1884.

Hijos: José María, n. 8 agosto 1921.
Carmen, n. 27 mayo 1923.
Isabel, n. 22 febrero 1929.

66. **Gros Serrano, Emilio.**

Teniente retirado, F. E., n. 1 noviembre 1904, † a. 28 julio 1936 en la plaza de la Virgen.

Padres: Emilio Gros Gamó, n. 2 junio 1868 †. Carmen Serrano Garcés, n. 19 junio 1870.

Hermana: Carmen, n. 2 junio 1901, C.

Militar de corazón, gran patriota, hombre honrado, trabajador incansable. En la fotografía de los promovidos el año 1921 en el Alcázar de Toledo figura él inmediatamente debajo de la matrona de bronce, que simboliza a la Patria y lleva esta inscripción: «A los que mueren por la Patria los recoge la inmortalidad».

El amor a España, a la Patria grande de la Historia, informaba toda su vida, su conducta y sus palabras; junto con ese amor sagrado y heroico vivía en su corazón el espíritu militar de la tradición más hidalga y caballeresca. En todo obraba como entusiasta amante de España y como militar patriota; así también hablaba. En Toledo, en Africa y en Caspe fué siempre él mismo y así había sido en su niñez y en su juventud. «Amor a España y honor militar», ésta fué su divisa. Marchó voluntario a Africa y estuvo con los Regulares de Tetuán en la toma de Alhucemas. Sorprendió una emboscada de los moros contra el general Primo de Rivera, por lo cual le fué concedida la Medalla del Mérito Militar, y el propio general lo abrazó y le regaló seis volúmenes lujosamente encuadernados de la Historia General de España, escrita por don Modesto Lafuente y continuada por don Juan Valera. Cuando terminó la guerra de Marruecos, fué nombrado profesor de la Escuela Central de Tiro y estuvo durante un año cumpliendo una misión militar especial en Bélgica; gozaba de la confianza del general Goded. En tiempos de Azaña se retiró del ejército «porque no se podía vivir con honor militar». Al estallar el Movimiento, se encargó él de organizar a los paisanos en milicias, y les dió instrucción militar algunos días, les arengaba con entusiasmo y quería que estuviesen todos firmes y serios en los servicios. «No sabéis el peligro en que estamos». Fué a Maella para organizar la defensa contra las hordas catalanas, enemigas de la religión, de la patria, de la familia y del bien. Allí enseñó a los nuestros a formar barricadas. Después de morir el capitán, dirigió la defensa de Caspe el día 24 y acudía con una pistola ametralladora a los sitios de más peligro. Consumida toda la munición contra el enemigo y perdido el pueblo, marchó a la Herradura, para despedirse de su madre. «Yo no abandono a Caspe». Delatado por un vecino de allí, fueron a buscarle más de 40 milicianos con fusiles en dos camiones, y al fin lo cogieron el día 27 en la Magdalena. «¡Cobardes!, tantos contra uno». El día 22 le había dicho un comunista caspolino: «Ven con nosotros, y te perdonaremos la vida». Le respondió: «De vosotros no quiero nada, ni la vida; hemos terminado de hablar». «¿No he jurado yo morir por España? Si España es grande, porque nosotros muramos, pues a morir». Antes de morir arengó con gran serenidad a los milicianos: «Por defender a España soy yo responsable de todo lo que ha pasado en Caspe, y pido que con mi sangre se acabe de derramar sangre en Caspe... Muero por mi Causa y por España». En la escalinata de la iglesia le dijeron: «Sube más arriba». Y respondió: «No, aquí; y por delante. Yo siempre miré las balas de frente y cara a cara. Muero por mi Causa y por mi Patria. ¡Viva España! Tirad ya».

67. **Guardia Ballabriga, Pedro.**

G. C. N. 29 junio 1909, † 28 a. 1937; cayó herido en el combate de Quinto, siendo hecho prisionero de los rojos, en cuyo poder murió en La Puebla de Híjar.

C. con Claudia Gambón Garriga, n. 1908.

Hijos: Carmen, n. 7 agosto 1932.
Pedro, n. 26 febrero 1938.

Pedro Guardia era muy honrado, muy atento y cortés, buen cristiano y patriota entusiasmado con la Causa Nacional.

68. Guíu Catalán, Agustín.

Labrador, S. C., TR., n. 7 julio 1910, † 25 julio 1936 en Lérida.
C. con Pilar Anés Guíu, n. 21 enero 1911.
Hijo: Agustín, n. 10 abril 1937.

Se había casado dos meses antes de morir. Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias toda la semana. Al volver de Maella el día 24 en los camiones, por el combate de Caspe, los bombardeó la aviación roja, y él quedó herido con una pierna destrozada. Los nuestros lo llevaron al hospital, pero los rojos les hicieron fuego, mataron a algunos y se apoderaron del herido, que se llevaron hasta la casilla cerca del puente del Ebro. Allí quisieron curarlo, pero algunos caspolinos, que venían con las hordas, dijeron que era un fascista, y por eso lo maltrataron mucho. Le arrancaron la medalla de la Virgen del Carmen que le había puesto su mujer. «Dios mío, que me maten, que yo no puedo sufrir más... Nada más lo siento por Pilar... Todo lo sufro por Dios. Sí que tengo sed, pero lo sufro por Cristo...» El día de Santiago se lo llevaron los rojos a Lérida, donde murió con todo conocimiento, repitiendo jaculatorias y frases semejantes.

69. Guíu Guiral, Antonio.

Comandante retirado, S. C., A. P., n. 16 julio 1878, † a. 27 julio 1936 en el cementerio.

Padres: Agustín Guíu Navarro †.
Teresa Guiral.

Hermana: Manuela, n. 27 nov. 1869.

Muy entusiasmado por la Causa, estuvo siempre a disposición del capitán. Pundonoroso militar, buen patriota, caballero

cristiano sin mancilla, participó en la instrucción de los paisanos y en la organización de la defensa de Caspe. Cuando murió el capitán y el teniente cayó herido, gritó: «¡Hijos míos, no temáis; aquí tenéis otro padre!... ¡Viva la Virgen del Pilar!» Después del combate del día de Santiago se ocultó junto a la Fuente de los Chorros, en el huerto de Pardo, plantado de olivos. El día 27 salió a buscarlo una muchedumbre de más de mil personas con palos, trancas y punzones; lo hallaron rezando debajo de un olivo, lo condujeron sin camisa al pueblo y lo pasaron una y otra vez por la puerta de su casa, por delante de su madre. Le arrancaron una oreja, le pinchaban por todas partes, le abofeteaban y golpeaban por los costados. Con su sangre regó la puerta de su casa y todas las calles. Detrás de él iba una mujer, la madre de un nacionalista fusilado por los milicianos, la cual se había vuelto loca; los rojos le dijeron que el comandante había asesinado a su hijo, y ella con una tranca le daba tremendos garrotazos, que hacían reír a carcajadas a la chusma. Entre gritos diabólicos lo llevaron al Ayuntamiento y lo sacaron al «balcón de Pilatos», al lado de un jefe rojo forastero; su madre estaba en la plaza. Luego lo condujeron al cementerio, en medio de la chusma, que gritaba endemoniada y lo martirizaba de todas las maneras imaginables; por el camino cayó tres veces. Cuando iban a fusilarle, gritaron: «¡Viva el comunismo!» Y él, con más energía de la que un hombre exangüe y martirizado podía tener, exclamó: «¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva España!» Al volver del cementerio dijeron a su madre: «Tres veces ha caído su hijo». Y respondió: «Lo mismo que Jesucristo». Añadieron: «Ya hemos matado a su hi-

jo». Y respondió: «Pues ya descansa». Los milicianos decían: «Lo mismo que Jesucristo y su madre». Sólo faltaban la corona, la cruz y los clavos.

70. Guíu Pardo, Luis.

Labrador, S. C., A. P., TR., n. 24 octubre 1886, † a. 26 julio 1936 a las ocho de la mañana, en la plaza de la Virgen.

Padres: Nicolás Guíu Poblador, n. 10 septiembre 1857.
Josefa Pardo Guíu †.

Hermanos: Mariano, n. 13 septiembre 1888 (71).
Agustina, n. 29 nov. 1895, c.
Carmen, n. 18 jul. 1895 (115).
José, n. 30 marzo 1899; fué de la escolta del capitán, a quien acompañó a Zaragoza y a Maella; estuvo toda la semana de servicio sin descansar; fué preso y continuamente amenazado.
María, n. 3 sept. 1934.

Toda la familia fué siempre derechista, muy honrada, laboriosa y de piedad sólida. Antes de iniciarse el Movimiento se habían puesto a disposición del capitán, y durante la semana heroica hicieron todos los sacrificios que estuvieron a su alcance en servicio de la Causa. Luis hizo guardia llevando una estral; después de estar detenido con su padre y hermanos en el Ayuntamiento el día de Santiago y toda la noche, sufriendo un martirio indecible, fué fusilado mientras gritaba: «¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva España!... ¡Viva Cristo Rey!...»

71 Guíu Pardo, Mariano.

Labrador, S. C., A. P., TR., † a. 26 julio 1936 por la mañana, en la calle del Hospital Viejo.
C. con Pilar Marqués †.
Hija: María †.

Muy entusiasmado con la Causa, se presentó en el cuartel con una estral, hizo guardias y trabajó en la obstrucción del puente del Ebro. Murió también dando vivas a Cristo Rey y a España.

72. Guíu Piazuelo, Manuel.

N. 31 mayo 1877, en Caspe; P. Escolapio, † a. en Alcañiz, 26-28 agosto 1936.

El P. Manuel ingresó en las Escuelas Pías a los 14 años, tomando el nombre de Manuel de Jesús y María, en recuerdo del día de su nacimiento, en que se celebraba la fiesta del Corpus Christi y la de la Virgen del Amor Hermoso. Cantó su primera misa en Tafalla el 24 de septiembre de 1901. Era devotísimo de la Eucaristía y de la Inmaculada; estaba entusiasmado de su vocación religiosa y amaba con todo el corazón a Caspe, Aragón y España. Pasó toda su vida enseñando en las Escuelas Pías: doce años en Jaca, otros doce en Pamplona, y los demás en otros sitios. En Alcañiz, donde le sorprendió la revolución, era consiliario local de Acción Católica. Refugiado en una casa particular, fué descubierto en un registro por los milicianos, a los cuales dijo serenamente: «Dejadme decir: «¡Viva Cristo Rey!» El P. Manuel fué maltratado con insultos y golpes hasta que murió.

73 **Hernández Muniente, José.**

N. 1913, labrador, S. C., F. E., † 25 agosto 1936 en lucha en Almudévar (Huesca).

Padres: José Hernández Poblador †.
María Muniente Cirac.

Hermanos: Mariano.
Benita.
Amada.
Isabel.

Era un bravo falangista; pudo huír de Caspe el día 25 de julio y en Zaragoza se alistó en la 14.ª Bandera de F. E. Murió heroicamente en las canteras de Almudévar.

74. **Herrera Guíu, Carlos.**

Farmacéutico, S. C., A. P., TR., n. 5 julio 1907, † a. 26 julio 1936 en la plaza de la Virgen.

Padres: José Herrera Ginés, n. 13 de junio 1875 †.
Josefina Guíu Albiac, n. 8 mayo 1881.

Hermanos: Manuel, n. 14 mayo 1904.
Pilar, n. 28 octubre 1911.
José, n. 29 junio 1913.

Muy entusiasta de la Causa, hizo guardias por las noches y dió dinero para armas. Miembro de una familia profundamente católica, juntaba con el patriotismo un gran amor a su profesión y la máxima competencia. En él quiso la impiedad vengarse de las virtudes de su familia y a la vez de las suyas propias Aquellos días llevaba con gran devoción el crucifijo, con que murió su padre. Le dispararon dos tiros de intento en partes donde no pudiera morir en seguida, de manera que lo mataron poco a poco, para hacerle sufrir más. Durante el martirio exclamaba: «¡Dios mío!... ¡Virgen del Pilar!... ¡Madre mía!...»

75 **Herrero Borraz, Antonio.**

Comerciante, S. C, J. C., TR., n. 18 abril 1908, † a. 21 febrero 1937 por la noche, en el cementerio.

Padres: Antonio Herrero Limboda †.
Valera Borraz Pinós, n. 1885.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el principio y fué con los camiones a la defensa de Maella; al regreso tomó parte en el combate del día 24, en el cual fué herido. Curado en casa, estuvo oculto hasta el fin del año 1936. Había hecho guardias cuando vino de visita el señor arzobispo. Estando preso en la cárcel decía entusiasmado, que los nacionales triunfarían; al principio estaba algunos ratos muy afligido, pero después estuvo muy valiente, rezando hasta morir. No consintió que influyeran los rojos en su favor para librarle de la muerte. Muy sereno preguntaba: «¿Me van a matar ya?» «No tengo otro delito que ser español de verdad, y católico». Murió con vivas a Cristo Rey y a España.

76. **Hueso Bondía, Santos.**

N. 10 septiembre 1893 en Caspe, padre franciscano, † a. 2 agosto 1936, en Mazarrón (Murcia).

Padres: Mariano Hueso Pedrós †.
Vicenta Bondía Vergara †.

Hermanas: Carmen †.
Josefa, n. 15 sept. 1897.
Pilar †.

El P. Santos había estudiado latín en la escuela de las PP. Franciscanos de Caspe. «Era de carácter jovial, franco y abierto; sencillo y virtuoso, era de agradable trato y conversación». Había to-

mado el hábito franciscano en el convento de Santa Catalina del Monte en Alberca (Murcia), de donde era guardián, cuando murió. Fué ordenado sacerdote en 17 de junio de 1916. Estaba entusiasmado de su vocación religiosa, y amaba con todo el corazón a Caspe, Aragón y España. Ejerció el ministerio sagrado en la huerta de Murcia, en Nicaragua y en otras residencias franciscanas de América Central, dependientes de la Comisaría de Guatemala. Publicó un buen número de poesías en «Espigas y Azucenas» (Cartagena) y en «El Serafín de Asís» (Guatemala). «A él le oí contar que, cuando era pequeño, se encendía en deseos de ser virgen y mártir, y aquí, siendo superior bueno y bondadoso de una santa casa consagrada a Santa Catalina, virgen y mártir, el Señor le ha concedido el deseo de su niñez». «La muerte le sorprendió en el cumplimiento de su deber pastoral, pues probablemente no se ausentó de Murcia por dejar colocados en casas de bienhechores a los jóvenes coristas, que tenía en su comunidad». (Así dice el actual padre guardián de Alberca). El P. Santos fué asesinado en la madrugada del 2 de agosto de 1936 con otros dos religiosos, cerca de Mazarrón.

77. Laplana Laguna, Cruz.

N. 3 mayo 1875 en Plan (Huesca), obispo de Cuenca, † a. 9 agosto 1936, en Cuenca.

Había sido cura ecónomo de Caspe, donde realizó actos heroicos de virtudes; en 1916 fué declarado hijo adoptivo de Caspe.

78. Lizano Guíu, José.

Sacerdote, maestro, licenciado en Derecho y en Filosofía y letras, S. C., TR., n. 8 febrero 1899, † a. 28 octubre 1936 entre once y doce de la noche, en el cementerio, abrazado con su hermano (79), en compañía de mosen Emilio Godina, de Maella, y de José Sancho (115).

Padres: Adolfo Lizano Peralta, n. 1872 †
Pilar Guíu Zaurín, n. 20 julio 1874.

Hermanos: María, n. 2 julio 1901.
Manuel, n. 27 enero 1905 (79).

Muy entusiasmado con la Causa, estuvo atendiendo a los heridos hasta la mañana del día de Santiago, en que huyó con su hermano y con Luna (80) hacia Maella, aunque el último los dejó en el camino. Estuvieron ocultos dos meses en el monte con mosen Emilio Godina; las familias Pastor y Godina les suministraban víveres y preparaban la fuga por Barcelona al extranjero. El día 20 de septiembre fueron cogidos presos y traídos a la cárcel de Caspe; antes les habían robado el dinero y los relojes. En el tribunal se defendió maravillosamente y defendió a su hermano y compañero. Hizo una apología del catolicismo y del sacerdocio; invocó a Dios, juez de la justicia eterna y padre de las misericordias; después expuso los sacrificios de su madre, viuda, con tres hijos; su propia vida, ocupada únicamente en los estudios y en el ministerio sacerdotal, dejando los libros y el altar sólo para hacer bien a todos sin distinción. «No niego mi condición de sacerdote, ni niego a Jesucristo, el Redentor de los hombres, ni al Padre celestial, ante cuyo tribunal habéis de comparecer vosotros, estando nosotros también presentes... Si mi vida de estu-

dios y sacrificios, si mi profesión y mi patriotismo y mi amor a Dios son un delito digno de la última pena, acepto con gusto la muerte y ofrezco a Dios mi vida por la salvación de España...» «Matadme a mí, que soy sacerdote, pero dejad a mi hermano para que cuide de mi madre y de mi hermana...» Poco antes de media noche los llevaron al cementerio. «¿Me dejan decir algunas palabras?» Y allí, en el camposanto, entre cruces y panteones, sobre sepulturas, predicó este santo y sabio sacerdote el más elocuente sermón de su carrera: «Ofrezco a Dios mi vida por España. Desde el cielo velaré por todos... Perdono de corazón a todos, hasta a los matadores... Pido a Dios Nuestro Señor que mi sangre caiga sobre Caspe, sobre España, sobre nuestros verdugos en forma de gracia y no de venganza...» Se dice que desde entonces aquellos milicianos no quisieron matar a nadie.

79. Lizano Guíu, Manuel.

(78)

Maestro, S. C., J. C., F. E. (jefe), † a. 28 octubre 1936, a media noche, en el cementerio, con su hermano y otros.

Estaba enfermo desde la edad de cuatro años con una úlcera escrofulosa en el pie izquierdo, calificada de incurable, de la cual sanó repentinamente por intercesión de la madre Ráfols. «Era un santo». Su hermano le decía: «Tú debías haber sido cura». Un mes antes del Movimiento recogió dinero y compró algunas pistolas. Sentía la Causa y el Movimiento Nacional como un gravísimo deber de conciencia. Hizo guardias sin descanso durante la semana heroica. En Caspe quedó encargado del servicio de Correos y comunicaciones. Le decían: «Si pierdes, te matarán los socialistas,

que te quieren muy mal». Respondía: «Pues ¿y qué? Ya tengo edad...» La gente decía: «Su madre y hermana los han matado». En la cárcel estaba muy afligido, pero murió gritando vivas a Cristo Rey y a España.

80. Luna Serrano, Enrique.

Comerciante, S. C., TR. (jefe local), n. 14 agosto 1901, † a. 27 julio 1936 por la noche, en la plaza de la Virgen, con Agustín Cirac (55), el párroco de Chiprana y el secretario de Maella.

C. con Basilisa Sauras Bonías, n. 5 mayo 1905.

Hijos: Enrique †.
Pilar, n. 15 enero 1932.
Concepción, n. 14 marzo 1933.
María Margarita, n. 6 agosto 1936 †.

Muy entusiasmado con la Causa, estaba en inteligencia con el capitán desde antes de las elecciones de febrero. Durante la semana heroica fué infatigable, haciendo armas sin descanso. Estuvo muy valiente en el combate; el día de Santiago, acabados todos los medios de defensa, marchó hacia Maella; ; fué detenido el 27 de julio a las siete de la tarde; tres horas después expiraba. Se había confesado con el cura de Chiprana. «Yo muero a gusto porque sé que hay un Dios... Despedidme de mi mujer y dad un beso a mi hija Conchita... Yo me voy al otro mundo, y pediré que nada les falte». Uno de los milicianos encargados de matarles decía: «Han muerto muy buenos hombres... Han muerto muchos santos... Hace unos días mataron a unos que eran santos... Yo no tuve valor para matarlos...» Después de estos fusi-

lamientos corrían las gentes y los milicianos asustados de una parte a otra. «¡Qué noche aquélla!», decían aterrorizados y conmovidos.

81. Magallón Llangostera, Pío.

Hotelero, F. E., n. 4 junio 1891, † a. 4 agosto 1936, camino del cementerio.

Padres: Pío Magallón †.
Ramona Llangostera.

C. con Carmen Lorén Baile.

Muy entusiasmado con la Causa, se puso a disposición del capitán con todo su poder. Su hotel fué cuartel, fortín y hospital. Hizo guardias y, después de la entrada de los rojos, se ocultó en su casa hasta el día de Santo Domingo. Más de treinta milicianos con fusiles se metieron en la habitación, mientras otros muchos y la chusma aguardaban fuera con gritos amenazadores. Al verse perdido se despidió de sus sobrinos: «Ya me han cogido... A ser buenos, a obedecer a vuestra madre y a vuestra tía; que a mí me van a matar». Con la cabeza levantada y con mucha entereza se presentó a los milicianos. Como antes había sido republicano, y luego desengañado, por patriotismo, se hizo de derechas, era muy odiado por la chusma. Le cortaron las orejas, lo maltrataron mucho, le pinchaban, le daban empujones y garrotazos. «Bastante hacéis... ¡tanta fiera contra un cordero!... ¡Uno a uno!...» Lo subieron al salón del Ayuntamiento y lo sacaron al balcón, mientras la chusma vociferaba abajo. Después, maltratado, desfigurado y encogido de miembros por los trancazos, fué conducido entre la gritería de la chusma camino del cementerio, y antes de llegar allí, acabaron de matarle.

82. Marco Oro, Urbano.

Cura párroco de Caspe, S. C., n. 25 mayo 1883, † a. 11 agosto 1936, a media noche, en el cementerio, con Fontané (59)

Padres: Pablo Marco Latorre, n. 12 febrero 1841 †.
Rafaela Miguela Oro Abad, n. 8 mayo 1842 †.

Hermanos: Emerenciana y siete hermanos más.

Dios nuestro Señor lo había traído a Caspe unos meses antes del Movimiento, para premiar sus virtudes con el martirio. Manifestó su celo por la casa de Dios, limpiando como un cáliz de oro bruñido, la iglesia parroquial y cuidando siempre de su mayor esplendor. «El templo y el culto deben ser por todos conceptos dignos de la Majestad Divina»: tal fué su divisa en todas las parroquias, donde ejerció la cura de almas. Se puso a disposición del capitán en servicio de Dios y de la Patria. Desde el día de Santiago estuvo oculto en su casa; los rojos descubrieron el escondite y obligaron a su sobrina a tirarle de la pierna, para sacarle de allí. En su casa encontraron retratos de otros sacerdotes que clavaron en las bayonetas; por la calle se encontró un retrato de él todo picado de agujas. Además golpearon con las bayonetas una placa del Corazón de Jesús y rompieron y patearon un crucifijo de plata de doña Vicenta Villanova. De su casa, llevaron a mosén Urbano al Comité de guerra, que estaba en la estación; luego al río para hacerle sufrir, y por fin a la cárcel. Iba por las calles en medio de un piquete de milicianos con fusiles, entre la gritería y los tormentos de la chusma; le apedreaban, le punzaban, le pegaban con una horca; las mujeres le abofeteaban y se mofaban. En la cárcel estuvo

rezando hasta que se lo llevaron para asesinarlo. En el cementerio, estando delante de los milicianos, sacó un crucifijo y lo besó. Así murió. El P. Bernardo de la Cruz, C. D. de Zaragoza, que conocía a fondo a mosen Urbano, escribe sobre sus virtudes lo siguiente:

«Sacerdote dotado por Dios de verdadera vocación y espíritu sacerdotal, el que ejerció durante toda su vida parroquial con el celo y diligencia tan características en él. Corazón generoso y desprendido; en él cabía en toda su amplitud la caridad, como norma de sus acciones todas, lo mismo en sus trabajos cotidianos, que en las comisiones difíciles, que desempeñó por indicación de sus superiores. Jamás se excusó del trabajo, y no miró este sino como obligación sagrada de su ministerio. Luchó como buen soldado de Cristo, y amado de Dios y de los hombres, puede decirse de él que fué el siervo bueno y fiel del Evangelio. Su gran corazón era víctima del dolor, al ver la desolación de la vida cristiana en las parroquias. No es extraño que muriera en manos de sus verdugos confesando a gritos su amor y fe en Cristo Rey».

83. **Marrufo Domingo, José.**

N. 23 enero 1885, G. C., † a. 25 agosto 1936, a las seis de la tarde, en el cementerio de La Almolda, con Pardo (96).
C. con Guadalupe Latre Cortés, n. 26 febrero 1889.
Hijos: Pilar, n. 20 febrero 1912.
Antonia Ofelia, n. 7 abril 1914.
Antonio, n. 3 septiembre 1921: requeté voluntario en el frente desde 1936.
Josefa, n. 4 julio 1925.

José Marrujo era muy piadoso, fiel cumplidor de sus deberes, lector constante de «El Noticiero» y entusiasta de la Causa Nacional. Cuando fué asesinado Calvo Sotelo, decía: «¡Ay, qué ruina más grande tenemos encima!... Pero Dios salvará a España». En Caspe resistió con el fusil el día de Santiago hasta que se quedó sin municiones. Al ver a los guardias civiles de Lérida con los rojos, dijo: «¿Pero es posible que vayan los nuestros con estos hombres?» Sabía que los rojos le matarían, pero no perdía el buen humor y animaba a su mujer e hijos, diciéndoles siempre: «Tened confianza en Dios». Pasó la última noche de su vida en conversación con un sacerdote fugitivo. Llevados Marrufo y Pardo a La Almolda, fueron los dos fuertemente maniatados con cables y paseados tres veces alrededor del pueblo, pero no pudiendo terminar la tercera vuelta, porque estaban agotados por los sufrimientos, fueron conducidos delante de las tapias del cementerio, donde los asesinaron. Las últimas palabras de Marrufo fueron un recuerdo para su mujer y para sus hijos y una oración para Dios.

84 **Martínez Larraz, José Luis.**

N. 24 febrero 1918, TR., estudiante, † 25 julio 1936 en el combate.
Padres: Santiago
María de la Concepción.
Hermanos: Santiago.
María de la Concepción.
María.
María del Pilar.

José Luis era estudiante de Ciencias y hacía el preparatorio para la Academia Militar. El año 1931 se alistó en el Requeté de Zaragoza; al estallar el Movi-

miento Nacional, se presentó voluntario en una Falange, y salió entusiasmado para defender a Caspe contra las hordas catalanas. Henchido de fervor religioso y de patriotismo, llegó a Caspe, junto a los sifones de la carretera de Chiprana, cerca de la Balsa; allí cayó herido en el pecho, se llevó la mano a la herida y cayó diciendo: «¡Ay, Virgen del Pilar!»

85. Miravete Marraco, Javier.

Abogado, S. C., A. P., n. 6 enero 1908, † a. 16 agosto 1936 en el cementerio.
Padres: José Miravete Samper †.
Julia Marraco Urioste †.
Hermanas: Josefina, n. 1902.
Carmen, n. 1904.
Pilar, n. 1906.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas toda la semana sin descanso y tomó parte en el combate. Estuvo oculto desde el día de Santiago en una casa hasta que lo delató un caspolino. Se había confesado y decía: «¡Qué tranquilo estoy!... Ya estoy contento y tranquilo, porque me he confesado... Moriré tranquilo por la Patria». Expiró dando vivas a Cristo Rey y a España.

86. Molina Jordán, Manuel.

Labrador, S. C., A. P., TR., n. 8 marzo 1888, † a. 21 febrero 1937, con su suegro Antonio Cebrián (31).
C. con María Cebrián Cirac (31).
Hijos: Raimunda, n. 17 marzo 1931.
María, n. 10 marzo 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y patrulló con una estral, porque no había otras armas. Era muy honrado, muy buen cristiano y fervoroso partidario

de Gil Robles. Fué cogido preso el día 27 de julio, pero lo pusieron en libertad los del pueblo. Por fin, al querer llevárselo para el trágico «paseo», lo fusilaron cerca de su casa.

87. Molina Muniente, Mariano.

Labrador, S. C., A. P., TR., n. 19 diciembre 1901, † a. 26 julo 1936, a lasi ocho y media de la mañana, en la calle del Hospital Viejo, con otros compañeros.
C. con Concepción Cebrián Cirac (31).
Hijo: Mariano, n. 28 febrero 1927.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas y estuvo muy valiente hasta la muerte. Era muy idealista, honrado, buen cristiano y gran patriota. Decía a su mujer: «Morir por morir, morir defendiéndonos... Ya tienes el hijo criado y a tus padres... ¡Venga lo que Dios quiera! No quiero en ningún caso ser cobarde». Fué a la defensa de Maella y estuvo muy valiente en el combate del día 24. «Antes morir que se nos traguen estos lobos... Hombre que se esconde, es un cobarde, y yo no quiero serlo, que no lo he sido nunca». El día de Santiago fué detenido. Antes de morir se puso la chaqueta por la cabeza y dijo: «Que me maten, pero no quiero ver morir a mis amigos... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!...»

88 Monserrat Garde, Bernardino.

Escribiente del Juzgado, S. C., J. C., F. E., n. 21 abril 1916, † a. 25 julio 1936, en el cementerio con los Albesa (5, 6).
Padres: Francisco Monserrat Sanz.
Amparo Garde, † 1923.
Hermanos: Gregoria, n. 16 julio 1921.
José.
Francisco.

Muy entusiasmado con la Causa Nacional, hizo armas desde el primer día sin descanso. En la visita del señor arzobispo, hizo también servicio de guardia, para mantener el orden. Cuando murió Calvo Sotelo decía: «Esto no se puede consentir... Hemos de ir a la calle y caiga el que caiga. Venga lo que Dios quiera». Estaba entusiasmadísimo con la Acción Católica; cuando entraron los rojos, tenía empezado en la máquina de escribir un artículo sobre la bendición de la bandera de la J. C. de Alcañiz, que se llevaron los rojos. Su tía Trinidad le puso un escapulario de la Virgen del Carmen a él y otro a Indalecio Sancho (114), en los momentos decisivos sobre Caspe, y les dijo: «¡Ala!, hijos míos, sed valientes y, si os matan, pensad que os matan por Dios y por España». A las personas piadosas solía Bernardino pedir oraciones: «Pidan a la Virgen del Pilar que nos salve». Todos dicen cuando hablan de él: «Era un santo...» Fué preso el día de Santiago y dijo a su abuelo abrazándolo: «Abuelo, no pase pena, que a ustedes no les va a pasar nada... Yo me voy al cielo a rogar por ustedes...» Murió cantando estos versos del himno nacional de la J. C.:

«Ser apóstol o mártir acaso
mis banderas me enseñan a ser...
Ser apóstol o mártir acaso...

89. **Montañés Asensio, Mariano.**

Herrero, con Bayo (17), S. C., J. C., TR., n. mayo 1912, † a. 26 julio 1936 por la mañana, en Monserrat.

Padres: Pedro Montañés.
Agustina Asensio.

Muy entusiasta de la Causa, hizo armas sin descanso toda la semana heroica. Fué

de la escolta del capitán, a quien acompañó a Zaragoza y Maella. Estuvo muy valiente en el combate. Era muy piadoso, muy laborioso y gran patriota. En la visita del señor arzobispo hizo guardias para asegurar el orden. Fué detenido el día de Santiago; cuando iban a fusilarlo, le mandaban que diera vivas a la FAI, y él respondió: «No os empeñéis, que no lo diré... Aunque lo dijera, me mataríais, pero yo sólo puedo decir: ¡Viva España y Viva Cristo Rey!»

90. **Morillo Sánchez, Rafael.**

Cabo G. C., n. 1901?, † 24 julio 1936, en el combate.
C., dos hijos.

91. **Nebreda, José.**

G. C., † 24 julio 1936 en el combate.
C. con Isabel Gómez.
Hijos: Adelino,
Tomás, sargento E.
Julián.
Pilar.
Pablo.

92. **Nieto Casals, Mariano.**

N. 1901?, G. C., † 24 julio de 1936, en el combate.
C., dos hijos.

93. **Negrete Rabella, José.**

N. 23 julio 1895. † el día 24 de 1936, en el combate: capitán G. C.

C. con María de la Concepción Figuerola Busquets, n. 7 mayo 1904.

El capitán Negrete fué el alma del Movimiento Nacional en Caspe; había sido muy perseguido por los gobiernos repu-

blicanos y por la Generalidad catalana. Era un gran patriota, muy valiente y muy fervoroso cristiano. No descansó, únicamente comió bocadillos y bebió agua en la semana heroica. En sus arengas se refería al Sagrado Corazón, a la Virgen del Pilar, a la Patria y al espíritu; por ellos pedía disciplina y valor en el cumplimiento del deber. Llevaba una medalla de la Purísima Concepción; otra de la Santísima Virgen del Pilar, que los rojos arrancaron a su cadáver; terminaba sus arengas con vivas a España y a la Virgen del Pilar. Bajando por el Coso en la mañana del día 24 para rechazar a los invasores, fué herido por la espalda, al parecer desde una casa donde había izquierdistas parapetados. Su cadáver, que no ardió ni después de rociado con bencina, fué sepultado al día siguiente en el cementerio. Nunca salía de casa sin santiguarse. Cuando iba a dejar por última vez su casa, le dijo su esposa: «Mira, José, que tienes mujer y padres». El capitán respondió: «Llevando uniforme, sólo tengo Dios y España...» La esposa del capitán, que estaba enferma fué detenida, maltratada, conducida a Cataluña y cruelmente perseguida.

94. **Pallás Giraldos, Jenaro.**

Maestro, S. C., TR., n. 7 enero 1894, † a. 26 julio 1936 por la mañana en el Hospital de Lérida.

C. con Cinta Monserrat Albareda, n. 30 noviembre 1896.

Hijo: Jenaro, n. 24 agosto 1921.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas desde el principio, estando ya mucho antes a las órdenes del capitán. Era muy honrado, buen cristiano y gran patriota, como requeté veterano. Sentía el

tradicionalismo español con todo el corazón y, desde el año 1931, creyó siempre que vendría una guerra de los patriotas, para salvar a la España tradicional e histórica. Repetía también con frecuencia, que él marcharía a Navarra con su hijo, el cual sería corneta de requetés. Comprendía el patriotismo como un deber piadoso emanado de la religión. Mientras duró el combate del día 24 no descansó; el día de Santiago resistió mientras tuvo municiones. Al entrar los rojos en Caspe, le hirieron gravemente y se lo llevaron a Lérida; pero, porque no era de ellos, no lo quisieron curar, de manera que se fué desangrando. En el hospital de Lérida vió a un grupo de caspolinos prisioneros y les dijo repetidas veces: «Dadme agua...» Pero los rojos no consintieron que nadie se le acercara con un sorbo de agua para refrescar sus labios y boca devorados por el calor del estío, por la fiebre y por el desangramiento que sufría. Y con las angustias de la agonía, hasta que su alma voló al cielo, repitió muchas veces estas palabras de caridad: «Dadme agua, que muero por Dios y por la Patria... Piera, por nuestra religión, dame agua...»

95. **Panillo Costa, José.**

N. 22 febrero 1905, labrador, S. C., TR., † 14 febrero 1939. en el hospital de Santa Cruz de Vich.

Padres: Lamberto Panillo Cortés, n. 24 junio 1866.
Tomasa Costa Reblé, n. 7 marzo 1870.

Hermana: Francisca.

Estaba entusiasmado con la Causa Nacional e hizo armas en defensa de Caspe. Por este motivo fué encarcelado y el

13 de marzo de 1938 trasladado de la cárcel de Caspe a Cataluña, donde fué muy maltratado. Cayó enfermo y estando en el hospital decía en medio del delirio: «¡Ya vienen los míos!... ¡La Virgen del Pilar!... ¡Madre Ráfols!... ¡Ya están aquí!... ¡Viva la Virgen del Pilar!»

96. **Pardo Guíu, Antonio.**

Estudiante de derecho, S. C., F. E., n. 20 octubre 1915, † a. 28 agosto 1936, en La Almolda, con el guardia civil Marrufo (83).

Padres: Valentín Pardo Garcés, n. 14 febrero 1884.
Agustina Guíu Guíu, n. 12 enero 1883.

Hermano: Martín, n. 5 octubre 1913, (97)

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias, estuvo en servicio continuo sin descanso; fué muy valiente en el combate, después del cual decía a su madre: «Estoy aquí de milagro; la Virgen del Carmen me ha salvado... Madre, yo siempre seré y quiero morir católico». Llevaba siempre el escapulario de la Virgen. El día 22 de julio hizo registros con el guardia Marrufo en Bujaraloz y La Almolda, de donde trajeron a Caspe catorce pistolas y muchas escopetas. Fué cogido preso, pero Durruti y Ascaso lo pusieron en libertad y fué sólo castigado a trabajar. El tabernero sangriento de «los *Argados*», dijo en Bujaraloz, que Pardo vivía aún. Después de su muerte se jactaba diciendo: «Ya he salido con mi intento; me he cargado a Pardo«. Un día se lo llevaron con el guardia civil a Bujaraloz y de allí a La Almolda. Cuando llegaron, oyeron que el pregonero convocaba al pueblo, para asistir al fusilamiento

de los dos que eran traídos de Caspe en aquel momento. El pueblo en masa acudió al espectáculo. Pardo dijo: «Un beso para mi madre... ¡Viva la Virgen del Pilar!... ¡Viva España!...» Unos cuarenta fusiles dispararon dos veces contra las dos víctimas junto a las tapias del cementerio.

97. **Pardo Guíu, Martín.**

(96)

Labrador, S. C., A. P., † a. por los mismos del pueblo en Higuera de la Serena (Badajoz), el 15 de diciembre de 1937 y le decían: «En nuestro pueblo te has salvado; aquí no te salvarás»; y lo enterraron en una roca.

98. **Pellicer Aznar, Manuel.**

N. 6 junio 1888, comerciante, S. C., A. P., † 29 enero 1939 en el seminario de Santa María de Colell (Gerona).

C. con María Catalán Arpal, n. 28 agosto 1895.

Hijos: María Teresa, n. 13 dic. 1911.
Carmen, n. 11 mayo 1915.
Manuel, n. 17 octubre 1926.

Hizo armas en defensa de Caspe. Fué encarcelado y procesado, y el 13 de marzo de 1938 evacuado forzosamente a Cataluña con los otros presos. En la prisión y en los campamentos de trabajo fué cruelmente maltratado por los rojos; cayó enfermo y murió abandonado de hambre y de frío.

99. **Pellicer Catalán, Pascual.**

N. 11 noviembre 1906, alférez de amelladoras del regimiento de Gerona 18, † a. 16 diciembre 1937 en el Campillo (Teruel).

C. con Carmen Bel.

Salió voluntario al frente apenas estalló el Movimiento Nacional. Era muy patriota y muy piadoso. Su ideal eran Dios y España; tenía conciencia de que luchaba por una causa santa. En la posición rezaba el rosario ordinariamente varias veces en el día con sus soldados. Traicionado y abandonado, se quedó en la posición con ocho soldados, defendiéndose mientras tuvieron municiones. Cogido prisionero con sus leales, fué martirizado por los rojos, que lo desnudaron, lo azotaron, le rompieron un pie y, por fin, lo fusilaron. Antes de morir rezó el rosario en alta voz. Sus últimas palabras fueron: «¡Arriba España!».

100. **Peña Yagüe, Francisco.**

G. C. N. 2 abril 1895, † en el combate del puente del Ebro, 24 julio 1936.

C. con Agustina López López, n. 15 de febrero de 1896.

Hijos: José, n. 18 julio 1923.
Pilar, n. 23 agosto 1925.
Francisco, n. 15 julio 1928.

«Cuanto se diga en alabanza de la piedad y del patriotismo heroico de Peña es poco en relación con sus méritos.» (Varios testigos.)

101. **Piazuelo Guallar, José.**

N. 9 febrero 1920, labrador, soldado, S. C., F. E., † 21 nov. 1938, en Serós, frente del Segre.

Padres: Martín Piazuelo Baile.
María Guallar García †.

Hermanos: Bernardo.
Martín.

Era un muchacho angelical, muy cristiano y muy laborioso. Al llegar a su destino, en el frente del Segre, pocos días antes de morir, escribió a su padre estas palabras: «Nunca he sentido tan vivamente la fe como en el rosario de la aurora el día de la Virgen del Pilar en Zaragoza, después de haber comulgado... Al despedirme de la Virgen, para venir al frente, se me añudó el corazón y lloré de emoción». Su padre le escribió en 5 de noviembre lo siguiente: «Recibimos la tuya, por la que vemos entristecidos dónde te hallas, pero a la vez satisfechos, porque ocupas tu puesto de honor cara a los bandidos y asesinos de nuestro pueblo y de España, para exterminarlos y vengar así la muerte de tantos hombres buenos, y entre ellos tu tío Bayo, y también para dejar para siempre bien sentada la honrosa Tradición Española. Todo esto se consigue sabiendo sufrir las peripecias que lleva consigo la guerra, y ser obediente a los mandos, sin ningún miedo, porque el hombre cobarde es el primero que cae en la batalla; en fin, es decirte, que sepas ser soldado de España, como yo lo fuí, y lo mismo que a mí me salvó la Virgen del Pilar en la guerra de Africa, y en el asedio rojo en Caspe, también a ti te salvará de todos los peligros, si le rezas con verdadera fe cristiana, como así lo harás». A estos pensamientos de su padre respondió José

con las siguientes líneas en carta fechada en 15 de noviembre, seis días antes de su muerte: «No hay por qué apurarse, porque lo mismo que yo son muchos los españoles que hay (*en el frente*), y además estamos con los nuestros. Lo que sentía yo era tener que ir a luchar con los rojos (*en su compañía y en su favor*). Dios nos dió la suerte de poder salir de ellos; pues también confío en El, que me dará suerte para poder resistir la guerra».

102. **Piazuelo Timoneda, Manuel.**

Labrador, S. C., A. P., TR., n. 27 enero 1918, † a. 26 julio 1936 por la mañana, en la calle del Hospital Viejo, con Borraz (23) Molina (87) y otros compañeros.

Padres: Cristóbal Piazuelo Mustieles, n. 24 agosto 1890.
Vicenta Timoneda Bonastre, n. 17 enero 1894.

Hermanos: Francisca, n. 12 enero 1920.
Cristóbal, n. 10 junio 1926.

El y su padre estaban muy entusiasmados con la Causa; los dos hicieron armas y trabajaron cuanto pudieron. Manuel decía en casa durante la semana heroica: «Si todos nos retiráramos a casa, entonces se quedarían ellos amos, para hacer lo que quisieran... A mí me matarán, pero no triunfarán». El día de Santiago fué cogido preso en casa del comandante Guíu Guiral, de quien sus padres eran muy amigos; su madre quiso abrazarlo, pero un miliciano le dijo a ella: «Haz el favor de echarte hacia atrás; si no, te voy a meter media arroba de balas en el cuerpo». Después de pasar el día y la noche de agonía en el Ayuntamiento, por la mañana, cuando lo sacaron, vió correr la sangre de los fusilados y dijo: «¡Ay!... No poder hablar con mi madre dos palabras...» En la calle del Hospital Viejo se abrazaron Piazuelo, Borraz y Molina, que murieron dando vivas a España, a Cristo Rey y a la Virgen del Pilar.

103. **Piazuelo Vallespí, Manuel.**

Labrador, S. C., A. P., TR., n. 25 diciembre 1902, † 24 julio en el combate, con Aguilar (1) y un guardia civil.

C. con Manuela Anós París, n. 17 noviembre 1910.

Hijo: Cándido, n. 5 agosto 1935.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias y se ofreció con todo lo que pudiera en servicio de Dios y de la Patria. Con las mulas fué a llevar maderos, para obstruir el puente del Ebro. Había ido con los camiones a la defensa de Maella, pero, al volver de allí, cayó herido por la aviación roja en un pie. Cuando iban al hospital, fué muerto en las Peñetas. Era muy honrado, buen cristiano y gran patriota; salió a defender a España, porque en su conciencia se creyó obligado, y así, con el deber cumplido, murió contento y satisfecho.

104. **Piera Caballé, Emilio.**

Vaquero, F. E., n. 4 abril 1894, † a. 31 julio 1936, a las cuatro de la tarde, «cara al sol», en el cementerio.
C. con Joaquina Gavín Guíu, n. 23 octubre 1901.
Hija: Carmen, n. 27 abril 1932.
Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas y cumplió su deber de patriota como el primero, a pesar de que antes había sido izquierdista. Antes de las elecciones de febrero decía estas y semejantes

razones: «Ahora no es como antes... Ahora es por la justicia, la familia y la religión... Seguro, seguro, que no tardarán mucho a matarnos a la mitad de España, si ganan y si pierden... Que nos van a matar». Como era tan sincero, sus palabras expresaban claramente sus pensamientos y los sentimientos de su corazón. El día de Santiago marchó en dirección a Maella, pero después volvió y lo cogieron preso. «¡Cobardes! ¡Tantos contra uno!... Si me dieran un arma...» En el cementerio, fué a despedirse de las sepulturas de su padre y de su hermano, rezando en ellas. «Dejadme dar un beso a mi hija...» «Te vamos a enterrar vivo». «No; os pido que me matéis». «¿Cómo quieres, por delante o por detrás?» «Por donde queráis, es lo mismo... ¡Arriba España! ¡Viva el fascio!...»

105. **Piera Jover, Leoncio.**

Escribiente, S. C., A. P., n. 13 enero 1891, † 1 agosto 1936 en el hospital de Reus.

C. con Esperanza Albiac Vicente, n. 18 diciembre 1886.

Hijos: Santiago, n. 8 marzo 1914.
Manuel, n. 16 julio 1918.
Leoncio, n. 29 abril 1921.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo armas y fué en los camiones a la defensa de Maella, a pesar de que no tenía armas de fuego. Perdido el pueblo, se escondió en una torre de Percuñar, hasta que lo delataron. Fueron a buscarle y él cerró la puerta por dentro. Los milicianos decían: «Aquí hay un fascista y lo vamos a quemar vivo». Estaba comiendo y, asustado ante la perspectiva de arder vivo, se clavó en el cuello una navajita,

con la cual cortaba el pan. Abrieron los milicianos, lo hallaron herido, le retorcieron el cuello y lo torearon en la era. Luego decían: «Dejadlo aquí, que no curará y se morirá; que padezca más». Después marchó él por su pie camino adelante hacia el pueblo, pero lo cogieron los milicianos y lo llevaron al hospital, luego lo trasladaron a Reus y decían: «No lo curéis, que no es nuestro... ¡Es un cura!...» Y todos creyeron que era un sacerdote, de manera que hasta Companys y otros jefes rojos pasaron por delante de su cama, para ver al «cura herido». La enfermera, una monjita vestida de seglar, dijo: «Han dicho los enfermeros que era un sacerdote». El enfermo rezaba y repetía con el corazón, moviendo los ojos y los labios, las jaculatorias que su mujer y la hermana enfermera le sugerían. Murió besando el escapulario de la Virgen del Carmen.

106. **Piera Jover, Manuel.**

Administrador de sus fincas, S. C., A. P., n. 7 septiembre 1878, † a. 25 julio 1936 en su misma casa.

C. con Pilar Olaso Pascual, n. 4 octubre 1888.

Hijas: Cinta, n. 3 septiembre 1920.
Asunción, n. 23 marzo 1922 †.

Muy entusiasmado por la Causa, hizo guardias y se ofreció para todo. Era un hombre muy honrado, ferviente católico y gran patriota. Ya el año 1931 se había dado cuenta del peligro que corría España y con su mujer y sus hijas trabajó activamente sin reposo en la propaganda de Acción Católica y Acción Popular. Por eso era muy odiado por todos los izquierdistas. Cuando los milicianos se adueñaron de Caspe, fué en seguida un

piquete con fusiles, acompañado de una gran multitud de caspolinos, para registrar en su casa, donde lo encontraron. La chusma gritaba: «¡Que lo maten!... ¡Que lo maten!... ¡A quemarles la casa!... ¡Quemadlos vivos!...» Algunos mozalbetes les apuntaban con pistolas y querían matar a toda la familia. Sonaron unos disparos de en medio de los asaltantes y cayó el padre sangrando y diciendo: «¡Dios mío!... ¡Dios mío!...»

107. **Poblador Fontova, Felipe.**

N. 3 mayo 1912, labrador, S. C., † a. en el frente por los rojos «por fascista».

C. con Amalia Villalba Poblador, n. 4 mayo 1915.

Hija: Ofelia, n. diciembre 1936.

Cuando fué obligado a ingresar con su quinta en las filas rojas, abandonó su hogar con la intención de pasarse a las tropas nacionales en la primera ocasión. Estando en el frente rojo, aprovechó un momento favorable y se pasó a unas trincheras, que él creyó nacionales, presentándose en ellas con vivas entusiastas a España; pero como aquellas trincheras eran también de los rojos, fué apresado como «fascista desertor» y luego cruelmente martirizado y fusilado.

108 **Preciados Rodríguez, Felipe.**

N. 1916?, G. C., † a. 15 agosto 1936, en Maella, con Arrufat (10).

Estaba muy entusiasmado con la Causa Nacional; fué muy valiente y permaneció muy sereno hasta la muerte. «No llore, no llore... Comunique a la familia que nos han matado... Nosotros morimos por la Patria»...

109. **Recio Revuelto, Manuel.**

N. 10 enero 1895, comerciante, S. C., A. P., TR., † 3 diciembre 1938 en Barcelona, en la cárcel de la calle de Aragón. C. con Vicenta Fuster Arpal, n. 18 junio 1900.

Hijos: Manuel, n. 11 octubre 1923.
Milagros, n. 17 octubre 1925.
Vicente, n. 1 enero 1928.
Victoria, n. 9 enero 1930.

Hizo armas en defensa de Caspe y fué herido en la lucha. Estaba entusiasmado con la Causa Nacional. Fué encarcelado y procesado y en 13 de marzo de 1938 trasladado de la cárcel de Caspe a Cataluña. En la prisión sufrió muy malos tratamientos, hambre, desnudez y miseria, por lo cual enfermó y murió en la cárcel de la calle de Aragón en Barcelona.

110. **Ralfas Serrate, José.**

Labrador, S. C., TR., n. 19 febrero 1898, † a. 26 julio 1936, a las diez de la mañana, en la calle del Hospital Viejo.

Padres: José Ralfas Guíu, n. 19 marzo 1864.
Catalina Serrate Giménez, n. 16 febrero 1873.
(Los dos fueron llevados violentamente por los rojos a Cataluña con sus nietos Pilar y José).

Hermanos: Carmen, n. 22 dic. 1897.
Agustina, n. 28 dic. 1904.
Luis, n. 14 enero 1901.

Los dos hermanos José y Luis estaban muy entusiasmados con la Causa, los dos fueron a Maella, Luis con un fusil y José con una escopeta, para defender el pueblo

contra los rojos del lugar y las columnas de Cataluña. José hizo guardia los días 22 y 23. A las tres de la tarde del día de Santiago fué preso; hasta media noche estuvo tranquilo, pero después de tantos sufrimientos y oyendo los gritos de la chusma se descorazonó. Cayó muerto antes de dispararle entre montones de cadáveres y charcos de sangre. «Era un santo y un alma inocente». Toda la familia es muy honrada, laboriosa, ferviente, católica y patriótica; ha sido muy perseguida y ha sufrido mucho por Dios y por la Patria. «En vez de los hijos debíamos matar al padre, que es el que los ha envenenado». Así decían los rojos.

111. **Riva Barreras, Mariano.**

Abogado, secretario del Ayuntamiento, S. C., F. E., n. 4 enero 1888, † a. agosto 1936 a cien pasos del cementerio, en una cantera de piedra.

C. con María Castán Zuloaga, n. 1888, † a. con su marido.

Hijo: José n. 10 abril 1917.

El padre de don Mariano fué un veterano de la guerra carlista; de abolengo venía a esta gloriosa familia el patriotismo y la piedad, en los cuales se educaron y vivieron. Don Mariano, doña María y su hijo don José serán siempre recordados como héroes de la Patria; los padres, además como mártires de la religión.

Doña María fué jefe de la sección femenina de F. E.; don José era el jefe de Milicias. Los tres sirvieron a la Causa con entusiasmo y con todas sus fuerzas. Don Mariano cayó herido de un balazo en el pecho durante el combate del día 24. Los enemigos odiaban especialmente a la madre, porque era muy fervorosa

católica. Cuando los rojos tomaron a Caspe, estaba don Mariano herido en la cama y le pusieron guardia de milicianos en la puerta de la calle, en la del piso y, en la cabecera de la cama. Un día, cuando estaba mejor de la herida, les dijeron los milicianos a él y a su señora, que se prepararan para hacer un viaje a Barcelona, porque los querían llevar a un sanatorio; se los llevaron al atardecer en un auto. Cerca del cementerio, les obligaron a salir de él. «Que es un atraco, Mariano....» «No hay más remedio, María... Nos toca a nosotros...» «¡Cobardes!... Desde el otro mundo os pediré estrecha cuenta de los crímenes que habéis cometido...» ¡Dios mío, perdón!» Y murieron los dos abrazados. Su hijo, el valiente organizador de F. E. en Caspe y en los pueblos de su contorno, fué, a pesar de sus pocos años, uno de los más bravos defensores de la ciudad, mereciendo figurar en el cuadro de honor al lado de los héroes capitán Negrete y tenientes Castro y Gros. Después de haber podido llegar a Zaragoza, tomó parte en la guerra en varios frentes, y por fin fué herido en el frente de Teruel, siéndole amputada la pierna derecha. Don José Riva, alférez provisional y Caballero Mutilado de la Guerra por la Patria, es por su patriotismo digno hijo de su padre y de su madre, héroes y mártires de España.

112. **Ros Albiac, Rafael.**

(pág. 197 y sigs.)

N. 18 sept. 1918, J. C., estudiante, soldado, † 24 mayo 1938 en Ager (Lérida), frente del Segre.

Padres: Manuel Ros Roc.
Isabel Albiac Vicente †.

Hermana: Isabel.

113. **Sabanza Anés, Antonio.**

N. 9 octubre 1917, labrador, soldado, † 9 noviembre 1938 en el frente del Segre.
Padres: José Sabanza Cortés, n. 13 septiembre 1882.
Manuela Anés Centol, n. 1 junio 1887.
Hermanos: José.
Zacarías.
Vicente.
Carmen.

114. **Sancho Buenacasa, Indalecio.**

Chocolatero, J. C., TR., soldado, n. 11 julio 1911, † a. 26 julio 1936 por la mañana en la calle del Hospital Viejo.

Padres: Isidro Sancho.
Dolores Buenacasa.

Estaba muy entusiasmado con la Causa y se puso ya el día 18 a la disposición del capitán, vistiendo el uniforme de soldado, pues se encontraba con permiso en Caspe. En Madrid, donde cumplía el servicio militar, asistía a los círculos de la Juventud Católica, ayudaba a misa y comulgaba siempre que podía. Era muy entusiasta de la Acción Católica y tarareaba con gusto el himno de la Juventud, sobre todo los versos

«ser apóstol o mártir acaso
mis banderas me enseñan a ser».

Sentía el patriotismo en sentido tradicional y cristiano, se portó muy valientemente durante toda la semana y, sobre todo, en el combate. Su patriotismo y sus virtudes son tanto más dignas de admiración, cuanto más hostil fué el ambiente que le rodeaba en su familia. La gente dice de él: «Era muy bueno...» «Era un santo». Murió con sus amigos dando vivas a España y a Cristo Rey.

115. **Sancho Guíu, José.**

Estudiante de 5.º año del bachillerato, J. C. (tesorero), TR., n. 22 agosto 1920, † a. 28 octubre 1936 a media noche en el cementerio, con Lizano (78 y 79).

Padres: Benito Sancho Rivera, n. 19 marzo 1893 †.
Carmen Guíu Pardo (70).

Hermanas: Pilar, n. 30 junio 1922.
Carmen, n. 31 dic. 1924.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias sin descanso desde el primer momento. Era muy bueno, muy laborioso, entusiasta de la Acción Católica, y gran patriota. Cuando el señor arzobispo visitó a Caspe, hizo guardias para mantener el orden. Escribía artículos en revistas, para propagar las doctrinas sociales de la Iglesia, y era un propagandista incansable de las ideas católicas. Un mes antes del Movimiento Nacional escribió un artículo desarrollando el siguiente pensamiento: el único camino que conduce a la paz, a la justicia social y a la felicidad fraternal entre los hombres, es el que los Papas nos señalan en las encíclicas. «La sociedad se se halla dividida en dos bandos, las clases sociales se hallan dispuestas a despedazarse; hace falta mucha caridad cristiana, mucho bálsamo, para los corazones ulcerados de los obreros». Cuando se perdió Caspe, huyó a Alcañiz, pero volvió otra vez, porque se le partía el corazón pensando en su madre. Estuvo oculto en Percuñar algún tiempo y luego en su propia casa, donde el día 20 de octubre lo cogieron preso los milicianos por delaciones de los vecinos. Los últimos días había romanceado algunos temas sencillos, como «La infancia» y

«La noche en el penal», del cual son los siguientes versos:

¡Desesperación, locura!...
Con lentitud criminal
transcurre la noche oscura
en la celda del penal.
A lo lejos, una descarga
que siega tantas ilusiones,
pone frío en los corazones...

Antes de morir decía: «Me dejen ver a mi madre y me maten después. No tengo pena de nada; estoy contento y sobre todo muy tranquilo...» «¡Qué contento estoy!» «¿Por qué?» «Porque me van a matar... ¡por Dios y por España!» También alentaba a sus compañeros de martirio y murió dando vivas a Cristo Rey y a España.

116 **Sancho Guíu, Pablo.**

N. 23 marzo 1920, labrador, † 21 noviembre en Serós, frente del Segre.

Padres: Pablo Sancho Falo, n. 4 julio 1890.

Hermanos: María
Manuel.

117. **Sanz Cardona, Miguel.**

(118)

Labrador, S. C., TR., J. C., † a. 4 agosto 1936, en Alcañiz.

Estuvo muy valiente en el combate. Perdido el pueblo, huyó herido a Alcañiz, donde lo cogieron preso. Se preguntó a Caspe qué se debía hacer con él, y el Comité mandó responder por teléfono: «Pegarle cinco tiros». También murió santiguándose y vitoreando a Cristo Rey y a España.

118. **Sanz Clavero, Miguel.**

Labrador, S. C., TR., n. 20 septiembre 1886, † a. 26 julio 1936, a las diez de la mañana, en Monserrat, con Albareda (2, 3).

C. con Francisca Cardona Mur, † 10 julio 1938.

Hijos: Miguel, n. 23 enero 1913 (117).
Francisco, n. 25 marzo 1916.
Los rojos lo llamaron a filas y fué muy perseguido.
María, n. 23 abril 1914.
Carmen, n. 15 junio 1918.
José, n. 11 julio 1923.
Jesús, n. 14 mayo 1927.

Toda la familia estaba entusiasmadísima con la Causa Nacional, y, desde el primer momento, los mayores hicieron guardias y patrullaron. El padre, hombre incansable en el trabajo, sentía pasión por el ideal tradicionalista. Frecuentemente, con gran entusiasmo y con mucha alegría en el rostro, se le oía decir: «Por Dios, por la Patria y el Rey—lucharon nuestros padres.—Por Dios, por la Patria y el Rey—lucharemos nosotros también». Era buenísimo; a pesar de que apenas le bastaba su trabajo para alimentar a sus hijos, estaba siempre dispuesto a darlo todo y a trabajar gratis por caridad. Por la Patria y la Religión no hubiera escatimado ningún sacrificio. Tenía confianza en el triunfo final, aunque costase mucho. «Ganar, ganaremos... No hay que pasar pena por nada». Fué preso el mismo día de Santiago; por la reja vió a su hijo José y le dijo: «Ven aquí, hijo mío... ven. Dile a tu madre que rece, que me van a matar». Antes de fusilarlo, le presentaron una imagen del Señor y le dijeron: «Toma, muerde santo». Respondió:

«Muerdo hasta morir, y creo en El hasta la muerte. ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!»

119. **Sanz García, Francisco.**

N. 1907?, G. C., † a. 15 agosto 1936, en la cárcel de Fabara.

C. con Adela.

Hija: Francisca.

Estuvo muy sereno y muy valiente. «Yo no salgo de la cárcel... Que me maten aquí... Muero por Dios y por la Patria...»

120. **Sanz Zapater, José.**

Sacerdote, maestro, licenciado en Derecho canónico, ecónomo de Zuera y beneficiado de Caspe, n. 18 abril 1887, † a. 21 agosto 1936.

Padres: Mariano Sanz Guíu, n. 9 febrero 1859.
Juliana Zapater Navales, † 1904.

Hermanos: Andrés, n. 20 nov. 1892.
Manuela.
Mariano, n. 24 junio 1900.

Era mosén José un sacerdote ejemplarísimo y seráficamente alegre, el cual reunía todas las virtudes en grado muy elevado. Después de las elecciones de febrero, fué atropellado en Zuera, de donde tuvo que marchar entre la guardia civil, como si fuera un malhechor, porque los revolucionarios encaramados en el poder lo mandaban. En todas partes había cumplido escrupulosamente su deber sagrado, poniendo en servicio del culto divino sus dotes y su buen gusto de artista. Se enternecía el corazón de los fieles, cuando mosén José cantaba sus plegarias favoritas a la Eucaristía, al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen. Desde el año 1931 no perdió nunca de vista la probabilidad de ser mártir de España, y deseaba serlo. Hablaba de los mártires con encendido entusiasmo. Perseguido en Zuera, vino a Caspe, su pueblo natal, donde le sorprendió el glorioso movimiento. El día 26 de julio fué cogido preso en casa de su padre y, con los brazos en alto, entre los fusiles de los milicianos y la gritería de la chusma, llevado al Comité de la estación y luego a la cárcel, donde escribió una carta a su familia, en la cual decía: «No me matan por ladrón, ni por haber hecho mal a nadie, sino sólo por ser sacerdote... Declaro que deseo morir en la religión de Jesucristo, que es la Verdad infinita y el Amor eterno... Gustosamente doy mi sangre por Dios y por la Patria»... A las dos de la mañana del día 27 lo pusieron en libertad, mas nuevamente fué detenido y luego libertado. El día 21 de agosto vinieron a pedir su cabeza algunos vecinos de Zuera. «Aunque esté debajo de tierra, lo hemos de sacar». Fué llevado al Comité de la estación y luego metido en la cárcel hasta las once de la noche, en que se lo llevaron al cementerio. Lo habían tenido media hora con los brazos en alto, mientras los milicianos le insultaban y le decían: «Reza, reza, reza... ¡Mira qué cara pone! ¡Qué pocas horas te quedan de vida!... ¡Qué pocos minutos te quedan ya!... ¡Qué a gusto morirías con la sotana! ¿Verdad?...» «Sí, vayan a buscármela a casa de mi hermana, que moriré muy a gusto con la sotana». Mientras el auto se acercaba al cementerio, rezaba mosen José con los ojos cerrados y sin mover los labios, que abrió por última vez para dar vivas a Cristo Rey y a España.

121. **Solans Andrés, Antonio.**

Administrador de sus fincas, S. C., A. P., TR., n. 11 junio 1902, † a. 25 julio 1936 por la noche en el cementerio.
C. con Dolores Guíu Barberán.
Hijas: María Dolores.
Ramona.

Muy entusiasmado con el Movimiento Nacional, hizo guardias; estuvo de servicio sin descansar durante toda la semana heroica y fué muy valiente en el combate del día 24. Fué cogido preso el mismo día de Santiago. Durante la visita del señor arzobispo hizo también guardias, para mantener el orden. Pudo haber marchado a Zaragoza al principio del Movimiento, como alguien le aconsejaba; pero, consciente de su deber, quiso quedarse en Caspe y correr la suerte de sus heroicos amigos. Sentía el patriotismo como un deber religioso. Hasta la hora de morir estuvo muy valiente y sereno en el Ayuntamiento, animando a los demás: «¿Nos van a matar?... Bueno, ¿y qué?... Venga lo que Dios quiera... Nos matan los enemigos de Dios y de España, porque amamos a Dios y a la Patria...» También murió dando vivas a Cristo Rey, a la Virgen del Pilar y a España.

122. **Tejero Muñoz, Mariano.**

Coadjutor de la parroquia y capellán del convento de las MM. Capuchinas, n. 12 febrero 1885, † a. 8 agosto 1936, a las ocho de la mañana, en el cementerio.

Padres: Mariano Esteban Tejero Gazón †.
Gervasia Muñoz Murillo †.

Hermana: Pilar.

Mosén Mariano había pasado toda su vida de sacerdote en Caspe, donde sólo tenía palabras de cariño para todo el mundo. Ejerció su ministerio principalmente con los niños y con los ancianos. Le llamaban «Mosen Mariano el de la Hora Santa», porque día tras día, mientras estuvo en Caspe, practicó el ejercicio de la Hora Santa, con exposición del Santísimo Sacramenrto, acompañado de muchos ancianos, sus «amigos». «Quiero que estén más cerca del Amor Divino, cuando se les acaba la vida y todo se les hace frío... Que se acerquen a Dios y se preparen para la otra vida». Era sincero, cordial, valiente y muy exacto en el cumplimiento del deber, aunque le costase muchos sacrificios; sólo cuando la enfermedad se le agravaba extraordinariamente dejaba de celebrar la santa misa o de hacer la Hora Santa. Su patriotismo no tenía límites y se fundaba en el concepto cristiano de la piedad. Le cogieron preso el día 7 de agosto a las tres y media de la tarde. En medio de milicianos, que le apuntaban con fusiles, bajaba por la calle de la Inmaculada con los brazos en alto. Un anciano, uno de los amigos de mosen Mariano, decía después: «He visto un hombre que llevaban preso los milicianos, que es como el Ecce-Homo de las capuchinas... Debe ser un sacerdote». Detrás de él iba la chusma, que le pegaba y gritaba: «¡Hay carne!... ¡Hay carne!... A fusilar a este tocino, que es el primero». En el Comité quiso uno librarlo: «Usted cogerá un fusil y un mono y se marchará al frente, ¿verdad?» Respondió: «¿A qué voy a ir yo al frente?... ¿Contra los fascistas?... Yo no iré contra los míos. He nacido para Dios y por Dios quiero morir... A mí, matadme...» «Pues te mataremos mañana a las ocho. «Deseo

saber, por qué delito me queréis matar...» «Por ser sacerdote». «Pues si es por ser sacerdote, matadme; moriré contento». Después de la sesión del Comité revolucionario, quedó mosen Mariano detenido en el calabozo de la casa Ayuntamiento toda la tarde y la noche, preparándose con la oración para morir. Entre insultos le daban algún cigarro. «Toma ya el último cigarro». Por la mañana suspiraba por la hora del martirio: «¿Aún no son las ocho?» Al subir una cuesta iba el coche muy despacio y le le dijo a un niño sonriendo: «Adiós, Agustiné, adiós...» En la calle de la Hilarza le apostrofó una mujer así: «Anda, anda... Ahora vas a cantarles el «Te Deum» a las monjas.» Mosén Mariano sonreía... En el cementerio dijo a los milicianos: «Si creyerais que hay Dios, no haríais lo que vais a hacer; pero yo os perdono... ¡Viva Cristo Rey!...»

123. **Traid Ripollés, Alvaro.**

Fabricante de aceites, S. C., A. P., n. 19 febrero 1882, † 24 julio 1936, en el combate.

C. con Filomena Sanz Petriz, n. 29 septiembre 1886, † 18 septiembre 1916.

Hijos: Alvaro, n. 15 febrero 1910 (125)
Pilar, n. 9 julio 1912.
Concepción, n. 9 julio 1912.
Felicitas, n. 10 julio 1916.

Muy entusiasmado con la Causa, hizo guardias desde el primer momento y no escatimó sus sacrificios ni su dinero. Había sido concejal republicano desde abril del 1931, pero desde la quema de los conventos, en mayo del mismo año, se desengañó totalmente y dedicó todos sus esfuerzos a la propaganda derechista. Era decidido partidario de Gil Robles.

La idea y el sentimiento religioso informaban su conducta política y social; su patriotismo nacía de su conciencia católica. Era muy honrado, muy activo, muy patriota y fervoroso católico. Cuando llegaron los rojos el día 24 al puente del Ebro, estaba él allí de guardia y les hizo frente causándoles muchas bajas. Se resistió valientemente mientras tuvo municiones, detrás de un árbol, pero al fin, rodeado por los milicianos, cayó acribillado a balazos, sacrificando heroicamente su vida por Dios y por la Patria.

124. **Traid Sanz, Alvaro.**
(123)

Fabricante de aceites, S. C., A. P., † a. 26 julio 1936 por la mañana en Monserrat.

Era muy bueno y candoroso, como un niño; no había nacido para llevar armas, pero hizo guardias y patrulló teniendo una pistola en el bolsillo. Estaba entusiasmado con la Causa, que concebía como un deber de conciencia; por eso actuó durante la semana heroica tranquilamente, como era su carácter, pero con entusiasmo. Había hecho guardias también durante la visita del señor arzobispo. Se presentó en el Ayuntamiento en la tarde del día de Santiago y fué víctima del odio de los izquierdistas contra su padre, porque éste se había hecho tan entusiasta de las derechas. Los milicianos lo maltrataron y lo echaron a empujones en el cuarto, donde estaban las otras víctimas esperando la hora del sacrificio; le robaron la estilográfica, y dijo tranquilamente: «No hace falta preocuparse de esas cosas, porque a todos los que estamos aquí nos van a fusilar, porque a todos los demás los están fusilando...» Antes de morir iba llorando por

la calle y decía: «¡Dios mío!... ¿Qué he hecho yo para que me fusilen?» Luego se santiguó y rezó.

125 **Vela Serrate, Patricio.**

N. 1904?, G. C., † a. 25 julio 1936.
C. con Carmen.
Dos hijos.

126. **Vicente Faci, Domingo.**

Guarnicionero, S. C., A. P., n. 4 agosto 1873, † a. 26 julio 1936, a las ocho y media de la mañana, en la calle del Hospital Viejo, con su hijo Teodoro (127).
C. con Francisca Poblador Piazuelo, † 1932.
Hijos: Teresa, n. 1903; después de la muerte de su padre y de su hermano se volvió loca y la llevaron al manicomio de Reus, † 19 agosto 1936.
Teodoro, n. 27 dic. 1905 (127).

A pesar de su edad se ofreció con entusiasmo para todo lo que pudiera hacer durante la semana heroica. Tenía conciencia de la revolución que se iba a desarrollar en España, y por eso era infatigable propagandista de las ideas contrarrevolucionarias. «Si viene el comunismo, nos cortarán la cabeza a los viejos», solía decir. Al estallar el Movimiento Nacional, dijo varias veces: «El padre que tenga un hijo y no lo manda a defender esto, no es buen padre». El día de Santiago fué a ver a su hijo, que estaba preso en el Ayuntamiento, y le dijeron los milicianos: «Usted también hacia dentro». El respondió: «Donde muera mi hijo, he de morir yo, porque yo hice que mi hijo fuera al combate». Padre e hijo murieron juntos de la mano gritando: «¡Viva Cristo Rey!...»

127. **Vicente Poblador, Teodoro.**

(126)

Labrador, S. C., A. P., F. E., † a. 26 julio con su padre.
C. con Teresa Catalán Gimeno, n. 13 febrero 1911.
Hija: Dolores, n. 10 septiembre 1936.

Estaba muy entusiasmado con el Movimiento Nacional, hizo guardias desde el primer momento y luchó valientemente durante todo el día 24 para defender a Caspe. Era buen cristiano, buen patriota y muy laborioso. Cuando iban a fusilarlo, de la mano con su padre, dijo «Ya veremos lo que llega después... Tirad, cobardes... ¡Arriba España!... ¡Viva el fascio!... ¡Mueran los criminales!... ¡Viva Cristo Rey!...»

128. **Vicente Latre, Pedro.**

Administrador de la fábrica de Albareda (3), S. C., A. P., n. 30 marzo 1875, † 24 julio 1936 en el combate en el portal del Coso.
C. con Mercedes Barriendos Berges, n. 7 marzo 1881.
Hijos: Manuela, n. 6 sep. 1905, c.
Pedro, n. 6 agosto 1908, †.
Ramón, n. 16 junio 1912: hizo guardias, fué denunciado, siendo perseguido por los rojos.
Manuel, n. 16 julio 1917 †.

Toda la familia estaba muy entusiasmada con la Causa Nacional. El padre había estado en la guerra de Cuba y con razón tenía fama de buen tirador. Estuvo incansable durante la semana heroica, y en el combate del día 24 sucumbió como un héroe. Desde el puente del Ebro había retrocedido poco a poco, parapetándose y haciendo fuego detrás de los ár-

boles. Fué herido en una pierna, que él mismo se vendó con el pañuelo, y continuó defendiendo a Caspe. En el portal del Coso, estando parapetado detrás de un árbol y haciendo fuego con el fusil, lo rodearon muchos milicianos y cayó acribillado de sus balas. «Hemos matado a un viejo, que era lo más valiente del mundo, y no lo hemos matado por delante, sino por la espalda». Era honrado, activo y buen cristiano; cuando murió, cubría su pecho el escapulario de la Virgen del Carmen y llevaba un crucifijo y medallas. Decía en su casa: «¿Cómo ha de consentir Dios, que nos dominen los comunistas?»

129. **Villagrán Castellano, Manuel.**

Notario, A. P., n. 16 junio 1884, † a. 15 agosto 1936, en Pina.
C. con Laura Carrasco Filgueira, n. 1 noviembre 1889.
Hijos: Juan, n. 15 mayo 1915: hizo armas, fué muy perseguido por los rojos y obligado a ir al frente.
Manuel, n. 17 noviembre 1917.
Francisco, n. 22 noviembre 1925.
Pilar, n. 19 noviembre 1929.

Toda la familia estaba muy entusiasmada con la Causa, pero sólo el hijo mayor hizo guardias. Todos eran muy buenos cristianos y patriotas. El padre, paisano y amigo del general Primo de Rivera, había sido presidente de la Unión Patriótica en Pina. Por esto, por su piedad cristiana y por su honradez era odiado por los izquierdistas de Pina, que vinieron a Caspe a buscarlo y se lo llevaron. Le hicieron sufrir mucho, lo maltrataron y martirizaron, entre gritos de la chusma, hasta que lo asesinaron en el

campo, dejando su cadáver insepulto. Luego lo quemaron y el viento dispersó sus cenizas.

130. **Villagrasa Gavín, Antonio.**

Labrador, S. C., TR., n. 11 febrero 1900, † a. 5 agosto 1936, a la una de la mañana, en el cementerio.
Padres: Antonio Villagrasa Cirac, n. 25 junio 1868.
Francisca Gavín Rozas, n. febrero 1869.
Hermanos: Vicente †.
José †.
Francisca, 20 enero 1896.
Modesta, 15 julio 1903.

Muy bravo y muy entusiasta de la Causa Nacional, hizo guardias y patrulló sin descanso. Era buen cristiano, muy activo y gran patriota. Todo el día 24 estuvo luchando con un fusil contra los milicianos. «¿Quieren que muramos sin defendernos?» El día de Santiago resistió por el Coso con Arnaldos (9), Balaguer (13), Borraz (23) y Antonio Fillola (56), mientras tuvieron municiones. Después huyó en dirección a Cataluña, pero fué detenido en Ribarroja y traído a Caspe, donde murió con vivas a la Virgen del Pilar y a España.

131. **Villalvilla González, Leovigildo.**

N. 1890? G. C., † 24 julio 1936 en el combate.
C. con Mercedes Esperabé.
Hijos: Felisa, Gregorio y Manuel.

132. **Villel Sánchez, Inocente.**

N. 1898?, G. C., † 24 julio 1936 en el combate.
C. con Emilia Lilao.

RESUMEN

Héroes y Mártires de Caspe		132
Muertos en Caspe		99
Muertos fuera de Caspe		33
Muertos en guerra		25
Asesinados con proceso aparente		4
Asesinados sin proceso judicial		96
Varones		131
Mujeres		1
Muertos en prisiones		3
Abogados		3
Artesanos		25
Comerciantes		12
Estudiantes		6
Farmacéuticos		2
Guardias civiles		19
Industriales		7
Labradores		29
Maestros titulados		5
Militares		9
Obispos		1
Religiosos		3
Sacerdotes		4
Otras carreras		2
Otras profesiones		10
Los más ancianos:	Teodoro Albareda . . . 67 años (3)	
	Pedro Dolader . . . 67 años (50)	
	José Bardavío . . . 66 años (14)	
El más joven:	José Sancho . . . 16 años (115)	
Afiliados a A. P. (muchos a la vez a T. R.)		45
Id. a F. E. (casi todos procedentes de A. P.)		25
Id. a T. R. (muchos a la vez a A. P.)		54
Han quedado viudas		65
Viudas más jóvenes:	Pilar Liria . . . . 22 años (40)	
	Florentina Centol . . . 23 años (5)	
	Damiana Perfagé . . . 24 años (25)	
	Teresa Senisa . . . . 25 años (27)	
	Teresa Catalán . . . 25 años (127)	
	Pilar Anés . . . . 25 años (68)	
	(viuda a los dos meses de casada)	
	Manuela Anós . . . 25 años (103)	
Han quedado huérfanos		157
Huérfanos de padre y madre		12
Hijos póstumos		3

Apellidos y familias que han tenido tres o más víctimas:

Albesa	3
Cirac	9
Cortés	6
Guíu	5
Piazuelo	3
Piera	3
Sancho	3
Sanz	4
Vicente	3

LOS PRESOS DE CASPE EN CATALUÑA

ENTRE los héroes y mártires de Caspe deben ser enumerados los presos caspolinos trasladados por los rojos a Cataluña, ante el arrollador avance de las tropas nacionales por el Bajo Aragón. Habían sido encarcelados y procesados, porque eran «elementos francamente peligrosos y enemigos del régimen», porque habían prestado «servicio de armas, apoyando la causa de los facciosos, de una manera activa, para procurar el triunfo de la rebelión», y finalmente «porque habían atropellado a las gentes de izquierda con insultos y gritos de arriba España», como se decía en los autos del Tribunal Popular de Aragón; por estos cargos pidió el fiscal para casi todos los procesados la pena de muerte y una multa de 100.000 pesetas. En 13 de marzo de 1938 los rojos evacuaron forzosamente a los presos de Caspe, y, pasando por Maella y Mequinenza, los condujeron a pie hasta Fraga, de donde fueron trasladados en camiones a Barcelona. Los caspolinos estuvieron en la cárcel instalada en el convento de la calle D'en Mata hasta el día 10 de abril, en que fueron llevados al campamento de trabajo de Hospitalet de Mar o del Infante; en 11 de octubre fueron casi todos ellos trasladados a la sierra de Urgel, en los Pirineos. El martirio que los caspolinos sufrieron en las prisiones y en los campamentos de trabajo, fué horrible: trabajos forzados superiores a las fuerzas físicas, golpes con el fusil, heridas, insultos, blasfemias, hambre, sed, desnudez, suciedad, amenazas de fusilamiento, terror nocturno con fusilamientos de otros compañeros... Ante el glorioso avance de las tropas españolas por Cataluña, quisieron los jefes y milicianos rojos varias veces matar a todos los presos; sin embargo, casi todos los caspolinos, providencialmente salvados, pudieron pasar a Francia por Puigcerdá en 9 de febrero de 1939. Al día siguiente, a las cuatro y media de la tarde, los caspolinos ya libres y salvos, llorando de emoción con vivas a España, a la Virgen del Pilar y a Franco, llegaron a la Patria por Irún, desde donde regresaron a Caspe. Pero no todos pudieron volver a su pueblo natal: tres de ellos, víctimas de los malos trata-

mientos y del terror rojo, murieron en Cataluña. He aquí los nombres de todos ellos:

1. Albesa Cebrián, José: comerciante.
2. Albiac Campos, Antonio: labrador.
3. Albiac Catalán, Vicente: labrador.
4. Alcover Camón, Rodolfo: guardia municipal.
5. Angel Ráfales, Manuel: labrador.
6. Barriendos Escuín, José: íd.
7. Bonastre Poblador, Emilio: íd.
8. Catalán Catalán, Crispín: íd.
9. Catalán Catalán, Pedro: íd.
10. Catalán Moliner, José: íd.
11. Cirac Bordonaba, Fernando: íd.
12. Dolader Hernández, Ambrosio: íd.
13. García Guallar, José: úd.
14. Gracia, Cirilo de: íd.
15. Hernández Arcal, Antonio: íd.
16. Hernández Arcal, Fernando: íd.
17. Hernández Arcal, Manuel: íd.
18. Jariod Blasco, Manuel: ferroviario.
19. Navarro Ros, Mariano: fatricante de jabón.
20. Pallarés Fillola, Luis: jornalero.
21. Panillo Costa, José: labrador, † 14 febrero 1938 (95).
22. Pellicer Aznar, Manuel: comerciante † 29 enero 1938 (98).
23. Pérez Morales, Alfonso: comerciante.
24. Recio Revuelto, Manuel: comerciante † 3 diciembre 1938 (109).
25. Ros Roc, Manuel: administrador de sus fincas.
26. Vallés Latorre, Manuel: carpintero.
27. Vidal Arpal, Manuel: labrador.

Resumen según las profesiones

Labradores	17
Comerciantes	4
Administrador de sus fincas.	1
Carpintero	1
Ferroviario	1
Guardia municipal	1
Industrial	1
Jornalero	1

LOS PRESOS DE CASPE EN VALMUEL

Después de los héroes y mártires de Caspe y de sus familiares ya mencionados, merecen ser recordados con todo honor los caspolinos condenados en el ruidoso proceso celebrado en febrero de 1937. Al mes siguiente, en marzo del miismo año, los condenados fueron llevados a un campamento de trabajo establecido en Mediano, en los Pirineos, de donde en 14 de noviembre del mismo año fueron trasladados al campamento de Valmuel (Alcañiz). En 14 de marzo de 1938, fueron libertados de este campamento por las fuerzas que mandaba el general García Valiño. He aquí los nombres de los caspolinos presos en Valmuel y las penas a que fueron condenados:

a) *Condenados a muerte, pero indultados a los dieciocho días con treinta años de prisión*:

1. Albiac Vicente, Santiago: fabricante de chocolates.
2. Catalán Navarro, Domingo: comerciante.
3. Fraguas Viñau, Joaquín: albañil.
4. Fuster Arpal, Teodoro: comerciante. Concejal de la Dictadura, siempre derechista activo. El fiscal le preguntó así durante la celebración del proceso público: «¿También usted ha sido siempre de izquierdas?» El interrogado respondió serenamente: «No, señor. Yo he sido siempre católico y de derechas; en ese ambiente me eduqué y viví sin hacer mal a nadie».

b) *Condenados a muerte, conmutada por treinta años de prisión*:

5. Guiral Garcés, Francisco: estudiante.
6. Paz Poblador, Tomás: estudiante, requeté 1931.
7. Valién Poblador, Manuel: botero. Estando gravemente enfermo, durante un mes, milicianos con fusiles hicieron guardia en la cabecera de su cama.

c) *Condenados a treinta años de prisión*:

8. Callao Miguel, Francisco: comerciante.
9. Cardona Piñol, Manuel: industrial.
10. Cubeles Borruey, Casimiro: carnicero, falangista 1934.
11. Guíu Mendoza, José: labrador.
12. Piera Guiral, Manuel: fabricante de licores.

d) *Condenados a catorce años, ocho meses y un día de prisión*:

13. Andreu Buisán, Santiago: abogado.
14. Callao Albareda, Pascual: comerciante.
15. Cubeles Borraz, José: vaquero. Estuvo con sus hijos José y Casimiro durante siete minutos en el cementerio delante de los milicianos, que iban a fusilarlos.
16. Guíu Rabinad, Francisco: comerciante.
17. Piera Jover, Antonio: fabricante de licores.
18. Repollés Bielsa, Ramón: labrador.

e) *Condenados a doce años y un día*:

19. Catalán Arpal, Ramón: labrador, requeté 1931. Siempre derechista activo, valiente e incansable defensor de la Causa Nacional.
20. Molina Calved, Manuel: labrador.
21. Paz Peñuelas, Diego: especialista contra la calvicie.

Resumen según las profesiones

Industriales	6
Comerciantes	5
Labradores	4
Estudiantes	2
Abogado	1
Albañil	1
Botero	1
Otra profesión	1

DIGNOS DE MENCION HONORIFICA

No se pretende publicar aquí una lista completa de todos los otros heroicos defensores de Caspe y de todas las personas derechistas que por sus ideales religiosos y patrióticos fueron perseguidos por los rojos y que han podido sobrevivir a su tiranía. Se trata únicamente de hacer una mención honorífica de los guardias civiles y paisanos, que contrajeron méritos notables por sus servicios a la Causa Nacional y fueron castigados o perseguidos especialmente, permaneciendo en todo momento fieles a los principios de la Religión y de la Patria. Unos vivieron ocultos durante toda la dominación roja; otros fueron condenados a trabajos afrentosos forzosos, siendo a veces objeto de tan malos tratamientos y de tales insultos por parte de los rojos, que algunos, hombres y mujeres, prematuramente envejecidos, aparecen en plena juventud con cabellos totalmente canosos y con huellas imborrables de terror en los rostros. A continuación, en listas separadas, se publican los nombres de los guardias civiles y de los paisanos, caballeros y señoras, de los cuales se debe hacer especial mención honorífica:

a) *Guardias civiles*:

1. Baranda Gamón, José.
2. Benedicto Solans, Francisco.
3. Bravo Macarrón, Antonio.
4. Burillo, Francisco.
5. Carmona Portales, Juan.
6. Durán Bravo, Manuel.
7. García Hernández, Diego.
8. Góngora León, Francisco.
9. González Gállego, Jorge.
10. Izquierdo Palacios, Blas.
11. Martín González, Blas.
12. Moreno Arraz, Emiliano.
13. Nebreda, Francisco.
14. Peiro Cabezas, Agustín.
15. Pinilla, Benito.
16. Pórtolas Sebastián, Prudencio.
17. Sáez Quintanilla, Isidro.
18. Soler, Julio.

b) *Caballeros*:

1. Albareda Borruey, Benito: labrador †.
2. Alcober Gavín, Jesús: sacerdote, n. 9 abril 1898; fué *fusilado* por los rojos en el cementerio el día 7 de septiembre de 1936 con sus dos hermanos, Pedro, de 48 años, con tres hijos, y Juan Manuel, de 45, los cuales murieron, mientras mosén Jesús, perseguido por los milicianos a través de montes y valles, pudo llegar milagrosamente hasta las líneas nacionales de Belchite, donde se salvó.
3. Arcos Freja, Antonio: labrador; Caballero Mutilado.
4. Bayo Sanjuán, José María: mecánico.
5. Blasco Guíu, Valentín: médico.

6. Bordonava Castiella, Joaquín: comerciante.
7. Bordonava Peralta, Mariano: rezador, labrador.
8. Calés Cirac, Narciso: comerciante.
9. Castillón Albareda, Tomás: comerciante.
10. Castillón Albareda, Vicente: comerciante.
11. Castillón Albareda, Ignacio: comerciante.
12. Catalán Moliner, Vicente: labrador.
13. Catalán Guíu, Gregorio: labrador.
14. Catalán Piera, Emilio: sacerdote.
15. Cortés Cubeles, Joaquín: labrador.
16. Cortés Cubeles, Tomás: labrador; Caballero Mutilado.
17. Cubeles Borruey, José: vaquero.
18. Dolader Vidal, Pascual: labrador; Caballero Mutilado.
19 Doñelfa Moliner, Bernardo: labrador.
20. Dufol Aznar, Rafael: médico.
21. Esmiol Roca, Luis: guarnicionero.
22. Ferrer Samper, Santiago: labrador.
23. Fontova Monclús, Camilo: labrador.
24. Fontova Monclús, José: labrador.
25. Fontova Poblador, José: sacerdote.
26. García Pinós, Felipe: labrador; Caballero Mutilado.
27. Gómez Fuertes, Emilio: estudiante.
28. Guíu Maranillo, Manuel: labrador.
29. Hernández Muniente, Mariano: labrador.
30. Jover Zaporta, Firmo: pintor y comerciante.
31. Lerín Albareda, José: carpintero.
32. López, Carlos: molinero.
33. Marín Tobajas, Sixto: alpargatero.
34. Marín Cantalapiedra, Manuel: estudiante J. C.
35. Maza Campos, Manuel: guardia municipal.
36. Morales Cortés, Fermín: médico.
37. Morales Cortés, Camilo: dentista.
38. Morales Cortés, Miguel: farmacéutico.
39. Navales Catalán, José: labrador.
40. Oliver Bayo, Vicente: ayudante de farmacia.
41. París Luna, José: comerciante.
42. Pascual Ráfales, Marcelino: comerciante.
43. Salvador, José María: comandante retirado.
44. Rabinad Albareda, Mariano: hornero.
45. Sabanza Baile, Angel: secretario del Sindicato Católico.
46. Samper Monclús, Manuel: cartero.
47. Sanz Cebrián, Rafael: labrador.
48. Sanz Cebrián, Casiano: labrador.
49. Serrano Barriendos, José: oficinista.

c) *Señoras*: casi todas pertenecían a la Juventud Femenina de Acción Católica y fueron castigadas exclusivamente por este motivo o «por ir mucho a misa».

1. Albiac Vicente, Josefina.
2. Andreu Buisán, Esperanza.
3. Arcega Velilla, Jenara.
4. Arcega Velilla, Felipa.
5. Arnaldos Buisán, Rosario.
6. Arteaga, Florencia: capuchina.
7. Baigorri, Margarita: capuchina.
8. Baile Albareda, Pilar.
9. Bayo Albareda, Dolores.
10. Blasco Lapuerta, Concepción.
11. Bondía Vallespí, Asunción.
12. Bordonava Sanahuja, Carmen.
13. Borruey Sancho, Joaquina.
14. Cabodevilla, Teresa: capuchina.
15. Casanova Castillón, Manuela.
16. Catalán Cirac, Salvadora.
17. Cebrián Catalán, María.
18. Cebrián Cebrián, Lucía.
19. Centol Cardona, Manuela.
20. Cirac Cirac, Pilar.
21. Cirac Estopañán, Carmen.
22. Cortés Cubeles, Josefa.
23. Cortés Martín, Martina.
24. Cubeles Borruey,, Josefina: multada, presa tres veces, desterrada.
25. Esquía Monclús, Josefa.
26. Fabián Guíu, María.
27. Fraguas Batista, Carmen.
28. Fuster Dolader, Antonia.
29. García Guallar, Carmen.
30. García Rivas, María.
31. Gimeno Doñelfa, Carmen.
32. Guiral Celma, Braulia.
33. Guíu Falcón, Dolores.
34. Hernández Muniente, Amada.
35. Jariod Fontova, Pilar.
36. Landa Sanz, Pilar †.
37. Lizaga López, María.
38. Minguillón Gimeno, Emilia.
39. Molina, María Jesús: capuchina.

40. Monserrat Sanz, Trinidad.
41. Muniente Fuster, Pilar.
42. Náguila Lacruz, Joaquina.
43. Ossó Jover, Pilar.
44. Oyarzábal, Antonia: capuchina.
45. Paz Poblador, Catalina.
46. Piera Guiral, Josefina.
47. Queixalós Gimeno, Pilar.
48. Ráfales Monforte, Asunción.
49. Repollés Peralta. Pilar.
50. Repollés Ríos, María.
51. Samper Ros, María.
52. Sanahuja Sancho, Victoria.
53. Sancho Albiac, Ignacia.
54. Saornil, Angeles: capuchina.
55. Solsona Calved, Pilar.
56. Solsona Calved, Manuela.
57. Traid Sanz, Concepción.
58. Traid Sanz, Felicidad.
59. Valién Queixalós, Araceli.
60. Zubia, Jesusa: capuchina.

Una carta

U Excelencia el Generalísimo recibió y leyó a su tiempo la siguiente carta, que por orden de S. E. fué leída en todas las transmisiones nacionales de radio y publicada en la prensa nacional el pasado febrero del corriente año 1938:

«Munich, fiesta de la Inmaculada, 1937.

Excmo. Sr. Don Francisco Franco, Caudillo soberano y Generalísimo de España.

Señor: Os ruego que leáis las siguientes líneas, escritas con el corazón por el único varón de una familia que no ha sacrificado todavía su vida por el ideal religioso y patriótico que Vos representáis. Con esta carta quiero rendir ante Su Majestad España el homenaje de mis mártires y héroes, y manifestar a Vuestra Excelencia el testimonio de mi mayor veneración. Leed, Señor, la historia de nuestra familia, para que estiméis más y más el tesoro espiritual de la España tradicional, defendáis a nuestra Patria hasta el fin y hagáis justicia al verdadero espíritu nacional.

Eramos siete hermanos huérfanos de padre y madre: Nicolasa, Agustín, Pedro, Francisco, Carmen, Sebastián y Antonio. El mayor tenía 15 años, y respondió a los parientes que querían llevarse a los pequeños para educarlos: «Mientras yo viva no saldrá de casa ningún hermano mío. Yo trabajaré para todos, los cuidaré y con la hermana mayor los educaré cristianamente, como nuestros padres nos educaron a nosotros». Todo nuestro patrimonio era un taller de carpintería, la casita donde vivíamos y otros pocos bienes, con cuya renta no hubiéramos podido vivir un mes siquiera. El hermano mayor trabajaba por el día en el taller, por la noche visitaba una academia de dibujo y arte; la hermana mayor cuidaba de los cinco hermanos menores, y aún tenía tiempo para trabajos de costura, con que ganar algún dinero para la casa. Los dos tuvieron que luchar y sufrir, los dos lloraron mucho, cuando los pequeños no los veíamos, porque no querían causarnos dolor ni tristeza. En casa trabajábamos todos juntos, juntos rezábamos, juntos íbamos a

la iglesia, juntos visitábamos a los pobres y enfermos, socorriéndolos en nuestra pobreza; el hermano y la hermana nos contaban milagros del Evangelio, escenas de la Biblia, ejemplos de las vidas de los santos y hechos de la historia de España y de Caspe, nuestro pueblo natal. Así vivíamos en un ambiente del deber cumplido por Dios y por amor, de piedad y patriotismo, de honradez y trabajo, de alegría feliz en la familia. En Caspe y en Aragón nos llamaban «los hermanos Cirac».

Pasaron los años, crecimos los pequeños, mis hermanos estudiaron en las Escuelas de Artes y Oficios de Zaragoza y Barcelona, compraron máquinas para el taller, y yo quise ser sacerdote. Desde el año 1917, en que ingresé en el seminario de Belchite, han trabajado mis hermanos casi exclusiavmente para facilitar sin límites mis estudios, que cada vez eran más amplios y costosos, en España, Italia y Alemania. Siendo estudiante de la Gregoriana de Roma hice los doctorados en Filosofía y en Teología, por los cuales me fué concedido el premio «Cardenal Merry del Val» del año 1928. Después de dos años de cura de almas en pueblecitos de Aragón, firmó el rey en 1930 mi nombramiento de Canónigo Archivero Diocesano de Cuenca, para cuyo cargo me había propuesto en primer lugar el tribunal de oposiciones. El año 1934 leí la tesis doctoral de Ciencias Históricas en la Universidad de Madrid, y por ella obtuve de la Junta de Ampliación de Estudios una pensión para estudiar Bizantinística en Alemania, con el fin de fundar en España una sección investigadora de los tesoros artísticos, que poseía nuestra Patria en códices, manuscritos, arte, literatura, etc. El día 2 del corriente mes terminé con brillante calificación los exámenes escritos y orales del doctorado en esa Ciencia, como materia fundamental en la Universidad de Munich.

Durante todo el tiempo de mis estudios han puesto mis hermanos a mi disposición cuanto dinero necesitaba para viajes, libros, etc.; me han estimulado para la ciencia, me han aconsejado para la vida, me han reprendido cuando lo merecía, y han rezado continuamente por mí, sobre todo en esta época de exámenes; sus cartas rebosaban piedad, patriotismo y fortaleza para el cumplimiento del deber. Desde el año 1917 les escribí con mucha frecuencia, generalmente cada semana, durante los cursos escolares, contándoles mis impresiones, mis adelantos en los estudios, mis deseos y hasta mis sacrificios; y siempre recibía la respuesta de todos ellos escrita por el mayor y algunas líneas

especiales de cada uno de ellos. Así continuamos hasta el día de la Virgen del Carmen de 1936, en que nuestra correspondencia quedó violentamente interrumpida...

Caspe cayó en manos de las hordas catalanas, que vencieron la pequeña resistencia de un puñado de guardias civiles, requetés y ciudadanos. Los criminales advenedizos asesinaron en masa a los prisioneros, sacerdotes, guardias y miembros del Sindicato Católico. Desde entonces sólo he tenido de tiempo en tiempo noticias vagas de una hermana, que huyó a Cataluña; he escrito varias veces a mis amigos de Zaragoza, para ver si sabían algo, pero tengo la impresión de que en Francia han detenido las cartas; he intentado recibir noticias y sacar de la zona roja a mis hermanas y, cuñadas y sobrinos por medio de la Cruz Roja Internacional, pero esta me ha entretenido muchos meses sólo con cartas de buenos deseos. Recientemente me ha escrito un pariente por medio de una embajada la primera noticia: «Tus cuatro hermanos, lo mismo que tu cuñado Vicente, son mártires de la Religión y de la Patria...» Sus últimas palabras fueron: «Decid a nuestro hermano Sebastián, que hemos permanecido fieles a Dios y a la Patria hasta la muerte... ¡Hasta el cielo!... ¡Viva Cristo Rey!... ¡Viva España!...»

Señor: Reconociéndoos como salvador y soberano representante de Su Majestad España, hago ofrenda en vuestras manos de la historia de mi familia, que fué profundamente católica, honradísima, laboriosa por amor, y que todo, hasta la vida, ha sacrificado por Dios y por la Patria. Yo no sé si mis hermanas, cuñadas y yo mismo sobreviviremos a tantos sacrificios; si morimos, ofrecemos también gustosos nuestras muertes por Dios y por España, por quienes todos hemos cumplido nuestro deber en la vida. Y en este caso os encomiendo la educación de los hijos de mis hermanos, para que se formen y vivan según los principios tradicionales de religión, patriotismo, amor de familia, honradez, sacrificio, laboriosidad y cumplimiento del deber...

Señor: Los mejores de nuestras familias han ofrendado sus vidas por Dios y por España; dadles, pues, el derecho de la victoria y haced que triunfe su espíritu. Muchos se han pasado a nuestras filas con ambiciones egoístas o con ganas de traición. Estos hombres conservarán la vida, la hacienda y los honores, pero en sus corazones nos odian, fomentan la discordia y preparan traiciones con astucia masónica. No permitáis que se infiltre su espíritu en las juventudes, en las

milicias, en el ejército, en la escuela, en la administración del Estado o en sus representaciones en el extranjero.

A la vez, me creo obligado a comunicaros algunos principios, que solían repetir mis hermanos y que constituyen su testamento político: El amor de Dios y de la Patria es fuente de todo idealismo y heroísmo; el cumplimiento del deber en todo momento es la mayor prueba de amor heroico; el Estado debe estar organizado profesionalmente; el gobierno lo deben formar los mejores representantes de todas las profesiones; el buen régimen no es cosa de herencia o de elección política, sino de capacidad reconocida después de haber sido demostrada; en cargos del Estado sólo debe haber españoles, casados con españolas, hijos de padre y madre españoles; todo ciudadano debe ejercer una profesión, y por ella participar en el régimen de la nación según su capacidad; quien introduce instituciones, palabras o cosas extranjeras similares a las nacionales, contribuye a la desnacionalización de la Patria; la autonomía municipal es garantía de la buena administración, fomenta el progreso local y conserva la continuidad viva de todo lo típico.

Y termino con la profesión de patriotismo y de fidelidad al Caudillo soberano de España en la persona de V. E. Para cumplir mi deber con Dios y con la Patria he publicado un librito: «Hier spricht Spanien», para decir la verdad sobre España al mundo entero; a Ossorio y Gallardo escribí una carta para recordarle su pasado en Caspe y el martirio de todos sus amigos a manos de los criminales, que él representa en París. En ninguna parte he visto tanto idealismo hasta el sacrificio, tanta piedad, tanta cortesía y tanto amor desinteresado, como en España, en la España verdadera y eterna.

Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

¡Arriba España! ¡Viva España!

Sebastián Cirac Estopañán, Canónigo.»

. . . . . .

Esta carta fué oída en la radio por los cabecillas rojos y por una gran parte de la población civil de Caspe, que gemía bajo los tiranos. Los cabecillas criminales habían dicho a Carmen Cirac muchas veces: «Si mandas decir a tu hermano Sebastián lo que hemos hecho con los otros hermanos, te fusilaremos también a ti». Con rabia y con vergüenza oyeron ellos mismos por la radio la carta anterior, que era una carta de acusación ante la humanidad y ante

Dios; ni cumplieron sus promesas criminales, ni molestaron más de palabra o de obra a las viudas y huérfanos, ni respondieron por radio o en la prensa contra una acusación tan clara y contundente. Ellos mismos se condenaron.

SUPERVIVIENTES DE LA FAMILIA CIRAC

Héroe, apóstol y mártir

Se llama Rafael Ros Albiac, hijo de don Manuel y doña Isabel. Había nacido en Caspe el día 18 de septiembre de 1918 y murió en el frente el 24 de mayo de 1938. Su madre, espíritu fino y purificado en los sufrimientos, tenía el aspecto de una santa y como santa hablaba y obraba; consagrada a Dios y al hogar, nunca buscó desahogo a los sufrimientos en el trato con las gentes o fuera de su casa. Rafael creció y se educó en el regazo de su madre, con quien llegó a compenetrarse de tal manera, que la delicadeza, las ideas y los sentimientos del corazón materno se transfundieron y reprodujeron en el alma y en el corazón del niño, que reflexionaba como un hombre. Dos cuerpos y un alma eran Rafael y su madre, a la cual veneraba él como a una santa y amaba con todo el corazón. Con su madre iba Rafael a misa, con ella comulgaba, con ella rezaba en casa y con ella conversaba sobre Dios, sobre la Virgen y la religión. En el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús comenzó Rafael en Caspe los estudios del bachillerato; su madre le enseñó a estudiar, a pensar y a componer de tal manera, que madre e hijo estudiaban y trabajaban «a medias».

Doña Isabel enfermó de un cáncer y tuvo desde el principio conciencia de que moriría de aquella enfermedad. Su paciencia, su conformidad con la voluntad de Dios y la apacibilidad de su trato le dieron resplandores de santidad. El cariño de Rafael con su madre enferma y su piedad religiosa creció ante los sufrimientos, de que él creía víctima a su madre, la cual sonreía sin exhalar una queja. ¿Quién podrá comprender los sufrimientos del corazón de Rafael, la devoción con que rezaba, y sus esfuerzos para suavizar los dolores de su confidente e idolatrada madrecita? En las conversaciones sobre la voluntad de Dios y, sobre todo, en la conducta cris-

tiana de su madre durante los dos años de su enfermedad, adquirieron las ideas y los sentimientos de Rafael un alto grado de perfección. Un día se arrodilló Rafael piadosamente junto al lecho de su madre enferma y recibió conmovido su bendición sagrada. Doña Isabel murió santamente el día 10 de noviembre de 1932; su hijo Rafael, solo en un cuarto, lloró largo tiempo con amargura, sin consuelo. El corazón del hijo quedó enterrado en el ataúd de la madre. ¿Quién hablaría de Dios como su madre, cuyas palabras despertaban ideas y encendían afectos sobrenaturales en el alma de Rafael? ¿Quién conversaría con él sobre el cielo, la santidad y los misterios de la vida terrena? ¿A quién comunicaría Rafael sus alegrías y sus dolores? ¿Quién le amaría, le aconsejaría y le trataría con amor tan divino como su madre? ¿Cómo podría él aliviar los sufrimientos posibles de su madre en la otra vida hasta la completa purificación de su alma? Al corazón de Rafael no le podía satisfacer enteramente sólo el cariño de su bondadoso padre. Sin comunicar a nadie sus sentimientos, iba Rafael cada día con su caballito camino del cementerio a rezar devotamente ante la sepultura de su querida madre. «Rezo mucho por la madre, porque me da pena el pensar que puede estar sufriendo en el purgatorio...» Un día dijo a su hermanita: «Ya no rezo por la madre como antes, ya rezo de otra manera, porque está en el cielo...»

Pasado algún tiempo, llega Rafael a conocer la gravedad de los sufrimientos íntimos de su madre, con lo cual se agravan más los suyos propios. Le falta el cariño de su madre, le faltan sus conversaciones íntimas y serias, las oraciones y hasta el estudio en común; sabe también que su madre, además de santa, era mártir. Nadie llena el vacío del hogar ni anima la soledad del alma de Rafael, como en tiempos de su madre. Ya no juega con sus primos o amigos, ni visita a su abuela o a sus tíos. Un día compra en la feria unos platillos y toca sin cesar con gran estrépito en casa; pero de repente los arroja contra el suelo y exclama: «¿Para qué los quiero, si no me riñen?» Otro día llega su hermanita de tres años pavoneándose con un vestido nuevo, y Rafael le da un golpe. «¿Por qué me pegas?», pregunta ella, y él responde: «¡Por pincha (*presumida*)!...» Rafael se vuelve un poco huraño, deja en parte las prácticas de piedad, está triste y descontento, no tiene apetito y cae víctima de la neurastenia, que va creciendo poco a poco. Por fin apa-

recen los primeros síntomas de vesania, y a veces tiene accesos de locura...

En Zaragoza diagnostican algunos especialistas que la enfermedad de Rafael es de poca importancia, por lo cual curará pronto y bien. Deja los estudios y es sometido a un tratamiento especial en Zaragoza, al cuidado de su tía Manuela, prima del padre de Rafael, señora muy devota y cariñosa. Rafael, que había perdido el cariño de su madre y había dejado la vida de piedad, vuelve a encontrar amor materno en su tía y comienza a rezar con ella. Al mismo tiempo se inicia la mejoría... Sus tíos y primos de Caspe se reúnen con Rafael en Zaragoza, el cual está contento y animoso entre ellos; le hacen un regalo en dinero, y él compra un cinturón para su hermanita, a quien pregunta además si quiere otras cosas, que él se las enviará. Pronto estalla la guerra y la línea de fuego del frente de Aragón separa a Rafael, que está en Zaragoza, con su tierna y piadosa tía, de su querido padre y de su idolatrada hermana, que están en Caspe bajo el dominio rojo. Con ansias de curarse totalmente reza nuestro joven con gran devoción en compañía de su tía; con ella va a comulgar y a pedir a la Santísima Virgen del Pilar la salud completa, para poder servir a Dios y a España. Rafael se consagra a la Santísima Virgen y promete ser apóstol de Acción Católica. En el frente de Huesca, junto a un canal profundo de verdosas aguas, visitan sobrino y tía al hijo de esta, que quiere retener allí a su primo, el cual accede gustoso; pero Rafael hace un gesto momentáneo de disgusto, que sólo su madre hubiese advertido y que sólo su querida tía advierte. «No, hijo mío, no te quedes. Vamos a Zaragoza y continuaremos la novena de la Santísima Virgen Milagrosa, que te curará pronto...» «Tía, yo no sé qué tiene usted, que me lo comprende todo... Tenía una lucha grande dentro de mí; yo tampoco quería quedarme, porque presentía algo y tenía miedo...» En Zaragoza continúa la novena empezada, comulga todos los días muy devotamente y reza, siempre con su tía. Entonces mismo desaparece la neurastenia completamente, sin rastro, y el fervor religioso de Rafael renace al lado de su tía, como en los años de su niñez al lado de su madrecita. Rafael está completamente curado en el alma y en el cuerpo...

La guerra española es una lucha religiosa del anticristo y de los impíos, que quieren aniquilar a los adoradores de Cristo. Para Rafael es tan claro esto, que no puede haber «quien diga que esta guerra no tiene que ver nada con la

religión y que no es santa». De esta idea, o sea, de la santidad de la Causa Nacional, se nutre el entusiasmo de Rafael, que desea alistarse en la Legión, él que es un muchachito de diecisiete años, rubio, espigado, sufrido, piadoso, callado, «cuya modesta mirada tenía reflejos de un no sé qué de divino, que movía a piedad y enardecía en santo fervor a cuantos conversaban con él, aquel jovencito que aspiraba a ser un plantel en los jardines del Señor...» (Rafael Samper). «Al principio del Alzamiento mi misión fué ir al Tercio, pero no me dejaba aquella bendita enfermedad, a la que tanto debo; hoy, bastante fuerte ya, lo haría, si no fuera que en las condiciones en que estamos ahora, no dejan» (8 mayo 1938). Rafael decía muchas veces: «Cuando se pelea por Dios y por la Patria ellos nos lo premiarán» (Cap. D. José Peco).

En agosto de 1937 se incorpora Rafael en el ejército nacional y, después de un mes de instrucción militar, es destinado a Huesca como soldado del regimiento de Valladolid núm. 20, batallón 5, compañía 3. Entre sus compañeros de Huesca, Rafael «era, más que por su nombre, conocido como el apóstol de Loma Norte», en cuya posición, «una de las avanzadas de la ciudad sitiada, logró la conversión de un compañero suyo, socialista, anticlerical, reacio hasta entonces a todas sus palabras. Con amor, con verdadero amor de joven de Acción Católica, ganó para Cristo el alma de aquel joven, que, como tantos otros desgraciados, había bebido el veneno corruptor en las aguas turbias y malolientes de las doctrinas marxistas y ateas. Y aquel joven es desde entonces un apóstol más de nuestra obra, un hermano de apostolado, un imitador de Rafael. ¡Oh! ¡No sé lo que hubiera dado por ver correr las lágrimas por sus mejillas contemplando a Rafael (a quien le debía la paz y la felicidad de su alma), frío y sin vida, con su sangre de mártir derramada por la salvación de España!» (Rafael Samper). En Huesca, sobre todo en el Centro de Apostolado de Vanguardia, en el Hogar del Cruzado, todos estaban encantados del porte modesto de Rafael, de su celo apostólico, de su labor oculta, cuotidiana y constante entre sus compañeros de lucha, todos los cuales testifican que cumplió magníficamente la estrofa sublime del himno de la Juventud Católica:

«Llevar almas de joven a Cristo,
inyectar en los pechos la fe,
ser apóstol o mártir acaso
mis banderas me enseñan a ser.»

El alférez D. Rogelio Gil dice de Rafael: «¡Qué savia de santidad en todo él! ¡Qué digno su obrar, su pensar, su ser! En mi opinión era el mejor valor espiritual de los Centros de Apostolado de Vanguardia!» (Rafael Samper). Rafael es, pues, a la vez soldado y apóstol, y pide oraciones para llegar a ser «un gran apóstol, un soldado de Acción Católica», porque, como él mismo escribe, los soldados de Acción Católica «son los que con más puro ideal toman parte en esta santa cruzada» (Milicias de Cristo, junio 1938).

Como soldado participa Rafael en la reconquista del Alto Aragón y, al fin, queda de posición en la provincia de Lérida, cerca del Noguera-Pallaresa y del pantano de Camarasa. Allí es el enlace de su compañía, que está en la cumbre de una montaña pirenaica, hasta la cual tiene que andar tres horas cada vez, trepando entre peñascos, contra ventiscas, lluvias o nieves. El día 22 de mayo de 1938, dos días antes de morir, escribe a su hermana: «Por el frente catalán me encuentro muy bien, no porque la plana mayor del batallón esté siempre más atrás, y en mejor sitio (en casas, etc.), no; porque los enlaces somos los que más andamos, y de la plana de mi compañía nadie quiere ir a los del batallón». No sólo acepta para sí lo más penoso y lo que nadie quiere, sino que además es exactísimo en el cumplimiento del deber en el puesto que ocupa; no quiere ir a ver a su primo, que está cerca, en Tremp, por no abandonar el deber; «lo que pasa es que no me atrevo a abandonar mi servicio» (22 mayo 1938); va con permiso a Zaragoza para ver a su hermana por primera vez después de la liberación, y es el primero que regresa entre sus compañeros de permiso (19 abril 1938). Así se ve que Rafael «vivió la guerra con entusiasmo inigualable y con una gran confianza en Dios». (Rafael Samper). «Era el enlace de su compañía, pronto a cumplir su misión, costase lo que costase. Con el rosario en la mano y el corazón puesto en Dios—me había dicho varias veces—no tengo miedo a nada. Así era en realidad» (Milicias de Cristo, junio 1938).

Los compañeros de nuestro héroe convienen en que Rafael, por su celo apostólico, por su modestia, por su espíritu de sacrificio, por su exactitud en el cumplimiento del deber y por su piedad excedía los límites ordinarios y superaba a sus camaradas. Su conducta heroica le había de ocasionar la muerte. Así se explica que todos los que le tenían por amigo y todos los jóvenes de A. C., que llegaron a conocerle, sintieran un especial atractivo y admiración por él. (R. Samper).

El patriotismo de Rafael se funda en el catolicismo y en el tradicionalismo español. Partiendo de estos principios, es un entusiasta y propagador activo de la unificación real. Siente un gran entusiasmo por el Generalísimo, por José Antonio Primo de Rivera, por los requetés y por Navarra. Felicita a su primo porque va con navarros (8 mayo 1938); aprueba la intención que tiene su hermana de hacerse el uniforme de falangista, pero a la vez le da un consejo fraternal con estas palabras: «Sobre todo para una chica prefiero el requeté. No sabes tú lo bonitas que están las margaritas con la boina blanca y la blusa; parecen palomicas:

¡Qué guapa eres!
¡Qué bien te está
la boina blanca
y la colorá!» (2 mayo 1938).

En los sobres de sus cartas dibuja los emblemas de Acción Católica y de la Legión y escribe siempre vítores como estos: «¡Viva la Virgen del Pilar, Jefa de la Legión!», «¡Viva Navarra!», «¡Viva Franco!», «¡Gloria a José Antonio!», «¡Viva la Hispanidad!». «La paz de Cristo en el reino de Cristo».

En las conversaciones, lo mismo que en sus cartas, es un apóstol del Sagrado Corazón de Jesús y de la Virgen del Pilar, y un propagandista entusiasta de la Patria católica e idealista. A su hermana, a sus tías, a su primo, a sus abuelas, a su madrina, a sus amigos y compañeros, a todos les dirige algunas líneas o algunas palabras para hacerles amar más a Jesús y a la Virgen Santísima, y para convertirles en apóstoles de la misma causa. Rafael envía, regala o recomienda estampas, hojas y folletos de propaganda. «No sé qué decirte del folleto «Epistolario del Frente» que me has enviado. Todo lo que te diga de él será poco. A mí su lectura me ha incitado a amar más, si cabe, la Acción Católica, cuyos soldados son los que con más puro ideal toman parte en esta santa cruzada. Este folleto y el de «El Angel del Alcázar», los llevo siempre conmigo para imitar mejor las virtudes y enseñanzas que contienen» (Milicias de Cristo, junio 1938). Alrededor de Rafael se van convirtiendo todos poco a poco en apóstoles de Dios, entusiastas idealistas de la Patria y colaboradores suyos. Su madrina le envía medallas, emblemas de A. C. de V. y crucifijos (19 abril 1938). «Hay una nueva forma de la A. C. de V., en la que he trabajado

y conseguido bastante, fundándola en mi compañía» (13 mayo 1938). «El alma de Rafael era toda de Jesús, todos sus actos exteriores dignos de loa y todas sus actividades estaban empleadas en la salvación de las almas de sus hermanos; estaba prendado de los encantos del Corazón divino y toda su ilusión era el reinado de Jesús y que su Sagrado Corazón sea estampado en la bandera de España. Unos días antes de su muerte escribió Rafael en el sobre de una carta: «Moriré por la Acción Católica» (Milicias de Cristo, junio 1938).

Nuestro apóstol es muy sufrido y paciente; no se queja de nada y nada pide, pero agradece de corazón lo que le dan o los obsequios y atenciones que le hacen. Es también muy humilde y modesto, de manera que le disgustan las exterioridades y todo lo frívolo o vanidoso. Después del avance desde Huesca a Lérida vuelve a Zaragoza, para abrazar a su hermanita y a sus tíos—su padre había sido llevado preso a Cataluña—, que le han comprado algunas prendas de vestir un poco elegantes; Rafael se viste con el traje nuevo, se pone la corbata, se mira al espejo y llama a todos: «Tías, Isabelín, ¿verdad que parezco un *enchufado* de retaguardia? No, no me gusta esto...»

Además del amor de Dios, de la Patria y de las almas es característico de Rafael su amor a la familia y a su pueblo natal. Sus cartas, breves y sencillas, rebosan piedad hacia sus abuelitas, tías, primos y hermanita. Desea recibir noticias de su pueblo, y dice: «Todo lo que me cuentes siempre de Caspe lo leeré con agrado». En las cartas para su hermana es Rafael guía y consejero espiritual, que le dice: «Una de las cosas que ahora (*en Zaragoza*) has de hacer es ir por las mañanas al rosario de la Aurora, y por la tarde te gustará oír cantar a los infanticos» (5 abril de 1938); «cuando fuí a Zaragoza no me acordé de hacerlo y decirlo, pero tú lo has de decir y propagar, la costumbre española por excelencia de rezar el rosario en familia todas las noches y llamar a la puerta con el Ave María Purísima» (9 mayo 1938). En sus cartas íntimas atribuye una y otra vez su curación y su conversión a la Santísima Virgen, de quien es devotísimo y a la cual se consagró. «Estando en Zaragoza, la Virgen se complació en favorecerme: me convirtió haciéndome decidido apóstol, y me ha curado; esto lo sé yo» (13 mayo 1938). «Manolo, no te puedes figurar cómo me he vuelto; en Zaragoza he recibido muchos favores de la

Virgen, entre ellos está mi conversión; me he tenido que consagrar a ella; también me ha curado» (22 mayo 1938).

La doctrina cristiana sobre el sentido y valor del dolor humano informa la vida de Rafael, que se alegra de sufrir algo por Dios y por la Patria, y afirma, que el sufrimiento llevado con paciencia y fidelidad al amor de Dios, es necesario, para que Jesús reine por su amor en España; el sufrimiento pasajero en la tierra es sólo un medio de expiación, de purificación y de elevación del amor, detrás del cual sigue la resurrección, el triunfo y la gloria. ¿Cuánto sufrió el corazón de Rafael cuando, pensando abrazar a su querido padre y a su hermanita, después de la liberación de Caspe, supo que su idolatrado padre, preso de los rojos, había sido trasladado por estos a Barcelona? Once días antes de morir escribió a su tía Josefina estas líneas: «Ustedes todos han sufrido, seguramente más de lo que yo me imagino; no quiero recordarles, pero es que para que Cristo reine en España, Dios sabe lo que hacía falta; yo también me alegro de pasar algo (bien poco hasta ahora), por Dios y por España; ni hay que esperar que se acabe pronto la guerra, hasta que se vea alborear ese reinado, que ha de ser como nosotros no podemos ni soñarlo, según dijo en una de sus apariciones el Corazón de Jesús. Los jesuítas, cuya Compañía hace unos días se ha restablecido en España, empiezan ya la propaganda para poner el Corazón de Jesús en la bandera» (13 mayo 1938).

No es extraño que Rafael viviera constantemente en estado de gracia, dispuesto y pronto a comulgar, si se le presentara ocasión. Un día, al reintegrarse a su batallón, después del permiso en Zaragoza, pasa Rafael la noche en un pueblecito de los Pirineos y al levantarse de madrugada desayuna. Más tarde tiene ocasión de asistir a una misa de campaña, durante la cual siente una devoción especial; el amor de Jesús inflama su corazón y desea recibirle, y Jesús quiere a su vez unirse con su hijo enamorado. El mismo Rafael nos lo cuenta: «Emocionado me acerqué a comulgar sin acordarme que había almorzado» (19 abril 1938).

Como apóstol y como alma enteramente de Dios, veneraba y amaba especialmente a los sacerdotes y religiosos. En cierta ocasión había dicho a su tía Josefina, que la quería más que a nadie; ésta quiso después que repitiera aquellas palabras delante de otros parientes, que estaban reunidos. Pero Rafael disimuló y habló de otras cosas. Requerido nuevamente por la tía en el mismo sentido, contestó: «Es que no me recordaba de que tenía una tía religiosa...» Como los

jesuítas son los promotores especiales de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, del cual Rafael es apóstol entusiasta, no es extraño que nuestro joven llegara a tener deseos de ingresar más tarde en la compañía de Jesús. «Cuando acabe la guerra, terminaré mis estudios y me haré jesuíta».

Dios nuestro Padre estaba satisfecho de Rafael, cuya fidelidad y amor resplandecían como oro purificado y bien bruñido. Rafael había sido fiel en la prueba y había cumplido su misión terrenal. Entre las pequeñas nubecillas de las balas, entre las grandes polvaredas de las granadas de cañón, se ve avanzar al enlace de la 3.ª Era el día 24 de mayo. Hacia las ásperas y elevadas crestas del Monsech avanza el enlace de la tercera, nuestro Rafael Ros. Consigue llegar, tras de sortear muchos peligros, al término de su misión. Cumplida ésta, se entera de que sale una sección a contener a los rojos, que, aprovechando las enormes barrancadas, han llegado a infiltrarse en nuestro terreno. «Yo también voy a echar a esa gente», son las palabras de nuestro enlace, que acto continuo se incorpora a la sección. «Parece que sudas, Ros. ¿Te cansas?», le dice el capellán, y Rafael responde: «Un poco, pero ya tendré tiempo de descansar, cuando demos el palo a los rojillos». El combate es un poco duro; los nuestros avanzan con el pecho descubierto «hacia ellos», que los reciben con una lluvia de proyectiles. Entre los primeros y siempre en pie se ve a Rafael. Varias veces hubieron de decirle que se abajara, pero él contestaba: «¡Viva España!... ¡Viva Cristo Rey!» Y así siguió hasta que, casi terminada la operación, una bala vino a herirle en el pecho y murió en el acto. (Capellán don José Peco; Milicias de Cristo, junio 1938). Los rojos huyeron. Un héroe, un apóstol y un mártir, vencedor de los enemigos de Dios y de España, ha triunfado. Su cuerpo reposa en el cementerio de Ager (Lérida); su alma voló al cielo.

RAFAEL ROS ALBIAC: RUEGA POR NOSOTROS: PIDE AL PADRE CELESTIAL QUE SEAMOS TAMBIEN NOSOTROS DECIDIDOS APOSTOLES Y GRANDES SANTOS: ALCANZANOS PRONTO LA VICTORIA Y LA PAZ: QUE REINE PRONTO JESUS POR SU AMOR EN ESPAÑA. ASI SEA.

¡En nombre de Dios y de los héroes y mártires de Caspe!..

No te avergüenzas, hijo mío?... Han aniquilado con crueldad refinada a casi todos los nuestros, que eran honrados y sólo habían hecho bien a todos... Han quemado todas las iglesias con muchas obras artísticas antiguas y modernas de gran valor... Han robado o destruído el tesoro de la parroquia, que habían formado nuestros antepasados desde el siglo XII... Sólo han enseñado a blasfemar y a practicar el mal... Han hecho correr verdaderamente la sangre inocente por las calles de Caspe... Han tenido corazón para hacer sufrir y llorar sin consuelo a las viudas y huérfanos de sus víctimas... ¿No te arrepientes ahora, hijo mío, de haber sido amigo y partidario de aquellos verdugos sin entrañas?...» Así hablaba la madre honrada, la mujer caspolina buena y patriótica. El hijo contrajo las mejillas, que se le enrojecieron de sangre, miró con ojos encendidos de furor, y respondió: «No, no y no...» ¡No importa, madres cristianas, esposas buenas e hijos inocentes! Rezad, rezad siempre con la confianza puesta en Dios por los engañados y pervertidos; trabajad, cumplid con vuestro deber en todo y servid a Dios y a la Patria. También vosotros podéis ser mártires ante Dios y héroes ante la Patria, si vivís y obráis con el espíritu de los héroes y mártires de Caspe, que es también el espíritu de vuestros abuelos, que eran hermanos de los nuestros.

La viuda de un mártir despojada y maltratada durante los veinte meses rojos se lamentaba, después de la liberación, de los informes de buena conducta que expiden los que no fueron perseguidos en favor de los que perjudicaron, colaboraron con los perseguidores y no quisieron impedir tantos crímenes y tan abundantes lágrimas. «Yo perdono de todo corazón... No quiero acusar a nadie, pero tampoco me consiente la conciencia poner trabas a la justicia... Sin justicia no se puede vivir y por falta de justicia se pierden los pueblos... Para mí misma sería incapaz de pedir un informe favorable, si la conciencia me remordiera. Más aún: si mi padre o mi hijo fueran de alguna manera responsables de tantas ruinas, tanta sangre y tantas lágrimas, sólo estaría

contenta después que hubieran dado satisfacción a la justicia...»

Un sacerdote administra los últimos sacramentos a una mujer, que está enferma por la miseria y por los sufrimientos que le han causado los rojos: han asesinado a su marido y al hijo mayor, y han enviado al frente al hijo segundo. Los otros cuatro hijos están alrededor de la cama y pronto quedarán sin padre, sin madre, solos y abandonados en la miseria. Al administrarle el santo Viático con la sublime solemnidad del Ritual Cesaraugustano, hace el sacerdote algunas preguntas sobre la fe, que la enferma contesta con la palabra «Sí creo». Luego, pálido y con profunda emoción, lee el representante de Dios estas palabras, que conmueven a los circunstantes: «Además de esto, ¿perdonáis de corazón a todos los que os han hecho injurias o algún pesar?» La mujer, cristiana y fuerte no vacila y responde con voz alta y clara: «Sí perdono».

. . . . . .

¡Niños y jóvenes de Caspe!... Abrís los ojos a la vida imperial de España, como las rosas abren sus capullos a la luz del sol. El porvenir de la Patria está en vuestras manos; no lo malogréis. La ciencia, el arte, la agricultura, la industria, la artesanía, el comercio, en una palabra, el patrimonio entero de España depende de vuestro trabajo; enriquecedlo, no malgastéis vuestras fuerzas y no perdáis el tiempo en tertulias, en lecturas frívolas, en conversaciones inútiles o en el vicio. Estudiad la carrera o aprended el oficio para el cual Dios os ha dado capacidad y vocación; no seáis hombres vagabundos, sin oficio o sin profesión. En la lucha por el cumplimiento del deber, pensad en la fortaleza de nuestros héroes y mártires, que fueron fieles a Dios y a la Patria hasta morir. En los momentos de las ambiciones irracionales, no olvidéis que ellos, por Dios y por España, lo dejaron todo y lo sacrificaron todo: descanso, tranquilidad, hacienda, fama, vida y hasta sus propias madres, hermanos, mujeres e hijos. Cuando la obediencia y la disciplina se os haga difícil o pesada, tened presentes los sacrificios que ellos aceptaron con gusto, porque su conciencia religiosa así lo exigía. Y cuando sintáis el mordisco de la envidia y el espíritu del mal quiera fomentar en vuestros corazones el odio y la discordia, invocad la asistencia de los que dieron su vida para que reine en España la unión, la caridad y la hermandad de todos en Dios.

¡Niños y jóvenes de Caspe!... ¿Queréis ser herederos espirituales y representantes legítimos de los que dieron su vida solamente por Dios y por la Patria? En nombre de los héroes y mártires de Caspe evangelizaréis al mundo, engrandeceréis a España y gobernaréis a nuestro pueblo. Para renovar la fidelidad debida al ideario religioso y patriótico, que aquellos sellaron con su sangre, os propongo que el último día de la Semana por Dios y por la Patria, que se ha de celebrar cada año en Caspe coincidiendo con el 25 de julio asistáis formados militarmente al sacrificio de la misa ofrecida por los héroes y mártires en la capilla del cementerio, y que después respondáis al sacerdote afirmativamente, brazo en alto y la mano abierta, a las siguientes preguntas, formuladas a semejanza de las que se hacen en el santo Viático y que vosotros oiréis, cuando vayáis a dar cuenta de vuestra vida ante Dios:

«En presencia de Dios Nuestro Padre y Señor, ante el Santísimo Cristo del Cementerio, junto a las sepulturas de los héroes y mártires de Caspe y de todos nuestros antepasados, buenos católicos y patriotas, conviene, hermanos míos, que confesemos la fe, que profesamos en el bautismo, y que ratifiquemos el ideal de los que murieron por Dios y por España, respondiendo a las preguntas que os hiciere.

—P. ¿Creéis en Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, uno en esencia y trino en persona, criador del cielo, de la tierra y de todas las cosas?—R. Sí creemos.

—P. ¿Creéis que Dios Hijo, la segunda persona de la Santísima Trinidad, tomó la naturaleza humana y así nació de la Virgen Santa María, y que padeció, fué crucificado y murió para satisfacer a la divinidad por los pecados de los hombres, y para merecernos la gloria eterna en la comunicación de la vida bienaventurada propia de Dios?—R. Sí creemos.

—P. ¿Creéis que Jesucristo, al tercer día después de su muerte, resucitó de entre los muertos y después ascendió a los cielos, de donde ha de venir al fin del mundo, para juzgar a todos los hombres según sus obras?—R. Sí creemos.

—P. ¿Creéis que todos los hombres hemos de resucitar en nuestras propias carnes, para que cada uno reciba premio o castigo eterno según sus obras, hechas en colaboración o con desprecio de la gracia divina?—R. Sí creemos.

—P. ¿Creéis que en la Iglesia Católica, que es la congregación de los fieles cristianos, por medio de los siete sacramentos, Dios Nuestro Padre y Señor nos perdona los pecados, nos comunica su gracia y nos concede el derecho al cielo?—R. Sí creemos.

—P. ¿Creéis que por ordenación divina y en virtud de las palabras de la consagración en la santa misa, la substancia del pan se convierte en el Cuerpo de Cristo, y la substancia del vino se convierte en su Sangre, y que Jesús en cuerpo, alma y divinidad está en la Hostia consagrada y en el Vino consagrado, que por esto deben ser adorados y venerados con todo amor?—R. Sí creemos.

—P. ¿Juráis esforzaros por conseguir el arrepentimiento sincero de los engañados o pervertidos, y no impedir jamás la acción necesaria de la justicia, aunque tratéis cristianamente de alcanzar gracia y misericordia para los sinceramente arrepentidos.—R. Sí creemos.

—P. ¿Perdonáis de corazón a todos los que os han injuriado o hecho algún daño?—R. Sí perdonamos.

—P. ¿Pedís asimismo perdón a todos aquellos, a quienes en algún tiempo habéis ofendido por palabra o por obra? R. Sí pedimos.

—P. ¿Juráis santificar los domingos y las fiestas en honor de Dios y de sus santos, para edificación del espíritu y reparación de las fuerzas corporales, y además juráis guardar los otros Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, viviendo y obrando según la fe que profesáis y el ejemplo de nuestros mayores?—R. Sí juramos.

—P. ¿Juráis extirpar la blasfemia y las palabras indecentes, sucias o feas?—R. Sí juramos.

—P. ¿Juráis a Dios, por los héroes y mártires de Caspe, reverencia, obediencia y fidelidad a la autoridad legítima, familiar, militar, civil o profesional?—R. Sí juramos.

—P. 'Juráis a Dios, por los héroes y mártires de Caspe, perfeccionar siempre más vuestra cultura, general, religiosa, patriótica y profesional, en servicio de Dios y de la Patria?—R. Sí juramos.

—P. ¿Juráis a Dios, por los héroes y mártires de Caspe, defender y engrandecer con entusiasmo el patrimonio espiritual y material de España, trabajando por la unión, el bienestar y el perfeccionamiento de todos, para gloria de Dios, para grandeza de España y para bien de los hombres?—R. Sí juramos.

—P. ¿Juráis a Dios ser apóstoles de la unión, de la caridad, de la hermandad y de todo el ideario religioso y patriótico de los héroes y mártires de Caspe? — R. Sí juramos.

—P. En fin, ¿juráis vivir y morir por Dios y por la Patria? R. Sí juramos.

QUE LA INTERCESION DE NUESTROS MARTIRES NOS AYUDE A VIVIR SEGUN LA FE QUE HEMOS PROFESADO Y SEGUN EL JURAMENTO QUE HEMOS PRESTADO, PARA QUE DIOS NUESTRO PADRE NO TENGA NADA QUE DEMANDARNOS, SINO QUE NOS RECIBA CON ELLOS EN SU GLORIA.

—R. ASI SEA.